

Joanna Trum



EL CAZA RECOMPENSAS

Uno

Cada vez que llegaban dos docenas de rosas rojas, Dallas Nade se preguntaba por qué. No había razón que explicara el extravagante ramo que la esperaba en la sala de fiestas country y western, el Randy Ranché. Ella dirigía uno de los cinco pequeños negocios que ocupaban un extremo del complejo, cuya principal atracción era una gran sala de baile. El olor de las rosas la envolvió al entrar en el exclusivo salón de peluquería masculino.

Su ayudante, Ámbar Dalton, vestida al igual que ella con shorts de flecos, botas, una camisa vaquera ceñida y sombrero, dejó un montón de toallas en un armario negro.

—Tienes que haberle hecho a algún chico un corte de pelo genial.

Dallas buscó el pequeño sobre que acompañaba a las flores.

—No tengo ni idea de quién pueden ser.

—Ya. Y tú venga a decir que no había nadie especial.

—Y no lo hay. La verdad es que...

Dallas se quedó mirando la tarjeta.

Gracias por creer en mí. Neil Barney.

—Venga. ¿Quién es el admirador secreto? —Dijo Ámbar, mirando por encima de su hombro—. ¡Dios mío, Dallas! ¿Hablaste con él o algo parecido después del juicio?

—No. Claro que no —dijo Dallas, tratando de encajar aquel gesto extraño en un esquema lógico—. Creo que al ser la portavoz del jurado, de alguna manera cree que soy responsable de que le declararan inocente.

—Puede. ¿Pero cómo sabe dónde trabajas?

Dallas pensó en el juicio.

—Él estaba presente cuando se eligió el jurado y tuvimos que dar nuestros nombres y ocupaciones —dijo mientras observaba la mirada preocupada de Ámbar—. Supongo que ha debido preguntar por mí.

—Se me pone la carne de gallina —dijo Ámbar con un escalofrío—. Después de todo, le llevaron a juicio por violación.

—Y le absolvieron —repuso Dallas, mirando a Ámbar a los ojos—. Tuvo un juicio justo y le declararon inocente. Ahora merece que le traten como otra persona cualquiera.

—Sí, pero sí ha estado llamando a todos los salones de belleza de Tucson

hasta averiguar dónde trabajabas, es un poco raro, ¿no crees?

—No, si ha convencido a alguna secretaria de la cámara de comercio.

Ámbar contempló las rosas y asintió lentamente.

—Tienes razón. Con todo el dinero que le sacó a su padre aquel tiburón de abogado, ¿qué significan unos cuantos pavos más en rosas? Seguramente, la Barney Motors trata esto como si fuera el cierre de un gran negocio, con regalos de agradecimiento para todo el mundo.

—Eso es discriminación.

Dallas estaba irritada por el comentario sobre el abogado. Su ayudante insinuaba sutilmente que ella y el jurado habían sido sobornados, cuando, en realidad, la acusación no había podido sostenerse. Se dio la vuelta para colgar su chaqueta de flecos.

—Y también el tratamiento que le dio la prensa fue discriminatorio. Tienes prejuicios sólo porque es rico.

—Que me cuelguen si no los tengo. Según todo el mundo, sólo hace que ir de fiesta en fiesta. A sus veintiséis años, no ha trabajado un maldito día. Y eso es suficiente para que no me caiga bien.

Dallas dominó su genio y se dio la vuelta lentamente para mirarla.

—Pero eso no le convierte en un criminal.

—No hay manera contigo, Dallas —dijo Ámbar, sonriendo—. Eres tan condenadamente imparcial, que tendrías que haber sido jueza.

—No, gracias.

Dallas sabía que Ámbar no pretendía herirla, sólo le gustaba decir lo que pensaba, una cualidad que Dallas apreciaba casi siempre.

—No te puedes hacer una idea de lo mucho que he echado de menos el trabajo estos días.

Era rigurosamente cierto. Lo que más deseaba era olvidarse del juicio. Ámbar acarició las flores aterciopeladas y se inclinó sobre ellas para aspirar su fragancia.

— ¿Vas a quedártelas?

—No —contestó Dallas, rompiendo el sobre y la tarjeta en cuatro trozos—. Mandarme flores por haber cumplido con mi deber cívico me parece inapropiado. Lo más seguro es que esté tan emocionado de que le hayan declarado inocente, que no lo haya pensado, pero me sigue pareciendo

impropio. Como si fuera una especie de recompensa.

—Entonces, deja que me las quede yo. Puedo hacer que Vinco se vuelva loco tratando de imaginar quién me las ha mandado.

—Bien, pero tendrás que llevártelas a tu coche ahora mismo.

—No me digas que no son tu color favorito —dijo una voz masculina desde la puerta.

Dallas giró la cabeza y se encontró mirando directamente a los ojos azules de Neil Barney.

Gabe Escalante empujó las pesadas puertas de roble del Randy Ranché y fue recibido por una canción de Dolly Portón en el equipo de sonido. El portero le dejó pasar. Nadie le había pedido nunca el carnet de identidad, ni siquiera cuando era menor de edad.

Una vez dentro, se echó hacia atrás el sombrero y contempló las instalaciones del complejo. Divisó de inmediato a Barney hablando con una rubia que llevaba unos pantalones cortos y negros de flecos, botas rojas, blusa y un Sestan rojo. Gabe entornó los párpados. Aquella ropa sexy la cambiaba bastante, pero estaba seguro de que se trataba de la misma que su hermana había señalado como portavoz del jurado. Sostenía en las manos un jarrón con rosas.

Barney se había puesto ropa vaquera: una camisa chillona, tejanos negros ajustados y un sombrero negro. Gabe se preguntó si aquél sería un lugar habitual para Barney. Era demasiada coincidencia que la portavoz del jurado resultara ser una mujer y diera la casualidad de que trabajara precisamente allí.

Gabe se acercó a ellos con el aire despreocupado que había perfeccionado con los años. Quería averiguar de dónde habían salido las rosas, pero no había necesidad de que nadie se excitara, por el momento.

Hacía muchos años que no entraba en el Randy Ranché. Cuando él era joven, el edificio había sido un almacén de saldos. Era un sitio grande, con espacio suficiente para una zona de baile en forma de pista de carreras, al menos quince mesas de billar, y una gran cantidad de máquinas recreativas. La nueva dirección había cambiado la banda en directo por una cabina para el pinchadiscos en forma de diligencia y también había instalado un buffet barato. Luces de colores y dos esferas con espejos inundaban de arcos iris la pista de

baile y el neón refulgía en todas las paredes.

No había mucha gente aún, pero Gabe sabía que en un par de horas aquello estaría de bote en bote. La radio no dejaba de anunciar aquel lugar de reunión típicamente vaquero. La moda del baile country y western lo había transformado de tugurio para vaqueros desesperados en el club nocturno más popular de la ciudad.

Las tiendas alineadas en el extremo más alejado del edificio, también eran una novedad. La que vendía botas y sombreros le parecía bien, y el estudio fotográfico de época en el que la gente se vestía de tahúr o de bailarina de salón, también parecía apropiada. Las camisas vaqueras, la bisutería y la cerámica para turistas siempre eran un buen negocio. Pero el Catinga Pen, algo que hacía referencia al esquilado del ganado y donde Barney se encontraba, le tenía perplejo. Aunque la decoración era muy masculina, con lazos, sombreros vaqueros altos y espuelas en las paredes, ¿qué clase de tipo iba a lavarse y cortarse el pelo delante de una pista de baile llena de gente?

Frente a las tiendas había tres mesas de billar desocupadas. Gabe fue a la que estaba más cerca de la peluquería y cogió un taco del estante. Se tomó su tiempo para examinarlo y calibrarlo mientras escuchaba la conversación entre Barney y aquella rubia.

—Te estuve observando durante el juicio —dijo Barney—. Me di cuenta de que no te tragabas esas monsergas que largaba el abogado de la acusación.

—Sólo traté de ser justa —repuso la mujer.

Su voz, profunda y bien modulada, acarició sus oídos agradablemente. En otras circunstancias, Gabe hubiera dedicado la noche a averiguar si la mujer estaba a la altura de la calidad de su voz, pero no aquel día.

—Fuiste la más justa de todos, Dallas —dijo Barney—. Por eso te mandé las flores.

Gabe apretó los dientes. De modo que aquel hijo de perra había enviado flores a la portavoz del jurado, una mujer a la que tuteaba. El taco tembló entre sus manos. Lo dejó sobre el fieltro verde y se agarró al borde de la mesa para dominarse. Todo dependía de que conservara la calma. Fue al bar. Lejos de aquella pareja, ya había oído suficiente.

Esperaría a que Barney se marchara y luego se cortaría el pelo en aquel lugar ridículo para averiguar algo más sobre aquella mujer que se llamaba Dallas. Quizá Barney la hubiera comprado. Quizá había sobornado a todo el

jurado. Si era verdad, Gabe lo averiguaría. Tenía previsto investigar todos los actos de Barney, los pasados y los futuros. Y, de alguna manera, algún día, acabaría pillando a aquel bastardo. Daba igual que el jurado le hubiera declarado inocente aquella misma mañana, tan cierto como que las serpientes de cascabel tenían colmillos, Neil Barney había violado a su hermana.

—Las flores no eran necesarias, señor Barney — dijo Dallas mientras intentaba controlar sus nervios—. Me limité a cumplir con mi deber.

—Llámame Neil, y no te creo. Esa gente del jurado quería mi cabeza. Hubiera sido un escándalo monumental y a ellos les encantan los escándalos. Pero tú eres distinta. Apuesto a que les convenciste para que cambiaran de opinión.

Era verdad, pero no estaba dispuesta a contárselo a nadie.

—Todos se dieron cuenta de que no había pruebas suficientes.

—Porque tú te empeñaste en demostrarlo. Creo que te debo una cena en el Rack Romo. ¿Cuándo libras?

Por encima del hombro del Barney, Dallas vio que Ámbar la miraba con los ojos como platos y la boca abierta. El Rack Romo era el único restaurante de cinco estrellas que había en Tucson. Ámbar y ella habían bromeado a menudo con que irían allí cuando les tocara la lotería.

—No me debe nada —dijo ella amablemente.

—Entonces, hagámoslo porque sí.

—Yo creo que no. Será lo mejor.

Barney pareció confundido un momento. Luego su expresión se iluminó.

— ¡Ah! Ya lo entiendo. No estás acostumbrada. Mira, Dallas, al diablo con lo que piense la gente, diviértete. Ya veo que trabajas demasiado. Pásatelo bien, para variar.

Dallas podía entender por qué Barney gozaba de tan poco aprecio. Hacía gala de su indolencia como si se tratara de una virtud. La Barney Motors, el negocio familiar durante tres generaciones, le había concedido un trabajo en la sección de ventas, pero nadie creía que trabajara demasiado. Sin embargo, llevaba un Corvete negro, comía en los mejores restaurantes, y se vestía con la ropa más cara. La gente trabajadora difícilmente tragaba con aquella clase de

vida. Dallas decidió darle una negativa firme pero amistosa.

—No me parece correcto, Neil.

Sonreía, pero su tono no dejaba lugar a discusiones. Barney se echó a reír.

—Muy bien. Ya veo que te ha afectado este asunto del juicio, pero la gente acabará olvidándolo y tú podrás relajarte. Mientras tanto, estaré cerca —dijo, tocándose el ala del sombrero—. Merece la pena esperar por ti.

Se dio media vuelta y fue hacia la pista, donde unas cuantas personas habían empezado un animoso baile. Dallas le observó mientras él se unía al grupo. Barney no conocía el baile, pero tampoco tardó en engatusar a una chica con una minifalda vaquera para que se lo enseñara.

Ámbar observaba la escena a su lado.

—Parece que el Randy Ranché acaba de conseguir otro cliente habitual. De todos modos, apuesto a que no está acostumbrado a que le rechacen una invitación al Rack Romo.

Dallas suspiró ante la idea de tener que pararle los pies a Neil todas las noches.

—Probablemente no. Escucha, una de las dos ha de ir a comer algo al buffet. ¿Por qué no vas ahora y yo me encargo de la peluquería?

—De acuerdo, pero avísame si me necesitas.

Dallas la contempló acercarse a la mesa del buffet. Varios vaqueros del bar hicieron lo mismo. Ámbar era buena para los negocios. Las dos trabajaban los viernes y los sábados por la noche y libraban alternativamente durante el resto de la semana, aunque todavía faltaba media hora para que la verdadera actividad empezara. Dallas la había contratado hacía varios meses, cuando se había hecho evidente que ella sola no daba abasto con la peluquería.

Había optado por ella, sobre todo por su habilidad como estilista, pero también por sus magníficas piernas. Los hombres pagaban una buena suma porque les lavaran y cortaran el pelo y Dallas había descubierto que pagaban gustosos si las peluqueras sabían sacar partido de unos pantalones cortos. Era lo bastante idealista como para desear que el mundo fuera diferente, pero lo bastante realista como para aceptar que no lo era. — ¿Está abierto?

Dallas salió abruptamente de su ensoñación. El hombre que se apoyaba en el quicio de la amplia puerta se había aproximado en silencio. Contempló sus botas de piel de avestruz, los vaqueros desgastados, la vieja camisa azul remangada hasta los codos y decidió que se vestía así siempre, no sólo para

encajar con el ambiente del Randy Ranché.

Tenía la piel bronceada por el sol y, bajo el ala del sombrero negro, sus rasgos fuertes le recordaron a un guerrero azteca que había visto pintado en un mural de Méjico D.F. El pelo ondulado le caía más abajo de la nuca. Aquel hombre no había visto el interior de una barbería, por no decir de un salón de peluquería, hacía tres meses por lo menos.

—Tome asiento —dijo ella con una sonrisa cautelosa de bienvenida.

Sin embargo, aquella misma sonrisa dejaba muy claros los límites de la bienvenida. Dallas se permitía ser una fantasía masculina durante el tiempo en que el cliente estuviera bajo su cuidado. Los hombres parecían entender aquellas reglas no escritas y raramente tenía que poner coto a avances no deseados. Ámbar todavía no había perfeccionado la técnica, pero Dallas le enseñaba poco a poco.

El hombre dejó el sombrero en un perchero y se sentó con precaución. Tenía que ser de ese tipo de individuos que le pagaba al barbero lo mínimo cada vez que alguna mujer le convencía para que se cortase el pelo. Dallas se preguntó por qué habría aparecido en su salón. Quizá por una apuesta o para demostrar que podía enfrentarse a cualquier cosa. Sospechaba que se había estado preparando para la experiencia de pasar por un salón de belleza masculino e incluso era posible que hubiera tomado un par de copas para darse valor. Hizo girar el sillón de manera que mirara al espejo.

—Necesitaré su nombre.

— ¿Por qué? —preguntó él, frunciendo el ceño.

—Para mis archivos, así podré tomar nota de lo que hagamos esta noche. La próxima vez que venga, recordaré sus preferencias.

La alusión sutil a una próxima vez era una de las técnicas que había aprendido con el tiempo para hacerse con una clientela estable.

—Gabe —dijo él antes de aclararse la garganta incómoda—. Gabe Escalante.

—Un nombre muy bonito.

Gabe no hizo comentarios mientras ella copiaba el nombre en una ficha, pero cuando volvió a contemplarle en el espejo, él había recompuesto su expresión y de nuevo parecía un orgulloso príncipe guerrero de otra era. Dallas volvió a preguntarse qué le habría impulsado a entrar en su salón. Aceptó su reticencia como un desafío.

—Relájese.

Dallas cogió el vibrador y comenzó a pasarlo sobre sus omóplatos. La expresión de Gabe no varió, pero sus músculos se relajaron con dificultad bajo la camisa. Y había muchos músculos.

—Apuesto a que trabaja al aire libre.

—Un poco.

Dallas sonrió. El tipo de hombre fuerte y reservado existía pero, por lo general, conseguía que se abrieran un poco durante el tiempo que les tenía en su sillón. El aparato de masajes surtía efecto y la tensión de sus hombros se relajó casi imperceptiblemente. Dallas imaginó que aquellos ojos negros y duros se suavizaban.

— ¿Trabaja en la construcción?

—No exactamente.

—En las minas, entonces.

Movió el aparato trazando semicírculos entre los hombros, tratando de disolver los nudos de tensión.

—De vez en cuando.

Dallas creyó que le había oído suspirar, lo que era una señal de que estaba progresando. Los hombres que tenían una experiencia sensual en su salón siempre volvían. Ella consideraría un éxito captar a aquel vaquero hosco y tenso.

—Tengo un hermano que trabajaba en Ducal. Cuando el mercado del cobre se vino abajo, lo despidieron, igual que a muchos otros mineros —dijo ella, apagando el vibrador—. Corren tiempos difíciles.

—No para todo el mundo.

Parecía amargado, como si hubiera tratado de insinuar algo. Dallas consideró un momento si no le había lanzado una indirecta, pero decidió pensar en otra cosa. Le puso un peinador sobre los hombros y le levantó el pelo por atrás. De inmediato, Gabe sacó los brazos de debajo y se agarró con fuerza al sillón. Otra vez estaba en guardia, pero ella no iba a tardar en arreglarlo.

Deslizó sus dedos por la nuca, masajeando suavemente el cráneo. La textura de su pelo era maravillosamente sedosa. Tenía un buen volumen. Le sentaría bien un corte de estilo, si se atrevía a hacer el experimento.

— ¿Cuánto vamos a cortarle esta noche?

Aquel comentario solía provocar un chiste inofensivo en sus clientes, pero Gabe parecía no saber qué decir. No obstante, de él irradiaba una energía poderosa que la impulsó a masajearle con los dedos otra vez, aunque no había ningún motivo profesional que lo justificara.

—Yo recomendaría un corte en capas para realzar el ondulado natural.

El sonido ahogado que salió de Gabe podría haber sido de dolor o de burla. Dallas prefirió interpretarlo como una risa sofocada. Lo miró a los ojos en el espejo y sonrió.

—Muy bien, Gabe. Ya sé que no está acostumbrado a este tipo de barbería, pero tenga paciencia conmigo. No se arrepentirá.

La mirada que él le lanzó fue directa y penetrante, sorprendiéndola como si de golpe hubiera salido de un edificio con aire acondicionado al sol abrasador del desierto. No se encontraba un hombre con aquella mirada de confianza en sí mismo todos los días. Era una cualidad que Dallas cultivaba en sí misma y, por un instante, Gabe y ella parecieron entenderse a la perfección, aunque no habían pronunciado palabra. Un hombre que podía igualar su fuerza. Dallas casi había perdido la esperanza de encontrarle.

Gabe contempló en el espejo a aquella amazona rubia y se preguntó en dónde diablos se había metido. En absoluto era lo que él esperaba. Dallas parecía tan segura y dueña de sí misma, que no podía imaginársela rebajándose a ponerse de acuerdo con tipos de la calaña de Barney. Pero ella había dicho que corrían tiempos difíciles y trataba de mantener su negocio a flote. Quizá Barney le hubiera ofrecido apoyo financiero.

Con cada momento que pasaba en aquel sillón se le hacía más difícil pensar con claridad. Había estado treinta y seis horas en un avión intentando asistir al menos a parte del juicio pero había llegado cuando todo había acabado. Eso podía jugar a su favor ya que ni Barney ni aquella mujer podían relacionarle con Celia. Pero no había descansado desde que había dejado a su hermana en los juzgados. Estaba física y emocionalmente agotado. Apartó la mirada del espejo antes de que Dallas pudiera descubrir algún signo de vulnerabilidad en sus ojos.

—Voy a echarle hacia atrás para lavarle el pelo y aplicarle acondicionador.

—No tiene por qué hacerlo.

—Está incluido en el precio, Gabe.

Cuando movió la palanca, a Gabe no le quedó otra opción que dejarla hacer. Dallas le puso una toalla suave bajo el cuello para que hiciera de almohadilla sobre la lava cabezas de porcelana.

—Apuesto a que es usted un hombre al que le gusta emplear bien su dinero.

De acuerdo, ella tenía razón. Pero el dinero de sus impuestos no había servido de mucho cuando se había tratado de encerrar a un indeseable como Barney. Pensó que lo mejor sería concentrarse en el motivo que tenía para haber entrado en aquel salón de belleza masculino. Pero no le resultó fácil concentrarse cuando ella le enjuagó el pelo con agua caliente y aplicó una sustancia cremosa dando otro masaje. Nadie le había lavado el pelo desde... no podía recordar cuándo. Quizá en el rancho, cuando era un niño, excepto que aquello había sido una costumbre y no un placer.

Y placer era la palabra que describía lo que Dallas le estaba haciendo. Sus ojos se negaron a seguir abiertos mientras aquellos dedos expertos se movían sobre su cuero cabelludo con movimientos largos y relajantes que casi le hacían gemir de gusto. Dallas se inclinaba sobre él, sus senos tentadoramente cercanos, envolviéndole con su perfume incitante. Gabe se preguntó por qué había hombres que se sometían voluntariamente a aquella tortura.

El chorro de agua acalló el sonido de la música country, el barullo del bar y los golpes de las bolas de billar contra las mesas hasta que no fueron otra cosa que un ruido de fondo. Gabe estaba totalmente sumido en la experiencia de que aquella mujer le dedicara sus atenciones. Ella había dejado de hablar y Gabe tampoco hubiera podido hacerlo aunque le hubiera ido la vida en ello.

El agua caliente corrió entre sus cabellos seguida por un movimiento acariciante de la mano. Para su decepción, Dallas cerró el agua, pero le secó el pelo lánguidamente con la toalla y no tuvo motivo de queja.

—Así está mejor —murmuró ella—. Ahora volveré a incorporarlo.

Cuando ella elevó el respaldo, Gabe abrió los ojos y lo primero que vio fueron las condenadas flores. La atmósfera sensual se evaporó mientras las miraba. Dallas debió de percatarse de su cambio de humor porque hizo girar el sillón de cara al espejo con más fuerza de la necesaria. No deseaba que él contemplara las rosas. ¿Quizá los remordimientos de una conciencia culpable?

La miró por el espejo, pero ella estaba escogiendo un peine del aparato

esterilizador. Tal vez fuera que no quería mirarlo en aquel momento. La fiesta, aunque podía haber sido un goce, había terminado. Había llegado la hora de empezar a hacer preguntas.

— ¿Permitirá que se lo corte según mi criterio? —preguntó ella mientras le peinaba el cabello hacia atrás.

—Naturalmente.

—Bien. Creo que le gustarán los resultados.

Gabe decidió ir directo al grano.

— ¿Neil Barney es uno de sus clientes habituales?

Dallas se quedó helada un instante. Después comenzó a cortar cuidadosamente.

—No. ¿Por qué lo pregunta?

—Lo he visto aquí hace un rato.

—Sí —admitió ella, aunque su voz perdió su calidad aterciopelada. Una verdadera lástima.

—No creo que tenerle por aquí sea bueno para los negocios.

—Es libre de ir donde quiera —dijo ella, imprimiéndole vigor al corte—. Es un hombre inocente.

—Eso es lo que dijo el jurado.

Dallas dejó de cortar y le lanzó una mirada de enfado al espejo.

— ¿Estuvo usted en el juicio?

—Por desgracia, llegué cuando había terminado. Pero me han dicho que usted era la portavoz.

Dallas acusó el golpe, pero su barbilla se alzó apenas.

—Es verdad.

—Bonitas flores —prosiguió él, señalando con el pulgar hacia el jarrón.

Dallas dejó sobre un estante las tijeras y el peine.

— ¿Qué está insinuando, señor Escalante?

Le habría gustado ser más sutil, pero el agotamiento le hizo pasar a la acusación frontal que había tratado de evitar todo el tiempo.

—No es ninguna insinuación, sino la pura verdad. Dejaron suelto a un violador. — ¡Eso no es cierto!

— ¡Claro que sí! —Exclamó él, quitándose de un tirón el peinador y

levantándose del sillón—. Y, como muestra de agradecimiento, le manda flores. ¿Qué más cosas ha hecho Neil Barney por usted últimamente, señorita Dallas?

El rostro de Dallas adquirió una palidez mortal al tiempo que comenzaba a temblar.

—Salga de aquí.

—No faltaba más.

Gabe sacó algún dinero de su cartera y lo tiró sobre el mostrador. Después cogió el sombrero de la percha con un gesto brusco.

—Pero da la casualidad de que mi pasatiempo preferido es que se haga justicia. Andaré por aquí cerca.

Dos

Dallas no se movió mientras Gabe salía furioso de la peluquería. Entonces cogió una escoba y empezó a barrer con ira los mechones de pelo que él había desparramado al levantarse.

— ¿Dallas?

Era Debe Bogart, el empresario de la tienda de fotos de época que se había asomado a la puerta.

— ¿Te ha dado problemas ese tipo?

Dallas apretó con más fuerza el palo de la escoba.

—No.

Debe se acarició la barba gris.

—Nunca he visto que nadie saliera así de tu salón. Normalmente salen como hipnotizados.

—Le he echado.

Ámbar, que acababa de entrar con una taza de café, estuvo a punto de derramarlo.

— ¿Cómo? ¿Ha intentado pasarse?

—No.

Dallas recuperaba el control por momentos.

Con movimientos rápidos, recogió los mechones y los tiró a la basura.

—Oye, Dallas —dijo Debe—. Llevo un año y medio enfrente de tu peluquería y nunca he visto que echaras a nadie. ¿Qué te ha hecho?

—Me ha acusado de tener un acuerdo bajo mano con Neil Barney, de amañar el juicio de alguna manera.

— ¡Guau! —Exclamó Ámbar—. Tiene suerte de que no le hayas cortado una oreja.

—Reconozco que pensé en darle un tijeretazo algo más abajo.

Debe ser caló su Sestan gris hasta las cejas.

—Sigue en el bar. Quizá vaya a tener una pequeña conversación con ese individuo.

—No, por favor —dijo Dallas, recogiendo el peinador que había quedado en el suelo—. No hagamos una montaña de un grano de arena.

—Ese condenado Barney podía haberse quedado en su casa —comentó

Ámbar, mirando el jarrón de rosas—. Supongo que el tipo ése habrá sacado sus conclusiones de las flores.

— ¿Te las ha mandado Barney? —preguntó Debe, sorprendido.

—Por desgracia. Se le ha metido en la cabeza que, como portavoz del jurado, merezco su gratitud.

—Yo diría que se le ha metido en la cabeza que mereces algo más —dijo Ámbar—. Se ha encaprichado de ti, Dallas. Le he estado observando mientras cenaba y, entre baile y baile, no dejaba de mirar hacia aquí. ¿Sabes, Debe? La ha invitado a cenar en el Rack Romo.

Debe silbó por lo bajo.

—También hay que decir que ella ha rechazado la invitación.

—Bien hecho —dijo Debe, dándose cuenta de que en su estudio había una pareja mirando las fotografías en tonos sepia—. Será mejor que vuelva al trabajo, pero miraré hacia acá de vez en cuando. Si uno de esos payasos vuelve a molestarte, avísame.

—Gracias, Debe.

Ámbar dejó el café y fue a coger las rosas.

—Será mejor que las meta en el coche antes de que causen más problemas.

—Espera. Ya sé que te las había prometido, pero me gustaría que las dejaras ahí.

— ¿Estás diciendo que quieres quedártelas?

—No, pero me niego a que ese hijo de perra me intimide —dijo Dallas con una mirada beligerante—. Esas rosas se quedan aquí hasta que se queden mustias. Tú deja que se atreva a imaginarse algo.

Gabe sabía que lo había fastidiado todo. Se sentó en el bar, desde donde veía el Catinga Pen, y pidió una cerveza. Era probable que el alcohol no fuera una buena idea tampoco, pero el burbujeo del líquido frío en la garganta le sentaba bien.

Se había equivocado desde el principio. El plan era cortarse el pelo y aprovechar para conseguir un poco de información, para, fría y tranquilamente, hacer que Dallas confesara algo comprometedor. ¿Qué había ido mal?

Pues casi todo.

Tendría que haberse negado al masaje, al champú, a aceptar el desafío risueño de sus ojos, unos ojos grises con motas doradas que chispeaban cuando sonreía. Se había quedado fascinado con el espíritu que reflejaban aquellos ojos, había querido estudiarlos demasiado tiempo. A pesar de la maldita prueba de que ella había sido poco honesta, a Gabe había empezado a gustarle. Eso por no mencionar otras emociones bastante más básicas que su masaje había despertado en él.

Por lo visto, el simple hecho de imaginar que aquella mujer deseable tenía tratos con Barney había sido excesivo para él. En vez de preguntar había acusado. En vez de jugar la baza de la frialdad, se había dejado arrastrar por una rabia ardiente. Podía echarle la culpa a la falta de sueño, a la frustración de no haber estado presente para apoyar a Celia durante el juicio, a la furia que había estallado en sus entrañas al oír el veredicto.

Podía sentarse allí toda la noche y ponerse cientos de excusas, pero había arruinado a Dallas como fuente de información. Y, si sus relaciones con Barney eran lo bastante íntimas, podía descubrirle antes de que acabara la noche. Barney podía muy bien disponer de los medios necesarios para averiguar que era hermano de Celia aunque no llevaran el mismo apellido.

Su falta de sentido común podía llevar a que Barney se le escapara de las manos. Si eso sucedía, jamás podría perdonarse a sí mismo.

— ¿Otra cerveza? —preguntó el camarero.

Gabe asintió. El camarero lo había estado mirando de un modo raro desde que se había sentado. Se rascó el cuello, donde algunos mechones de cabello habían caído al quitarse el peinador. Era consciente de que el sombrero no disimulaba que su pelo estaba a medio cortar. Lo más probable es que tuviera una pinta estúpida. Pero pinta estúpida o no, estaba decidido a vigilar a Barney toda la noche. Sin olvidar a Dallas.

Se movió con los gestos bruscos y breves en los que reconocía la propia furia. Lo más seguro era que Dallas estuviera contándole toda la historia al hombre del estudio fotográfico y a la otra chica, una morena con el pelo largo y liso y una figura casi tan atractiva como Dallas. Gabe sacudió la cabeza sin poder librarse del enfado consigo mismo. Tendría que haber sabido que, tras meses de abstinencia sexual, sería muy sensible a las atenciones de una mujer hermosa.

Y Dallas quitaba el aliento, con el pelo del color de los álamos en otoño. Cuando se movía, la cascada de rizos que se derramaba sobre su espalda

recordaba al temblor de las hojas de álamo en la brisa. Pero tenía la edad suficiente como para saber que un pelo hermoso y un cuerpo magnífico podían ocultar por igual un alma traicionera o un corazón honesto.

Otro hombre entró en el salón, se quitó el sombrero y se sentó en el sillón que Gabe había dejado vacante. Dallas cogió el aparato de masajes y Gabe relajó los hombros al recordar lo mucho que le había tranquilizado aquella vibración profunda. Cuando le reclinó sobre el lava cabezas, Gabe casi pudo sentir sus dedos en el cuero cabelludo, casi pudo oler la fragancia de su piel. Definitivamente, estaba excitado y no era el estado más apropiado en aquellos momentos.

Apartó la mirada para distraerse con la decoración de época del Randy Ranché. Detrás de la cabina del pinchadiscos, en la pared, había una escultura de caballos salvajes en metal negro, iluminada desde atrás con luz roja. En otra, una diligencia atravesaba el desierto, el látigo del cochero convertido en un vivo resplandor de neón púrpura. Era el Salvaje Oeste, donde había que olvidarse de las inhibiciones.

Pero se encontraba allí para vigilar a Barney. Descubrirle entre la gente no era difícil. Sus ropas llamativas y sus modales vulgares le hacían fácil de localizar. Ya había hecho nuevos amigos por el método infalible de pagar una ronda de bebidas.

Gabe se había encargado del primer turno para vigilarle, pero contaba con otros dos hombres más. Trabajaban por poco dinero porque eran amigos suyos y tampoco les gustaban los tipos de la catadura de Barney, pero Gabe hubiera pagado hasta el último centavo por atrapar a aquel canalla en particular. Celia se merecía verlo entre rejas, en compañía de todos los que le habían ayudado a salir indemne de sus fechorías. Si eso incluía a la hermosa Dallas, ella se lo habría buscado.

Fue la noche de viernes más larga de la historia para Dallas. Cerró el salón a medianoche. Ámbar se había marchado media hora antes y Debe estaba hasta los topes, por lo que era obvio que se quedaría trabajando. Dallas no tenía ganas de esperarle para que la acompañara al aparcamiento como hacía a menudo y, sin duda, querría hacer esa noche. Pero ya era una mujer adulta, siempre llevaba en el bolso un pequeño spray defensivo para las ocasiones en las que salía tarde del complejo ella sola.

Con su habitual precaución, sacó el spray en cuanto salió por la puerta. Llevaba su chaqueta de cuero con flecos, pero la helada noche de febrero le congelaba las piernas. Cuando vio el Corvetee negro estacionado a pocos metros de su camioneta, se preguntó si no sería de Neil.

Se sentía demasiado cansada, física y mentalmente, como para preocuparse, pero, hasta donde ella sabía, Neil continuaba bailando. El guerrero azteca tampoco se había movido de la barra del bar. Había pasado junto a él con el mentón alto y sin mirarlo, deseándole silenciosamente que a la mañana siguiente sufriera una resaca de campeonato.

Y pensar que se había sentido un tanto atraída por aquel hombre arrogante. Se preguntó si no sería el tipo de individuo que iba por ahí imaginando que los jueces y los jurados eran unos corruptos. Para ella que era un tipo peligroso. Cogió con más fuerza el bote de spray mientras abría la puerta de la camioneta. Cuando estaba a punto de subirse, un coche se detuvo junto a ella. Se giró con el dedo sobre el pulverizador.

— ¡Eh, no dispaes! —dijo el conductor del Corvetee negro.

Dallas vio que se trataba de Neil. Había tenido razón, era su coche, y ahora se marchaba a casa.

—Una mujer nunca toma bastantes precauciones por la noche en un aparcamiento —dijo ella, bajando el spray.

—Ya, y supongo que llevarás un cuidado especial después de haber escuchado el testimonio de aquella muchacha en el juicio.

—Exactamente. Buenas noches —dijo Dallas, volviéndose para meterse en su camioneta.

—Podríamos ir a tomar una copa. He estado buscándote en los descansos, pero no he podido dar contigo.

Dallas se había pasado los descansos en el vestuario del personal femenino precisamente por aquel mismo motivo. Haberse pasado la noche esquivándole era una de las razones por las que estaba tan cansada.

—No creo que vayamos a tomarla alguna vez, Neil —dijo ella, metiéndose al coche.

—No estés tan segura —replicó él antes de acelerar y desaparecer en una nube de polvo que se depositó sobre el acabado azul del vehículo de Dallas.

Maldiciendo entre dientes, puso la camioneta en marcha. Entonces se dio cuenta de que otra camioneta arrancaba y salía del aparcamiento en la misma

dirección que el Corvetee. Tuvo el presentimiento de que aquella camioneta destartada pertenecía al guerrero azteca. Bueno, por lo menos seguía a Neil en vez de a ella.

El viaje a su casa caravana en el Valle de Oвра le pareció mucho más largo que los veinte minutos que marcaba el reloj de su salpicadero. Se desvió por el camino de acceso y detuvo la camioneta bajo la luz nocturna automática que había instalado la semana anterior, antes de que el juicio comenzara y consumiera todo su tiempo.

Tras una valla de cadenas, Retachen, su gran danés hembra, ladró saludándola. Comprobó que sus dos yeguas, una baya y otra roana, se encontraban bien en el cercado. Las sombras de los cactus moteaban el suelo a la luz de la luna que delimitaba los acantilados y los cañones de las Montañas Tucson. Al día siguiente saldría a cabalgar por uno de aquellos cañones, el primer paseo para el que tenía tiempo desde el juicio.

Retachen comenzó a gemir, una sombra oscura se apartó de la verja. Dallas se bajó de la camioneta con el spray en la mano.

— ¡Fuera de aquí, Igor! —gritó.

Un perro enorme, mitad pastor irlandés y mitad San Bernardo, se alejó por el camino. Dallas se alegró de que se fuera por las buenas. No quería utilizar el spray con él, pero se estaba convirtiendo en una verdadera molestia.

Con la adrenalina todavía alta, cerró el coche y fue a la puerta de la cerca. Retachen gimió, tratando de salir.

—Y tú, zorra, apártate de la puerta. Igor no es para ti.

Retachen soltó un ladrido de protesta, pero se apartó mientras Dallas abría.

—Ya sé que en tu estado actual no puedes comprenderlo —dijo mientras acariciaba la gran cabeza de la perra—. Pero te mereces algo mejor que un chucho sin raza. Te estoy reservando para el señor Wright, que tiene tanto pedigrí que seguramente aparecerá con mayordomo cuando venga a visitarte.

Retachen le lamió la mano y trotó a su lado por el sendero de baldosas que Dallas había instalado el último verano, justo antes de las lluvias. Su lista de proyectos era larga, pero cada vez que completaba uno sentía la inmensa satisfacción de estar construyendo su vida con sus propias manos sin depender de nadie y menos aún de un hombre.

Abrió la puerta y entró en el salón que había ido decorando conforme se lo había podido permitir. El sofá y el sillón estaban forrados de tela vaquera

azul y había conseguido unos cojines para la mecedora con un estampado en tonos rojos vivos. La mesa y las sillas eran de roble. Estaba orgullosa de su salón, en realidad, estaba orgullosa de todo aquel lugar. Había comprado el terreno hacía seis años con los ahorros de su trabajo como empleada en un salón de belleza. Después se había endeudado con la compra de la casa caravana, pero estaría pagada en otro par de años. Entonces, sólo tendría que preocuparse por pagar el préstamo que había pedido para poner su salón.

—Debemos aprender a controlar el impulso de satisfacer inmediatamente nuestras necesidades, Retachen —sermoneó a la perra mientras cerraba la puerta y encendía las luces—. Si te dejas llevar sin pensarlo, puede que te arrepientas en un futuro próximo.

Con conciencia culpable, recordó el impulso que ella había sentido aquella noche, algo que apenas se atrevía a reconocer ante sí misma. Cuando se había inclinado sobre Gabe Escalante, con sus dedos entre la suavidad negra de su pelo y mientras que él entornaba los ojos, había sentido el deseo loco de inclinarse un poco más y saborear aquellos labios de guerrero esculpidos a cincel.

Gabe estaba sentado en una silla de la diminuta cocina de Celia con una toalla sobre los hombros. Se sentía algo más descansado que la noche anterior. Jaspee le había relevado de su guardia frente al piso de Barney a las dos de la madrugada y había dormido hasta las diez de la mañana. Después, había llamado a su hermana y la había convencido de que acabara de cortar el pelo. Pero antes había tenido que explicarle por qué necesitaba que le hiciera aquel favor. A Celia le había dado un ataque.

—No debería hacerlo —masculló ella mientras cortaba—. Si vas a portarte como un idiota, lo mejor es que también lo parezcas.

— ¿Cómo sabes tú que no tengo razón? Barney podría haberla sobornado, ¿no?

—No. Tú no estuviste en la sala ni te diste cuenta de la estupidez que supone acusar a esa chica de algo ilegal. No es de éstas. Y hazme el favor de estarte quieto de una vez.

—Pues tú tendrías que haber visto el modo en que Barney le hablaba, tuteándola, mandándole rosas. ¿Qué me dices de eso?

Celia le apartó unos rizos de las orejas.

—Él siempre está haciendo ese tipo de cosas con las mujeres. A mí también me mandó rosas antes de que supiera quién era. Simplemente, funciona así, no significa nada.

—Eso dices tú.

Gabe se dio cuenta de que las tijeras de su hermana chirriaban como un ratón histérico. Las de Dallas habían estado bien engrasadas y no hacían ruido.

—Escucha, Gabe. La abordaste en plan gallo de pelea, siempre tiendes a hacerlo cuando no has dormido lo suficiente y estás enfadado. Ojalá me hubieras dicho que planeabas seguir a Neil. Pero saliste de los juzgados como una versión demencial de Charles Bronzo.

—Tenía que hacer algo, Cel.

Celia hizo chasquear las tijeras peligrosamente cerca de su nariz.

—Y no se te ocurrió nada mejor que ir al Randy Ranché e insultar a la portavoz del jurado.

— ¡Un jurado que ha dejado suelta a esa sabandija!

Celia dejó escapar un suspiro y siguió cortando.

—Intenté prepararte para esto, pero tú estabas convencido de que aceptarían mi testimonio. Si hay que echarle la culpa a alguien de que Neil Barney saliera libre es a mí.

Gabe se agitó inquieto. Odiaba tener que pensar en lo que le había pasado a su hermana. Cuando lo hacía, sólo deseaba coger a Barney por el cuello y apretar hasta que no quedara vida en su cuerpo inmundo.

—Te lo digo por última vez, Gabe. Quédate quieto si no quieres acabar pareciendo el cantante de una banda Heavy Metal.

—No me gusta que te eches la culpa. Reaccionaste instintivamente.

—Y destruí la prueba. El fiscal me dijo desde el primer momento que sería muy difícil demostrarlo.

— ¡Pero Dallas es una mujer!

—Quieto, Gabe.

Lo consiguió haciendo un esfuerzo.

—Ella también es mujer —repitió con más calma—. Tendría que haber oído tu declaración y darse cuenta de que estabas diciendo la verdad.

— ¿Cuándo Neil tenía una coartada? ¿Cuándo me duché antes de reunir

el coraje necesario para poner la denuncia? ¿Cuándo llevaba puesta una máscara de esquí para que no pudiera verle la cara? ¿Cuándo soy una divorciada que salía con varios hombres aparte de Neil? Tú te dedicas a aplicar la ley, Gabe. Sé realista.

—Sigo diciendo que ella lo conocía de antes y que convenció al jurado hasta asegurarse de que le declararían inocente.

Celia dejó las tijeras y le tomó la cara entre las manos. Se inclinó para que sus ojos estuvieran al mismo nivel que los de Gabe.

—Ya sé que te duele, pero no golpees a alguien que no se lo merece.

Gabe la cogió por las muñecas.

—Quiero matarle, Cel.

El miedo asomó a los ojos oscuros de Celia.

—No. Gabe, por favor. No hables así. Tú serías la primera persona a por la que irían si algo llegara a sucederle.

—Esa es la única razón por la que todavía no le he retorcido el pescuezo —dijo él con un suspiro—. No te sería de ninguna ayuda en la cárcel o huyendo de la ley.

No quiero añadir más sufrimiento a lo que ya has pasado.

—Gracias.

—Pero voy a atrapar a ese tipo. No me importa cuánto tarde, voy a cogerle.

— ¿Y vas a disculparte con la portavoz?

—Bueno, yo...

—Gabe Escalante, ¿qué dirían nuestros padres si vivieran? Te enseñaron a ser un hombre educado, a tratar a los demás como te gustaría que te trataran a ti.

—Pero no puedo estar seguro de que ella no...

—Pues yo sí —dijo Celia, sacudiéndole ligeramente con una sonrisa en los labios—. Y tú también, si te paras a pensarlo. Ya sé que pedir disculpas no es tu fuerte, pero la verdad es que te comportaste como un idiota. Se lo debes. Y ahora, vas a prometérmelo o no acabaré de cortarle el pelo.

—Oye, Cel., dame un respiro.

—Prométemelo.

Gabe dejó escapar un suspiro prolongado.

—*Te lo prometo.*

Tres

El sábado por la noche, cuando Dallas llegó a la peluquería, cambió el agua de las rosas y les dio un tajo diagonal en el tallo. Luego colocó el ramo a la entrada del salón, de manera que Gabe Escalante no pudiera dejar de verlas si se le ocurría volver. No creía que lo hiciera y, desde luego, prefería no verlo más.

Se preguntó qué habría hecho con aquel corte inconcluso. Le estaba bien empleado. Dallas había recogido el dinero que él había tirado con gesto insolente sobre el mostrador y lo había guardado en un sobre. Si volvía a aparecer por el Randy Ranché le encargaría a una de las camareras que se lo devolviese. Iba a sentir una satisfacción inmensa al hacerlo, pero, por supuesto, si no aparecía, mucho mejor. No quería ver otra vez los rasgos cincelados de aquella cara.

Un flujo constante de clientes llenaba el salón. Hacía poco que Ámbar había empezado a ofrecer un servicio de manicura que se había hecho sorprendentemente popular, de modo que las dos mujeres trabajaron sin descanso las tres primeras horas después de abrir.

Al final, hubo un respiro y Ámbar fue de prisa a por un café mientras que Dallas hacía un inventario rápido de los productos que necesitaba para hacer el acostumbrado pedido del lunes al almacén. Estaba acabando la lista cuando entró Neil Barney.

—Las rosas tienen buen aspecto —dijo, guiñándole un ojo.

Llevaba una camisa naranja brillante estampada con divisas ganaderas y una banda de piel de serpiente de cascabel en el sombrero.

—Son muy bonitas.

Dallas guardó la lista en el bolsillo y esperó equivocarse con respecto a lo que se avecinaba. Barney se quitó el sombrero y lo colgó de la percha. A Dallas se le revolvió el estómago.

—He pensado en cortarme el pelo.

Se encontraba atrapada. Ámbar estaba tomándose un descanso bien merecido y, además, no le haría ninguna gracia que le endosara aquel cliente incómodo. Se obligó a sonreír.

—Muy bien. Toma asiento.

Neil Barney se sentó en el sillón como si se tratara de un trono. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—He visto lo que sueles hacer aquí. Quiero lo mejor, no importa el precio.

—Todos los clientes reciben el mismo servicio.

Barney se rio y abrió los ojos.

—Eso no es lo que yo he oído. Se dice que anoche echaste a un imbécil sin acabar de cortar el pelo. No quisiera que me sucediera lo mismo. Me gusta acabar lo que empiezo.

—Fue grosero —dijo ella, cogiendo el vibrador—. Estoy segura de que tú nunca lo serías.

—Por supuesto que no. ¿Acaso perdí alguna vez los nervios durante el juicio?

¿Dije algo fuera de tono, alguna barbaridad?

—No.

Dallas encendió el aparato y se lo aplicó entre los hombros.

— ¡Ah! Eso sienta muy bien, Dallas.

—Es para que te relajés.

—Ya estoy relajado, querida. Eres tú la que parece un poco tensa.

Y lo estaba. Trabajaba con el público casi todos los días y había aprendido a aceptar todo tipo de gente. Casi todo el mundo tenía alguna característica a la que ella podía remitirse, algo que proporcionaba un terreno común para conversar el tiempo que tardaba en lavar el pelo y cortarlo. Pero con Neil ni siquiera quería intentarlo.

Recordó lo que le había dicho a Ámbar acerca de que Neil se merecía que le trataran como a uno más. Resolvió ser fiel a sí misma.

— ¿Cómo va la venta de coches? —preguntó, haciendo un esfuerzo por alegrar su voz.

—No quiero hablar sobre coches, ricura. Quiero que hablemos de ti y de mí.

Dallas apretó los dientes. Aquello no iba a ser fácil, pero ya antes se había enfrentado a hombres persistentes. Se rio mientras hacía girar el sillón para encararlo al espejo. Después, desplegó el peinador.

—Neil, nunca nos llevaríamos bien. Yo soy una adicta al trabajo. Siempre lo seré. Tú prefieres ir de fiesta en fiesta. Además, tengo casi treinta años, soy demasiado mayor para ti.

—Prefiero las mujeres mayores. Están al tanto de la vida. —

Bueno, esta mujer mayor no es una posibilidad para ti.

Reclinó el respaldo del sillón para ajustado a la lava cabezas. Cuando le puso una toalla bajo el cuello, él le sonrió.

—Estás haciéndote la difícil. Eso puede ser muy divertido. Sólo no te alejes demasiado deprisa.

—Me has malinterpretado por completo.

Dejó correr el agua con más fuerza de la necesaria. Mientras le ponía el champú, Neil echó el codo hacia atrás, de manera que ella tuvo que apartarse para que su pierna no lo rozara. También conocía aquella maniobra, aunque en los últimos tiempos no era habitual. Por lo general, las señales que emitía eran captadas por sus clientes, que acababan disfrutando de la experiencia sin pedir más de lo que ella ofrecía.

—Tienes unas manos maravillosas, Dallas.

Dallas no contestó, sin embargo el instinto le hizo mirar hacia la pista de baile. Allí, junto a una mesa de billar, estaba Gabe Escalante.

Aunque llevaba un sombrero, ella se dio cuenta de que alguien le había cortado el pelo. No era un trabajo que pudiera igualar al suyo, pero resultaba pasable. La camisa marrón que llevaba remangada parecía gemela de la que había llevado la noche anterior. Todavía recordaba cómo se deslizaba el aparato vibrador sobre aquel tejido suave y los músculos firmes de su espalda.

Sostenía un taco de billar entre las manos. Dallas vio cómo los músculos de los brazos velludos se tensaban cuando lo apretó con fuerza. Contemplaba con desprecio innegable a Neil que seguía sentado en el sillón. Cuando puso los ojos sobre ella, su expresión inflexible le dijo exactamente lo que pensaba. Dallas alzó desafiante el mentón y él apartó la mirada.

—Dallas, no le estás prestando atención a tu cliente —se quejó Neil.

Dallas lo miró y se dio cuenta de que había dejado de lavarle el pelo. Acabó con el champú rápidamente y se lo aclaró.

Gabe se había imaginado que Barney volvería al Randy Ranché aquella noche. El miserable se había llevado a dos compadres de borracheras, a los que habían pedido la documentación en la entrada. A Gabe no le sorprendió que los amigos de Barney fueran más jóvenes que él. Obviamente, eran sus lacayos, chicos sin carácter a los que un tipo con dinero podía impresionar.

Barney había bailado un poco y se había tomado un par de cervezas mientras observaba a Dallas y Ámbar a través del cristal de la tienda. Ámbar se había ido y Barney no había perdido el tiempo. Gabe decidió que lo mejor sería jugar un poco al billar. Y también estaba pendiente la disculpa que le había prometido a su hermana. Podía esperar a acabar con aquel maldito asunto cuando Barney se fuera.

No había esperado tener una reacción tan visceral cuando Dallas comenzó a aplicarle el champú con las manos. Gabe no quería que tocara a aquel canalla. Tuvo que recurrir a todo su autodomínio para no sacar a rastras a Barney de allí o, mejor aún, ahogarle en la lava cabezas lentamente. Aunque ésa hubiera sido una muerte demasiado limpia para él. Durante el tiempo en que le había estado siguiendo los últimos dos días, se había entretenido imaginando toda clase de torturas exquisitas pensadas para castigar a un violador.

Pero no podía hacer nada, excepto quizá meter la bola seis en el agujero de la esquina. Cuando apuntaba, sintió que le tocaban en el hombro. Giró la cabeza y vio un hombre con barba gris que lo miraba sin la menor simpatía. Gabe tensó todo el cuerpo.

—No sé lo que está pasando aquí —dijo el hombre de la barba—, pero no me gusta que mi amiga Dallas tenga que aguantar a un indeseable.

Gabe colocó el taco sobre el tapete y se inclinó sobre la mesa.

— ¿Y bien?

—Me ha contado de qué la acusaste anoche.

Entonces Gabe recordó quién era aquel hombre.

—Tú eres el fotógrafo.

—Hace tiempo que conozco a Dallas, es difícil encontrar una persona más honrada que ella. A mí tampoco me cae bien ese Barney, pero si Dallas cree que es inocente, yo creo que es inocente. Y no consentiré que ni tú ni nadie ensucie su buen nombre.

—Te lo agradezco. Aunque me parece que no he oído tu nombre.

—Bogart. Debe Bogart.

—Gabe Escalante —dijo él, ofreciéndole su mano.

Bogart dudó un momento y luego estrechó la mano que le tendía con una reserva evidente.

—Hablo muy en serio, Escalante.

Al observar a Bogart y tener que digerir su lealtad hacia Dallas, Gabe empezó a comprender lo mucho que se había equivocado con ella. Su sexto sentido le había dicho que era buena persona, pero había desoído a su instinto, lo que siempre es un error, y se había precipitado con sus estúpidas conclusiones. Celia tenía razón. No había sido justo.

—En fin, lo único que puedo decir es que pensaba pedirle disculpas esta misma noche por todo lo que le dije.

Un brillo de alegría apareció en los ojos de Bogart.

— ¿De verdad? Me alegra oírlo. Será digno de ver.

Gabe echó una ojeada hacia la peluquería y se sintió incómodo.

— ¿Por qué lo dices?

—Si conocieras mejor a Dallas, te darías cuenta de lo mucho que la heriste con tus acusaciones. No estoy seguro de que una simple disculpa baste, pero será entretenido ver cómo lo intentas.

Gabe gruñó para sus adentros.

—También me he estado preguntando por qué apareces siempre que ese Barney anda por aquí. ¿Lo estás siguiendo o algo parecido?

—Es una forma de decirlo.

— ¿Eres de esos tipos que se toman la justicia por su mano? —preguntó Bogart, entrecerrando los ojos.

—No. Sólo quiero ver lo que hace. Dallas y tú podéis creer que es inocente, pero yo no.

— ¿Y a ti qué más te da?

Gabe tuvo que obligarse a mantener un tono de voz normal.

—Digamos que soy un ciudadano respetuoso de la ley.

—Y tampoco juegas mal a billar —dijo Bogart, evidenciando un respeto un tanto rencoroso—. Te he estado observando.

Gabe se dio cuenta de que el estudio fotográfico todavía no tenía clientes mientras que el corte de pelo de Barney acababa de empezar.

—Parece que no tienes trabajo por el momento y yo tengo que hacer un poco de tiempo antes de poder presentar mis excusas. ¿Quieres echar una partida?

Bogart lo miró fijamente, estaba claro que sopesaba la conveniencia de pasar el tiempo con alguien al que Dallas había echado de su salón. Al final,

terminó decidiéndose.

— ¿Por qué no? —dijo, cogiendo un taco del estante.

Mientras Dallas le cortaba el pelo Neil la mantuvo entretenida con una charla intrascendente sobre las pesas que levantaba en el gimnasio en comparación con sus amigos y sobre cuántas cervezas podía beber en una noche y luego ganarle a todo el mundo en la mesa de billar. Cuidó de hacer las observaciones admirativas oportunas mientras observaba con el rabillo del ojo que Debe hablaba con Gabe Escalante.

Podía imaginarse la conversación por la postura de Debe y por la inclinación agresiva de su sombrero. Gabe también se mantuvo en su sitio. Dallas rezó silenciosamente para que no empezaran a golpearse. Debe tenía quince años más y pesaba otros tantos kilos menos que Gabe. La postura del cuerpo de Gabe ante un desafío le dijo que estaba acostumbrado a ganar las peleas. Cuando Gabe ofreció su mano a Debe, Dallas estuvo a punto de sacarle un ojo a Neil con las tijeras.

— ¡Cuidado, cariño!

—Lo siento.

Dallas intentó concentrarse en su tarea. No había herido a ningún cliente, aún. Y no pensaba empezar en aquel momento, sobre todo con alguien como Neil, que no dudaría en demandarla hasta sacarle todo lo que tenía. Pero, ¿por qué aquéllos dos se estaban dando la mano?

—Necesito mis ojos, ya sabes.

—Te prometo que no volverá a suceder.

Pensó que los ojos de Neil, toda su cara en realidad, tenían una suavidad infantil. Aunque según los baremos tradicionales podía decirse que era atractivo, Dallas prefería un rostro en el que se reflejaran más las experiencias de la vida. Un rostro como... el de Gabe. Pero Gabe era un idiota.

Y la próxima vez que miró, el idiota estaba jugando al billar con Debe. Por lo visto, la defensa del honor de una amiga era menos importante para Debe que un desafío al billar. ¡Hombres!

Completó el corte de Neil, dio unos cuantos toques finales con el peine y el secador mientras Neil la contemplaba sin disimular su admiración.

—Tienes verdadero talento. De aquí en adelante, soy tuyo por el resto de mi vida.

Dallas se dominó y logró sonreír mientras le quitaba el peinador.

—Me alegro de que te guste.

Neil se levantó y se sacó la cartera del bolsillo.

—Te demostraré cuánto me gusta —dijo, y le dio un billete de cien dólares —. Quédate el cambio.

—Neil, esto es demasiado...

Barney le cerró la mano en torno al dinero.

—Me sobra el dinero. Mira, si te pone nerviosa que nos veamos en la ciudad, podíamos irnos un par de días fuera. Deja que te lleve a Las Vegas, o a La Jola. Demonios, San Francisco sólo está a un par de horas en avión. ¿Qué me dices?

Dallas retiró la mano, siempre había sido capaz de rechazar aquella clase de invitaciones. Sin embargo, Neil era distinto. Rechazarle le parecía una discriminación, como si le considerara apestado sólo por el hecho de que le hubieran acusado de una violación. No creía que estuviera bien, pero tampoco quería salir con él.

—Ya veo que te lo estás pensando.

—No, la verdad es que no. Escucha, no es por el juicio, Neil. Sólo que no creo que congeniemos.

—Por supuesto que lo crees. No me quitaste los ojos de encima durante el juicio, estoy seguro de lo que sientes por mí. Cede a tus fantasías, Dallas —dijo en voz baja—. Déjate llevar, pequeña. Puedo hacer que lo pases muy bien, mejor de lo que nunca has soñado.

Apabullada por su audacia, Dallas dio un paso atrás.

—Lo siento, pero nuestra relación habrá de ser la que mantengo habitualmente con mis clientes.

—¿Cuál es el problema? ¿Tienes novio?

—No, nada de eso.

Dallas sabía que hubiera debido decir que sí, pero le repugnaba mentir en cualquier circunstancia.

—¿Una amiguita? —preguntó él sonriendo.

— ¡No!

—Lo digo porque a mí no me importaría. Es algo que puede hacer las cosas mucho más interesantes.

—Si me disculpas, tengo trabajo.

Se guardó el dinero en el bolsillo y cogió la escoba. Neil blandió el dedo índice muy cerca de su rostro.

—Me estás dando largas y eso no está bien. Pero soy muy testarudo y no me rindo fácilmente.

Dallas se le quedó mirando. ¿Estaba aquel niño, mimado y rico, tan solo, que se sentía dispuesto a esperar a que cambiara de opinión?

—Estoy segura de que en el Randy Ranché encontrarás un montón de mujeres que estarían encantadas de pasar las noches contigo. ¿Por qué malgastar el tiempo con una causa perdida?

—Tú no eres una causa perdida, eres la única mujer que me interesa. Te veré luego, preciosa —dijo él, cogiendo el sombrero.

Dallas le contempló asombrada. Neil se acercó a una mesa y palmeó a un hombre joven en la espalda. El muchachote, que no parecía tener más de veintiún años, le pasó su cerveza y Neil echó hacia atrás la cabeza y la bebió de un trago. Dallas se fijó más en el joven y se dio cuenta de que era uno de los que habían corroborado la coartada de Neil la noche en que Celia Martínez decía haber sido violada. Mientras ella miraba, otro joven le pasó su cerveza a Neil, que también la vació. Después llamó a una camarera.

—Una auténtica joya de hombre.

Dallas volvió la cabeza y descubrió a Gabe de pie en la entrada, observándola. Su espalda se quedó rígida como una tabla.

—Me parece que ya hemos tenido antes la misma conversación —dijo ella, poniéndose a barrer.

—Tenemos que repetirla.

—No recuerdo haberte invitado a charlar.

—Debemos aclarar algunas cosas, Dallas.

—Nosotros no tenemos que aclarar nada. Y tú tienes que salir de aquí antes de que llame a seguridad para que te echen.

Calculó rápidamente si Frank y Turner, los porteros de turno, podrían manejar a un hombre como Gabe. No estaba del todo convencida de que

podieran, pero él no tenía por qué saberlo.

—No pienso moverme de aquí hasta que no hayamos aclarado las cosas.

Dallas colgó la escoba de su gancho y lo miró furibunda.

—Esos aires de superioridad no te darán resultado conmigo, Escalante. No me dejes intimidar con facilidad. ¿Quieres que llame a seguridad o prefieres marcharte discretamente?

Gabe se pasó la mano por la nuca.

—Maldita sea. Bogart tenía razón respecto a ti.

—¿Cómo has dicho?

—Bogart me dijo que no te contentarías con una simple disculpa.

—¿Una simple qué? —preguntó ella, asombrada.

Gabe apartó la mirada.

—Disculpa —repitió como si obligara a sus labios a pronunciar una palabra prohibida.

—¿Eso es lo que estabas haciendo? —Dijo ella sin poder contener la risa—. ¿A ordenarme hablar contigo le llamas «una disculpa»?

Gabe se metió las manos en los bolsillos de atrás y miró al techo.

—Si no puedo hablar contigo, ¿cómo voy a decirte que anoche me pasé un poquito de la raya?

—¿Conque «un poquito de la raya»? —Repitió ella, cruzando los brazos sobre el pecho y lanzándole una mirada asesina—. ¿Quieres decir que estás reconsiderando la idea de que esté loca por Neil Barney o de que haya aceptado un soborno suyo?

—Justamente —dijo él mirándola a los ojos.

Era una lástima que él tuviera un aspecto tan atractivo mirándola de aquella manera, ella tenía sus principios.

—Verdaderamente, me conmueves.

—Tienes que admitir que tenía muy mala pinta, Barney viniendo a verte el mismo día del juicio, tuteándote y regalándote flores.

—¡No tengo que admitir nada! Escalante, mi conciencia está muy limpia, pero espero que la tuya te moleste de veras porque lo que hiciste fue arrogante, precipitado y excesivamente grosero.

Gabe acusó el golpe. Los músculos de sus mandíbulas se tensaron.

—Espera un momento. Considerando la reputación de Barney, tenía derecho a pensar que...

—No tienes ningún derecho y has agotado el tiempo que tenías para lo que tú llamas disculparse.

Dallas se dio la vuelta y cogió el sobre donde había guardado su dinero.

—Aquí tienes el dinero que dejaste anoche. Me niego a aceptar el pago de un servicio que no he terminado. Tómalo y sal de aquí.

Gabe no hizo el menor gesto de ir a coger el sobre, sino que continuó mirándola.

—Te he visto aceptar el dinero de Barney.

—Naturalmente. Ese servicio sí que lo he terminado.

Dallas sintió que una oleada de excitación la invadía al pensar en lo estrechamente que debía haberla vigilado con aquellos ojos negros que rebosaban energía. Sin embargo, había pasado un mal rato cortándole el pelo a Neil, sobre todo con Gabe cerca de allí. La enfurecía el efecto inquietante que Gabe tenía sobre ella.

—Dallas, es un hombre peligroso.

Dallas se puso las manos en las caderas.

— ¿Y qué eres tú, el rey del mundo? ¿La versión moderna de Sigmund Freud o de Salomón? ¿Qué autoridad tienes tú para hacer esa clase de juicios?

—Soy un oficial encargado de vigilar las fianzas.

—Un caza-recompensas, querrás decir.

—Si insistes, sí.

— ¿Ofrecen alguna recompensa por Neil?

—No, pero no es trigo limpio. Al cabo de los años he aprendido a juzgar a las personas y...

— ¡Ah! Ya veo. Y eres tan bueno juzgando a la gente que creíste que yo había estado dispuesta a amañar un juicio, ¿no? Me has impresionado con tu perspicacia, señor Caza-recompensas.

—Estaba muy cansado y no pensaba con propiedad.

—Eso último es condenadamente cierto.

—Escucha, no importa la opinión que puedas tener de mí, mantente alejada de Barney. Haz que tus guardias de seguridad le saquen de aquí la próxima vez que venga. Asegúrate de que alguien te acompañe al aparcamiento

todas las noches y refuerza las cerraduras de puertas y ventanas en tu casa.

—Primero una disculpa falsa y ahora tácticas amedrentadoras. Puedo cuidar de mí misma, gracias. Y Neil sólo es un joven desorientado, no un violador. Vete a cazar a otro pobre hombre —dijo, agitando el sobre ante él—. Coge tu dinero.

—No lo quiero —repuso él con calma—. Y tienes que tomarte en serio lo que digo de Barney. Estaré por aquí, por si quieres que sigamos hablando.

— ¿Qué pretendes hacer, vigilarme?

Gabe la miró directamente a los ojos.

—Sí.

Un calor inesperado se extendió por todo su cuerpo. Dallas tuvo que hacer un esfuerzo para mantener su actitud desafiante — ¡Eso es ridículo!

—No, si Barney te ha escogido como próxima víctima —dijo Gabe antes de dar media vuelta e irse.

Cuatro

Unos minutos después de que Gabe se fuera, Debe Bogart apareció con expresión avergonzada. Dallas lo miró sin intentar disimular su enfado.

—Creía que te habías ofrecido a protegerme de él.

Debe se encogió de hombros y se rascó la barba.

—Bueno, hablé con el muchacho y... me pareció un buen tipo.

—Querrás decir que juega bien al billar.

—No, Dallas, no es sólo eso. Valoro mucho a una persona cuando me da la mano, siempre que me mire a los ojos al hacerlo. No parece que hayas aceptado sus disculpas.

La risa de Dallas fue breve y dura.

—Ese hombre no sabría reconocer una disculpa aunque le mordiera en el trasero.

—Ya decía yo. Pero sigo pensando que no es mal tipo. Aunque tampoco sé qué le pasa con Barney.

Dallas alineó los frascos de champú que había en el estante tras el lava cabezas.

—Deja que yo te lo diga. El señor Escalante tendría que haber nacido hace un siglo, cuando las diferencias de opinión se solventaban al mediodía en las calles polvorientas de alguna ciudad ganadera. Está tratando de hacer un drama donde no lo hay porque se aburre con la vida civilizada que llevamos el resto de nosotros. ¿Sabías que es un caza-recompensas?

—No, no lo sabía —contestó Debe visiblemente sorprendido.

—Yo creo que está sin trabajo ahora mismo y necesita algo con lo que entretenerse. Adelante, Debe, juega al billar con él sí es lo que quieres. Pero yo no me tomaría en serio nada de lo que dice.

Debe miró hacia la barra, donde Gabe estaba sentado con la mano alrededor de una jarra de cerveza.

—Un caza-recompensas, ¿eh? Creía que ya no existían.

—Se llama a sí mismo oficial de vigilancia de fianzas —dijo ella en tono de burla—. A mí me parece que tiene una idea exagerada de su importancia en el mundo.

—Espero que no te importe si juego al billar con él de vez en cuando. Maneja el taco endiabladamente bien.

Dallas sacudió la cabeza. Estaba claro que los hombres se dejaban engañar por las fanfarronadas machistas con más facilidad que las mujeres.

—No, no me importa, Debe. Así no tendré que volver a hablar con él.

Durante la semana siguiente, Dallas se preguntó si Neil se daba cuenta de que tenía una sombra que le seguía a todas partes. Cada vez que Neil llegaba al Randy Ranché, ella sólo tenía que echar un vistazo unos pocos minutos después para ver a Gabe en el bar o escogiendo un taco en las mesas de billar que había más cerca de la peluquería. Pero todas las noches aparecía gente nueva y quizá Neil no hubiera reparado en Gabe.

Dallas deseaba poder ignorarle con la misma facilidad, pero su presencia la inquietaba más de lo que ella misma se atrevía a confesarse. Aparentemente, no era la única mujer que experimentaba una descarga de adrenalina cada vez que lo veía.

Gabe empezó a aceptar peticiones de baile. Cuando estaba en la pista con una chica entre sus brazos, Dallas tenía que reprimir una agitación interior que carecía de sentido. ¿A ella qué le importaba que bailara y con quién? Pero se descubría juzgando la belleza y aptitudes de todas sus parejas. Incluso Ámbar se dio cuenta de su preocupación y Dallas tuvo que convencerla rápidamente de que no estaba interesada en Gabe.

Durante el trabajo, procuraba no bajar la guardia frente a los avances de Neil, pero una noche la atrapó en la barra cuando pedía un vaso de soda.

— ¿Tomando una copa, preciosa? —preguntó, apoyándose en la barra, casi rozándola.

—Sólo quiero refrescarme la garganta —dijo ella, apartándose.

— ¿Te apetece bailar? No hay nadie esperando uno de tus famosos cortes de pelo —dijo, mirando hacia la peluquería.

—Gracias de todos modos, pero vendrá un cliente en cualquier momento.

Cogió el vaso y se apartó de la barra.

— ¿Es eso cierto? —Preguntó Neil, sujetándola del brazo—. No me gustaría pensar que le estás contando un cuento a tu viejo amigo Neil.

Dallas lo miró a los ojos y se zafó de él. Su respuesta fue más acida de lo que pretendía, pero Neil restringía su libertad de movimientos y eso era algo que no le gustaba nada.

—Aunque te parezca raro, tengo que trabajar para vivir. No puedo dejar el salón sin atender cada vez que me apetezca.

— ¿Pero te apetece? —insistió él con una sonrisa insinuante.

—Perdóname. Debo volver.

Dio media vuelta y fue a la peluquería, pero su camino estaba bloqueado por su otra pesadilla, que se apartó de la mesa de billar y se plantó delante de ella.

—Será mejor que pienses en lo que te dije. Barney se está volviendo muy insistente —dijo Gabe, contemplándola.

—Yo diría que los dos tenéis la marca mundial en ese aspecto.

—No dejes que el enfado te haga ser descuidada.

El timbre rudo de su voz y la intensidad con que la miraba le impidieron marcharse. Dallas tragó saliva.

—Puedo arreglármelas con él.

—Aquí, quizá. Pero, ¿y fuera? No te engañes —dijo, mirándola de arriba abajo—. Y esa manera de vestir tampoco juega a tu favor. Tienes que saber que te vistes como si fueras el sueño de todo vaquero.

En contra de su voluntad, su cuerpo respondió con un calor repentino y sofocante.

—No quiero decir que no sea estupendo para los que nos podemos controlar un poco —siguió él—. Sin embargo, tentar a un hombre como Barney con unos pantalones cortos y ajustados es peligroso.

— ¡Mil perdones! —estalló ella, contenta de tener algo por lo que enfurecerse—. Mi manera de vestir no es asunto tuyo.

—Sólo trato de advertirte.

—Por mí puedes ahorrarte la advertencia.

Le empujó para abrirse paso y entró en la peluquería hecha una furia con el corazón latiéndole a toda prisa. Una vez más, Gabe había destrozado completamente su compostura. ¿Qué derecho tenía a hacer aquellos comentarios tan personales sobre su ropa? Hacía falta valor para ponerse a hablar de sus pantalones ajustados. «Eso quiere decir que se ha fijado», susurró pícaramente su libido. «Y a ti te gusta, ¿no es cierto?» El deseo, cuidadosamente vigilado y controlado, empezó a despertar en su interior. Dallas no quería sentir aquel anhelo por Gabe Escalante, pero parecía que no podía

hacer nada por evitarlo.

Conforme pasaban los minutos, se dio cuenta de que no se perdía ni uno solo de sus movimientos en la mesa de billar. Y detrás de aquel interés, la pasión se abrió camino hasta la superficie de su consciencia. Nunca había prestado atención a las letras de las canciones country que sonaban en el Randy Ranché, pero aquella noche las palabras de amor y lujuria la acosaron. Te quiero, entonó una canción e instintivamente ella miró hacia las mesas de billar.

Como si pudiera sentir sus ojos sobre él. Gabe alzó la vista. Ella se volvió, no estaba preparada para enfrentarse a aquella mirada ardiente. Unos momentos después, se descubrió observándolo otra vez. Y otra vez Gabe levantó la mirada del tiro que estaba a punto de hacer. En esa ocasión Dallas no apartó los ojos. Ámame esta noche, exigió otra canción. Ámame ahora. Ámame como tú sabes. Se dio cuenta de que los dedos de Jate apretaban con fuerza el taco y vio que un músculo palpitaba en su mandíbula. El anhelo estalló en sus entrañas y se puso a temblar. El cliente que estaba atendiendo habló en aquel momento y ella pudo romper, no sin un esfuerzo, la conexión eléctrica que la unía con Gabe.

Se obligó a concentrarse en el trabajo hasta que la frase familiar de otra canción la distrajo de nuevo. Decía algo sobre «el sueño de un vaquero». Era lo que Gabe la había llamado. Se sentía incapaz de olvidar el modo en que la había mirado al pronunciar esas palabras, como si hubiera querido estrecharla entre sus brazos y besarla hasta perder el sentido. Había reaccionado a sus comentarios con furia porque no podía permitir que se diera cuenta de que había tocado una fibra muy honda de su sensualidad. Y aquella fibra continuaba vibrando.

Trató de ignorar la canción, pero las palabras martilleaban en su cerebro. Y me estoy volviendo loco, por muy frío que aparente ser porque ella es la respuesta al sueño de este vaquero. Dallas apretó los dientes. No quería mirar a Gabe. Por nada en el mundo. Pero acabó mirando de reojo hacia las mesas de billar. Gabe no estaba allí. Sintió la decepción como un nudo que le pesaba en la boca del estómago.

Preguntándose si se habría ido definitivamente, lo buscó en la barra del bar. Estaba sentado en un taburete con una jarra de cerveza a medias entre las manos, los ojos clavados en ella.

El estribillo de la canción ondeó entre los dos. Ella es la respuesta al sueño de este vaquero. El pulso se le aceleró cuando Gabe levantó su jarra

hacia ella en un saludo silencioso. Después le hizo un guiño y vació el contenido. Cuando volvió a su trabajo, las manos le temblaban tanto que estuvo a punto de cortarle un trozo de oreja a su cliente.

Por la mañana llamó a su madre después de mucho tiempo. Esperaba que Lucirle Fraques hubiera encontrado un trabajo. Cuando ella y el padrastro de Dallas habían decidido mudarse de Tejas a Arizona, Dallas había pensado que sería capaz de convencerla para que buscara un empleo. Lucirle dependía excesivamente de Job Fraques para el gusto de Dallas, pero su madre siempre había permitido que los hombres, incluido su anterior marido, la dominaran.

Tras contestar el teléfono y maravillarse de que fuera Dallas, Lucirle se puso a charlar con un marcado acento sureño sobre las actividades de sus dos hijos varones, sus otras dos hijas y la respectiva descendencia. Dallas se armó de paciencia hasta que su madre se calmó un poco.

— ¿Has tenido suerte con el trabajo? —preguntó al final.

Hubo una pausa demasiado larga.

—Bueno, ya sabes que Job prefiere que no trabaje.

Lucirle sonaba como si estuviera en una casa colonial, bebiendo sorbetes de menta y supervisando a la servidumbre. Pero Dallas sabía que no les sobraba el dinero. Job no ganaba demasiado trabajando como empleado en un almacén de recambios de automóvil.

—Mamá, no creo que...

—Dallas, tú no estás casada y no sabes cómo son estas cosas. La mayoría de los hombres no pueden soportar que una mujer aporte su sueldo. Ya lo intenté con tu padre y mira lo que sucedió.

Dallas tenía ganas de gritar, pero ni siquiera eso hubiera cambiado el modo en que su madre veía la vida. Abandonada por un hombre débil cuando Dallas tenía dieciséis años, Lucirle no había tardado en encontrar otro cuya autoestima se alimentaba a base de negar la de su esposa. Dallas se había ido de Amarillo en parte para librarse de los modos dictatoriales de su padrastro. Sin embargo, había trascurrido diez años y seguía manteniendo el sueño estúpido de que podía influenciar a su madre para que llevara una existencia más productiva que el mero atender a los caprichos de un hombre de mediana edad. Estaba claro que eso nunca sucedería. Dallas tomó aliento.

—Si todos los hombres tienen tanto sentido común, prefiero estar sola.

La risa de su madre carecía de humor.

—Quizá no debas preocuparte, te he dicho más de una vez que los asustas.

—Puede que sólo intimide a los que no me convienen. Puede que el adecuado no se asuste en absoluto.

—Si crees que ese hombre existe, eres una idealista.

Dallas apretó con fuerza el teléfono.

—Te diré una cosa. Prefiero pasarme sola toda la vida antes que estar atada a un hombre que no deje de decirme lo que debo hacer y lo que no.

—Eso lo intentan todos, cariño —dijo su madre, suspirando con resignación—. Todos, no falla.

La tensión entre Gabe y Dallas crecía cada noche que se veían en el Randy Ranché. Dallas sospechaba que, sin la presencia de Neil, se habrían dejado llevar por la evidente atracción que compartían. Sin embargo, la hostilidad que Gabe sentía por Neil se interponía entre ellos.

Durante el día, Dallas se distraía con lo que más le gustaba, daba largas cabalgatas por las estribaciones de las Montañas Tucson, hacía mejoras en su terreno y salía a comer o de compras con Ámbar de vez en cuando.

El tiempo seguía desacostumbradamente caluroso para febrero, lo que atraía más visitantes invernales de lo habitual. Cadillac y Lincoln con matrícula de otro estado llenaban las carreteras una mañana en que Dallas fue a Tucson a comprar comida para perros.

Razonó que no debía molestarse por aquel pequeño inconveniente, el flujo de turistas suponía más clientes para el Randy Ranché. Aquella idea la animó y se puso a cantar con la radio. Dejó el coche en el aparcamiento de la tienda de animales en la que quería comprar una marca de comida especial para Retachen. Se alegraría cuando la perra ya no estuviera en celo. Normalmente, llevaba al gran danés de compras y la dejaba al cuidado de la camioneta. Pero Retachen no podría salir hasta que dejara de babear por cada perro que olfateaba en medio kilómetro a la redonda.

En la tienda de animales no perdió el tiempo. Tenía que completar la lista de tareas para el día, lo que incluía dar una nueva mano de pintura al cobertizo.

Acababa de cargar el saco de diez kilos en el carrito cuando vio que Barney se dirigía hacia ella por el pasillo.

Gabe se había quedado vigilando a Barney hasta las cinco de la madrugada. Sus compadres y él habían cerrado el Randy Ranché a las dos y luego se habían metido en el desierto a beber la cerveza que habían comprado en una tienda de licores. Gabe se había quedado a medio kilómetro del lugar donde ellos celebraban el festejo alrededor de un fuego improvisado de mezquite y creosota. El olor penetrante de la madera quemada y los gritos fuertes no atrajeron la atención de las patrullas que pasaron. A Gabe le habría encantado lo contrario porque hubiera podido irse a dormir, pero la suerte no le fue favorable.

Parecía que Barney bebía más y pasaba menos horas en el trabajo. Los informes de Jaspee y Diego indicaban que dedicaba menos de dos horas diarias a trabajar. Gabe imaginaba que cuanto más se embruteciera, más posibilidades tenía de pillarse los dedos molestando a otra mujer. Y sus continuas atenciones con Dallas le señalaban quién iba a ser la posible candidata.

La fiesta terminó un poco antes de las cinco. Gabe siguió a Barney hasta su casa y llamó a Diego para que le relevara. Estaba contento de haber encontrado a Jaspee y a Diego disponibles. Si se presentaba un trabajo más lucrativo, era posible que los dos se vieran obligados a aceptarlo, pero por el momento se hallaban sin trabajo y estaban deseosos de ayudar por un salario más bien modesto.

Cuando Diego llegó. Gabe se fue a casa, se dejó caer en la cama y se quedó durmiendo vestido. Lo último que pensó fue que algo iba a suceder muy pronto. El teléfono sonó. Gabe lo cogió con el gesto automático de alguien acostumbrado a que le despertaran. Diego fue al grano sin preámbulos.

—Barney ha averiguado dónde vive Dallas, amigo. Lo he seguido hasta el camino que lleva a su casa. La ha esperado escondido tras unos arbustos y luego la ha seguido hasta Tucson para meterse en la misma tienda de animales que ella. Han salido juntos discutiendo. Por lo visto, él quería llevarle el saco de comida y ella se negaba en redondo.

Gabe se restregó los ojos con el dorso de la mano. Había acertado. Quizá Dallas se diera cuenta ahora de quién era Barney. El asedio subía de intensidad por momentos.

— ¿Qué ha pasado después?

—Ella se ha marchado en su camioneta. Creo que le ha mandado a paseo porque Barney ha subido a su coche y ha salido a toda velocidad a la tienda más cercana para comprar cerveza antes de ir a casa. Todavía está ahí, seguramente acabando con las seis latas. Ya sé que te he despertado, pero pensé que querrías estar al tanto.

—Sí. Gracias, amigo. Quédate ahí mientras me doy una ducha y llamo a Jaspee. Quiero encargarme en persona de ahora en adelante.

— ¿No quieres que te eche una mano?

—Todavía no, puede que muy pronto. Adiós.

La emoción de la caza disipó su cansancio. Siempre era así.

Dallas tenía la esperanza de que, tras la discusión en el aparcamiento de la tienda de animales y su brusca despedida, se hubiera librado de Neil para siempre. Pero aquella misma noche, cuando lo vio aparecer en el Randy Ranché, aquella esperanza murió.

—Vosotras, las mujeres liberadas cometéis un error —dijo, apoyado en el quicio de la entrada mientras que ella terminaba con un cliente—. Si no nos dejáis ayudar de vez en cuando, somos capaces de retirar nuestro ofrecimiento.

—Hola, Neil. Tendrás que disculparme pero ahora mismo estoy atendiendo a un cliente.

—Sí, bien —dijo él, enderezándose—. Sólo quería mencionarte que tenemos un amigo en común, Stewart Allison. Los Allison vivían en la casa de al lado cuando yo era pequeño. Creo que tú también lo conoces. Qué pequeño es el mundo, ¿verdad?

El miedo pasó sus dedos helados a lo largo de su espina dorsal. Stewart Allison era quien le había prestado el dinero para iniciar su negocio. ¿Estaba Neil amenazándola con hacer que Allison le pidiera el reembolso?

—Sí, tengo negocios con el señor Allison —dijo ella sin mirarlo.

—Bien, ya te he dicho que es un buen amigo de mi familia. Pensé que te gustaría saberlo.

Dallas lo miró, tratando de averiguar hasta dónde llegaba su amenaza. No le gustó la expresión calculadora que vio en su rostro.

—Nos vemos luego, preciosa.

Neil giró sobre los tacones de sus botas desmesuradamente caras y se marchó.

—Suena como si tratara de impresionarla —dijo el cliente.

—Me parece que sí.

Dallas relajó los músculos de las mandíbulas y trató de calmarse. Quizá Neil sólo trataba de impresionarla. Quizá únicamente quería que supiera que tenía amigos importantes.

—Este corte le durará otro par de semanas, señor Nelson.

Dallas le retiró el peinador antes de entregarle un espejo.

—Alguien debería decirle a ese pobre muchacho que ésa no es manera de hacer las cosas —comentó mientras se contemplaba la nuca—. Un trabajo excelente, como de costumbre, Dallas.

—Muchas gracias.

Dallas le cobró y se despidió con una sonrisa, aunque le dolía la cabeza. Neil se estaba poniendo muy pesado. Oyó unas risas estridentes fuera, al mirar vio que Neil estaba abrazando a Beth, una de las camareras. Con un poco de suerte podría dedicarse a molestar a otra. Lo esperaba fervientemente porque no podía permitir que la avergonzara delante de sus clientes. Consideró hablar con el personal de seguridad, aunque odiaba la idea de darle bombo a su comportamiento. Deseó que aquella no fuera la noche libre de Ámbar. Le habría gustado hablar de su situación con alguien.

Como obedeciendo a sus deseos, Gabe Escalante entró en la peluquería. Decididamente, no era la persona con la que Dallas querría hablar de sus problemas. Él metió las manos en los bolsillos de sus viejos vaqueros y carraspeó.

—Hay algo que debes saber.

Deseaba que el corazón dejara de latirle tan aprisa. Le dio la espalda y cogió la escoba para barrer.

—Me lo puedo imaginar

—Barney no te ha encontrado en la tienda de animales por casualidad. Te había seguido desde tu caravana.

Dallas se le quedó mirando. Sintió que se le revolvía el estómago.

— ¿Y tú cómo lo sabes? ¿Cómo te has enterado de que vivo en una

caravana?

Gabe parecía un tanto incómodo, pero la miró a los ojos.

—Tengo a dos hombres tras él. Entre los tres le tenemos controlado las veinticuatro horas del día. Uno de estos muchachos lo siguió hasta tu casa, o al menos se imaginó que era tu casa cuando te vio salir de allí.

Dallas retrocedió un paso y se llevó una mano al pecho.

—Estás loco. Por Dios, ¿qué haces tú siguiendo a ese tipo las veinticuatro horas del día?

—Ya te lo he dicho, es un individuo peligroso.

— ¡Según tú! —Exclamó, pero vio que se acercaba un cliente y bajó la voz—. Mira, no tengo mucha experiencia con esta clase de mentalidad obtusa, señor Caza recompensas, pero me parece bastante estúpida. Neil podría hacer que te arrestaran por acoso.

—Sí, podría —dijo Gabe metiendo los pulgares en las tirillas del pantalón y mirándola con dureza—. Sobre todo si tú se lo cuentas. He corrido el riesgo de venir porque tenía la estúpida impresión de que debías estar prevenida.

Dallas hizo un gesto hacia el bar, donde Neil no había soltado a Beth todavía.

—Quizá también debieras advertírselo a ella, y a cada chica con la que baila.

—Puede que tampoco sea una mala idea. Pero tú eres la única a la que ha acechado en su casa.

— ¿Acechado? —Repitió Dallas con un gesto de exasperación—. Suena a diálogo de película barata. Puede que esta versión no le convenga a tu sentido del drama, pero te apuesto a que sólo pasaba por casualidad y reconoció mi camioneta. La carretera del Valle de Ovrá es una ruta muy transitada.

—Y luego te siguió hasta Tucson. ¿Aún no quieres entenderlo?

—Se ha encaprichado de mí, nada más —recalcó ella antes de poner una sonrisa en sus labios y volverse hacia el cliente—. ¡Señor Abernathy! ¡Cuánto me alegro de volver a verlo por aquí!

Gabe no se dio por vencido y se acercó a ella.

—Escucha, Dallas...

—Tengo trabajo —dijo ella en tono categórico.

Gabe se marchó visiblemente furioso. A Dallas le sorprendió que no se

fuera del Randy Ranché, pero parecía que seguía con su vigilancia. Se mantuvo cerca casi toda la noche, jugando al billar con Debe Bogart. Maldijo para sí al darse cuenta de que estaba empezando a hacer mella en su ánimo, a ponerla nerviosa cuando no había motivo. Neil no había hecho nada malo. Era un poco tosco, pero no había ninguna ley contra la grosería.

Esa noche, mientras iba a su casa, no dejó de mirar por el retrovisor, pero no descubrió ningún Corvetee negro ni ninguna camioneta destartalada siguiéndola. Al llegar, comprobó las cerraduras. Volvió a maldecir a Gabe, había conseguido asustarla. Por suerte, el día siguiente era viernes y Ámbar trabajaba también. Por primera vez, se sentía inquieta estando sola.

Esa tarde, Dallas decidió ir a comprar helado de café. Cuando la vida se desarrollaba sin incidentes no se preocupaba por lo que comía. Pero cuando se complicaba necesitaba su comida preferida.

—A ti también te vendría bien un poco —le dijo a Retachen, que gimió y meneó la gruesa cola—. La verdad es que debes de estar más estresada que yo. Pero el veterinario también piensa que es lo mejor. Tendrás unos cachorros estupendos si esperamos al próximo celo, ¿de acuerdo?

Retachen ladeó la cabezota y aceleró el meneo de la cola.

—Ya sabía yo que eras una chica razonable. Vuelvo en un momento.

Le pareció un placer conducir por la autopista con la ventanilla abierta y una emisora de música country sonando en la radio. Miró por el retrovisor para cambiar de carril y vio un coche negro a medio kilómetro detrás de ella.

—Me estoy volviendo paranoica —murmuró mientras subía el volumen de la radio.

Tomó la salida de Inca Road. En el primer semáforo en que se detuvo volvió a mirar por el retrovisor. Estaba claro, era un Corvetee negro. El estómago se le revolvió. Quizá no fuera Neil, había otros Corvetee negros en Tucson. Apagó la radio. Cuando llegó a su destino, le transpiraban las palmas de las manos. El coche negro se desvió hacia el centro comercial y se detuvo junto a ella. Dallas no se movió de la camioneta, le temblaban tanto las piernas, que apenas podía mantener el pie sobre el pedal del freno.

Neil era el conductor de aquel coche negro.

Cinco

Dallas se arrepintió de no haber comprobado antes si la vigilaban. Tendría que haberlo hecho al salir a la carretera. No tenía una prueba real de que Neil la hubiera seguido, o que hubiera aparcado en algún sitio próximo para observarla, pero si lo había hecho...

Neil salió de su coche y echó un vistazo alrededor. Entonces demostró una gran sorpresa al verla en su camioneta. Con una amplia sonrisa, echó a andar hacia ella.

Dallas no se detuvo a pensar. Dio marcha atrás y salió de la plaza de aparcamiento, fue un milagro que no hubiera nadie detrás de ella. Metió primera y salió disparada del centro comercial sin siquiera mirar hacia atrás.

Estuvo conduciendo sin rumbo fijo, sus ideas eran caóticas y sus ojos se fijaban constantemente en el retrovisor. Al cabo de quince minutos sin ver el Corvete, comenzó a relajarse. Se preguntó si no estaría exagerando. Neil podía haber aparecido por casualidad en el mismo sitio, ¿o no?

Dallas sabía cuál era la respuesta, pero no quería enfrentarse a ella porque hacerlo significaba que tendría que admitir que Neil se comportaba de un modo amenazador. Si él podía conseguir que le exigieran el reembolso del préstamo, emprender cualquier acción en su contra podía tener unas consecuencias graves. Y había otra cuestión aún más inquietante. Si era capaz de acosarla de aquella forma, ¿no sería capaz de cosas todavía más siniestras?

—No —dijo en voz alta—. Sólo es un muchacho rico, mimado y desorientado.

Consultó el reloj. Era hora de que fuera a su casa a cambiarse para el trabajo. Si Neil aparecía aquella noche, pensaba decirle que dejara de seguirla. Podía arreglárselas con él.

—Dallas, estoy de acuerdo con Gabe —dijo Ámbar, encarándose con ella—. Neil es peligroso. Necesitas ayuda.

Dallas la miró, olvidándose del paño del polvo que tenía en las manos. Mientras limpiaban un poco antes de abrir, le había contado a Ámbar los dos incidentes con Neil y su comentario en tono de amenaza de que era amigo íntimo de su banquero. Tenía una esperanza remota de que Ámbar le dijera que eran cosas sin importancia.

—Pero, en realidad, no ha hecho nada malo. Lo más probable es que necesite que se lo diga con más firmeza.

—Ya has dejado bastante claro cuáles eran tus sentimientos y no te ha dejado tranquila. Deja a un lado esa maldita lógica tuya y presta atención a lo que te dice el instinto. ¿Qué tal, aún puedes oírlo?

Dallas se llevó una mano al estómago.

—Sí, pero es terrible.

—Pues entonces haz algo. Llama a la policía.

— ¡Que llame a la policía! ¿Y qué pasará con el préstamo del banco? Neil me dijo que...

—Tu vida es más importante que el negocio. A mí me parece que los dos últimos encuentros significan que te está acechando.

—Pero cabe la posibilidad de que yo esté exagerando, de que Gabe me haya puesto nerviosa y...

—No lo creo. Dallas, escúchame. Si no te atreves a llamar a la policía, ¿por qué no hablas con Gabe? A Debe le cae bien, y yo misma estoy impresionada. Gabe parece muy capaz de poder manejar a Neil con un brazo atado a la espalda. Lo más probable es que tenga sus propias tácticas intimidatorias.

Dallas también lo creía. El problema era lo que le costaría a ella relacionarse con Gabe, un hombre que sólo tenía que mirarla para que sus entrañas se derritieran.

—Habla con él —la animó Ámbar, dándole un apretón en el brazo.

La verdad era que no tenía demasiadas opciones. Se había jurado a sí misma que nunca daría el primer paso hacia Gabe, pero Neil había conseguido asustarla, y lo más probable era que necesitara la ayuda del caza-recompensas. Quizá las miradas ardientes que habían estado intercambiando significaban menos de lo que ella creía. Claro que también podía suceder que, cuando se encontraran solos, se arrancaran la ropa a jirones.

No, no era posible. Ella no era esa clase de mujer. Nunca se dejaba arrastrar por sus impulsos y la aparición de un hombre sexy no iba a cambiar la naturaleza de su carácter. Dallas dejó escapar un hondo suspiro.

—Muy bien. Hablaré con él.

Cuando Gabe entró en la cueva de neón que era el Randy Ranché el viernes por la noche, se preguntó si Dallas habría entendido de una vez por todas que tenía un problema serio. Sin embargo, decidió que sería mejor que ella acudiera en su busca. La fiera independencia de Dallas le recordaba a una yegua briosa que había tenido de joven en el rancho.

«Si intentabas atraparla no ibas a ninguna parte. Pero si te quedabas quieto y dejabas que se lo pensara, a veces era ella la que se acercaba. A veces», pensó.

Gabe había sido el tercero en la caravana hacia la heladería. Dallas se había marchado sin su helado, lo que significaba que estaba asustada. Bien. Era necesario que tuviera miedo para acudir a él en busca de ayuda.

Se dispuso a esperar, pero conforme avanzaba la velada, se dio cuenta de que Barney no se acercaba a la peluquería. Era una lástima. Gabe hubiera preferido que insistiera con sus amenazas a Dallas de modo que a ella no le quedara la menor duda. Quizá Barney fuera más listo de lo que él se había figurado. Aquella sabandija pasó la mayor parte del tiempo con Beth. Ella llevaba en las orejas lo que parecían unos gemelos de diamantes y Neil no dejaba de mordisquear el conjunto. Gabe llegó a la conclusión de que aquella demostración de afecto enfermiza sólo podía significar que él le había regalado los pendientes. Si aquel crápula no la dejaba en paz, podía conseguir que la despidieran.

La música subió de volumen y la multitud se fue congregando. Después de tres bailes en línea seguidos para animar las cosas, el pinchadiscos puso un vals mientras las esferas de espejos derramaban una lluvia de puntos luminosos sobre los bailarines. Gabe rechazó dos invitaciones a bailar y retó a un muchacho con camiseta de la Universidad de Arizona a una partida al billar. Todo el tiempo se mantuvo alerta, vigilando.

Hacia las nueve y media, dejó el taco en el estante y declinó otra partida. Estaba claro que no podía esperar a que Dallas acudiera a él. Barney podía intentar cualquier cosa aquella misma noche y era necesario que ella estuviese preparada. Tenía que hablar con ella, tanto si estaba dispuesta a escucharle como si no. Se dio la vuelta hacia la peluquería y se quedó clavado en el suelo.

Dallas iba hacia él. Por fin.

Si Ámbar no la hubiera amenazado con ir ella misma, Dallas no habría cumplido su promesa de hablar con Gabe. Al fin y al cabo, esa noche Neil sólo tenía ojos para Beth y ni siquiera había hecho sus acostumbradas visitas a la peluquería. Pero Dallas sabía que Ámbar hablaba muy en serio y prefería mantener un cierto control sobre la situación hablando con Gabe en persona. Miró hacia las mesas de billar en el momento en que él se daba la vuelta y la veía.

Su mirada directa la desconcertó. Había querido entablar un contacto más sutil, acercándose por un lado, cogiéndole desprevenido y, con un poco de suerte, con la guardia baja. Se preguntó si aquel hombre bajaba la guardia alguna vez.

Mientras se acercaba a él. Dallas se sintió como si estuviera caminando sobre una alfombra roja, camino de que un príncipe la recibiera en audiencia. Sí, quizá el Príncipe de la Oscuridad. Sus ojos marrones la estudiaban con una intensidad que le producía escalofríos. Gabe alzó imperceptiblemente las cejas, como si le preguntara para qué iba a su encuentro.

—Quisiera hablar contigo en privado —dijo ella.

Los ojos de Gabe chispearon.

—Muy bien. Vamos a bailar.

—No, yo...

—¿No bailas? Me cuesta trabajo creerlo.

—No se trata de eso, sé bailar. Pero no creo que sea necesario para la conversación.

—La pista es el sitio más discreto que se me ocurre —dijo él, curvando los labios, la sombra de una sonrisa—. Nadie puede escuchar lo que dices mientras no dejes de moverte.

—Está bien.

Dallas maldijo a su corazón estúpido por empeñarse en latir enloquecido mientras él la cogía de la mano y la llevaba a la pista de madera. Su carne era firme, la piel de sus manos ligeramente agrietada. A Dallas le gustó aquel tacto áspero, nunca le habían convencido las manos suaves como las de un niño.

Sonaba una música de baile para parejas y Gabe la cogió entre sus brazos con la facilidad que da la práctica. La mano que puso en su hombro ejercía la presión justa para que ella cogiera el ritmo sin esfuerzo. Dallas le puso la mano

en la clavícula, manteniendo sus cuerpos separados aunque él no intentó ninguna maniobra para estrecharla contra sí. Sentía bajo la palma la suavidad de la franela de su camisa mientras bailaban al son de los compases de Clint Black. Bailaron con soltura por la pista, como si lo hubieran hecho durante años, sus piernas desnudas rozaban la tela vaquera de los pantalones.

Su olor llegó hasta Dallas, una fragancia boscosa mezclada con un toque de cerveza. Notaba el calor de su mano en la espalda. Dallas se echó hacia atrás sólo un poco y él la sostuvo. Era seguridad. Eso era lo que sentía, por primera vez en muchos días se sentía segura.

Sorprendida por aquel sentimiento, lo miró a la cara y la ilusión saltó en mil pedazos. En absoluto estaba segura entre los brazos de ese hombre. Cuando lo miraba a los ojos se le aceleraba el pulso y se le secaba la garganta. Se había ofrecido a protegerla de Neil, ¿pero quién iba a protegerla de Gabe?

La música cesó, pero él la mantuvo firmemente sujeta entre sus brazos. Antes de que ella pudiera sugerir que dejaran la pista, dio comienzo un vals. Gabe se acopló a aquel ritmo como si hubiera nacido bailándolo.

Dallas suspiró involuntariamente. Había olvidado lo mucho que le gustaba el vals. Aquel hombre sí sabía cómo se bailaba. Pasos largos, lánguidos, que la llevaban flotando, que la alzaban y le hacían girar. Dallas sintió que sus preocupaciones desaparecían mientras él la guiaba sin perder el compás, sin permitir que ella perdiera el paso.

— ¿No querías hablar? —preguntó él, acariciando con el aliento su oído.

Dallas contempló aquellos ojos que parecían conocerla, aquellos labios ligeramente abiertos a poca distancia de los suyos.

—Todavía no.

Un brasa brilló en su mirada oscura. La mano que se apoyaba en su hombro apretó un poco más. En un giro de la música se remontaron a las alturas, subiendo como gavilanes navegando los vientos del desierto. Dallas hubiera dado cualquier cosa para que aquello no terminara nunca.

Sin embargo, la música acabó y ella lo miró decepcionada. Pero, en cuanto empezó a sonar otra vez, Gabe la invitó a seguir con una sonrisa, arrastrándola con ligereza al compás del vals.

—Me encanta bailar el vals —confesó ella, con los ojos fijos en la curva de su hombro.

—A mí también.

Aquella voz profunda sonando tan cercana provocó una respuesta trémula en su interior.

—Supongo que ya sabrás que Neil me ha seguido hasta la heladería esta tarde.

—Sí, ya lo sabía.

—No admito nada. Sólo digo que es una molestia.

—Puedes pensar lo que quieras, pero te equivocas.

—Quizá no deberíamos mantener esta conversación después de todo.

Con un suspiro, Dallas hizo ademán de dejar el baile. Gabe la apretó un poco, pero ella presintió su fuerza y supo que, si quería mantenerla junto a él, jamás podría apartarse de su lado.

—Quédate, por favor.

— ¿Qué tienes tú que ver en todo este asunto? —preguntó ella, mirándolo a los ojos otra vez.

—Ya te lo he dicho. No me gusta que los individuos como Barney puedan asaltar a las mujeres y quedar impunes.

Las arrugas de ira que se formaron alrededor de su boca le daban el aspecto de poder vengar todos los agravios del mundo.

—Ámbar me ha dicho que debía pedirte ayuda.

Las arrugas se suavizaron. Gabe la contempló deliberadamente, capturando su mirada.

—Aquí me tienes.

Dallas tenía dificultades para respirar. Aquí me tienes. Así de sencillo. Tres palabras. ¡Ah, pero cómo podían complicar la vida aquellas tres palabras! Le tenía un miedo mortal a aquel cazador de hombres rudo y duro. No quería necesitarlo, no quería necesitar a nadie, pero no había otra alternativa. Tenía que hacer una pregunta, pero le costaba trabajo hacerla, sobre todo a aquel hombre.

— ¿Tú qué crees que debería hacer?

—Para empezar, deja que compruebe la seguridad de tu caravana.

—Las cerraduras están bien.

—Me gustaría comprobarlo en persona.

En fin, era ella quien le había pedido ayuda y no podía considerarse una experta en cerraduras. Lo más probable era que él sí lo fuera.

— ¿Cuándo quieres verlas?

—Esta misma noche, a ser posible.

Dallas dudó. Quizá a Debe le gustara su manera de dar la mano y a Ámbar el modo en que su pelo se rizaba, pero ella no lo conocía lo suficiente como para estar con él a solas en una caravana aislada a medianoche.

—Puedo darte los números de teléfonos de dos abogados para los que he trabajado —dijo él como si leyera sus pensamientos—. Ellos responderán por mí.

— ¿A estas horas de la noche?

Gabe se echó a reír por lo bajo.

—Ellos me llaman a cualquier hora. Se dedican a sacar a la gente de la cárcel y a prestarles la fianza. Además, son gente noctámbula, estarán despiertos.

—De acuerdo, les llamaré.

Y si iban a comprobar las cerraduras aquella misma noche, cosa que no dudaba, se encontraría a solas con el hombre que le provocaba hormigueos en la piel y escalofríos cada vez que la tocaba, el hombre que hacía que se olvidara por completo de sí misma mientras bailaban en una pista abarrotada de gente. ¿Qué sucedería cuando cerraran la puerta de la caravana?

Nada. Aquel hombre era como querer manejar un hierro al rojo vivo con las manos desnudas. Si alguna vez estaba dispuesta a ceder un poco de su independencia por alguien, no sería por un hombre al que le encantaba el peligro y el drama. Dallas borró toda emoción de su rostro antes de volver a mirarlo.

—Te avisaré cuando haya hablado con tus amigos.

Estaba segura de que él se había dado cuenta del rechazo. Gabe adoptó una expresión inescrutable. Justo en aquel momento, Neil le tocó el hombro.

—Mi turno, amigo.

Gabe lo miró de soslayo. Dallas se dio cuenta de que todo su cuerpo se tensaba, pero él no interrumpió el ritmo.

—No.

Neil apartó de un empujón a una pareja y los siguió.

—Oye, yo...

—Lo siento —dijo Gabe al tiempo que giraba y se interponía entre Neil y

Dallas.

A los pocos segundos estaban lejos de donde Neil se había quedado con la cara demudada de rabia. Dallas aceptó agradecida la protección que Gabe le brindaba. Como una idiota, había llegado a imaginar que la obsesión que Neil tenía por ella había terminado, pero se había equivocado. Hasta aquel momento, todo lo que Gabe había pronosticado se había hecho realidad. Y no olvidaba que él estaba convencido de que Neil era un violador. Dallas desechó aquel pensamiento. Gabe no había estado en el juicio y, al igual que la mayoría de la gente, estaba predispuesto a creer lo peor de alguien como Neil.

Sin embargo, se alegraba de que no hubiera permitido que Neil bailara con ella.

—Gracias —murmuró.

—De nada.

El tono de su voz se había vuelto impersonal. En vez de mirarla a la cara, observaba el salón de peluquería.

—No sé si te habrás dado cuenta, pero Ámbar tiene mucho trabajo. Hay dos clientes esperando y un tercero acaba de entrar.

Mortificada, Dallas se apartó de sus brazos.

— ¡Dios mío! Nunca me tomo descansos tan largos.

Gabe la retuvo antes de que pudiera salir de la pista.

—Espera que te dé esos números.

— ¡Ah, claro!

Después de haberla protegido en la pista, Dallas no tenía tanta necesidad de referencias como al principio, pero era aconsejable verificarlas por prudencia. Gabe sacó una tarjeta y un bolígrafo del bolsillo trasero de su pantalón y apuntó unos números en el dorso.

—Gracias.

Aceptó la tarjeta que le entregaba. Tenía una forma curva, la misma que sus nalgas y todavía estaba caliente. Dallas cometió el error de mirarlo a los ojos. La imagen abrasadora de Gabe y ella haciendo el amor colmó su cerebro con tanta fuerza, que se quedó sin respiración.

—Será mejor que me vaya a trabajar —se las arregló para musitar antes de dar media vuelta.

No bien dio cuatro pasos cuando Neil se interpuso en su camino.

— ¿Por qué te has asustado esta tarde? Quería invitarte a un cucurucho.

—Neil, yo...

La súbita aparición de Gabe puso fin a su repuesta. Se interpuso entre ellos y se encaró con Neil.

—Dallas tiene mucho trabajo.

Neil sonrió despectivamente.

— ¿Eres su novio o algo parecido?

—Sí.

—Ella me dijo que no tenía.

—Eso es algo que tendremos que discutir ella y yo —dijo Gabe, cogiéndola del brazo y echando a andar—. Tú ve a la peluquería, yo me encargo de esto.

—Gabe, quizá...

—No te preocupes. Vete.

Los ojos de Barney echaban chispas mientras miraba a Gabe.

—No eres nadie para decirme con quién puedo hablar o no, vaquero.

—Estabas molestándola. Tiene mucho trabajo.

Gabe apretó los puños para no levantarlos. Si Barney le provocaba para que peleara, podían acabar en una celda de comisaría. Le hubiera encantado ver a Barney detenido, pero estaba seguro de que aquel idiota podía conseguir una fianza con sólo chasquear los dedos, cosa que no podía decir de sí mismo. Además, debía tener en cuenta que Dallas corría peligro. Barney se subió el cinturón.

—Bueno, yo también soy un buen cliente suyo. Tú ya me entiendes.

Gabe tuvo que hacer un esfuerzo para no borrar aquella sonrisa burlona de un puñetazo.

—No tientes tu suerte, Barney.

— ¡Ah! ¿Sabes quién soy?

—Por desgracia.

—Amigo, contigo no tengo ni para empezar — dijo Barney, mirándolo de arriba abajo—. No tienes la menor oportunidad estando yo en medio.

Gabe necesitó de toda su fuerza de voluntad para no estrangularle allí mismo.

—Ya veremos —dijo, dándole la espalda y marchándose.

Sólo Dios sabía lo mucho que necesitaba una cerveza, pero no era el momento más adecuado. Necesitaba tener la cabeza despejada esa noche. El alcohol podía mermar su capacidad para resistirse a Dallas y, a pesar de lo que le había dicho a Barney, no tenía la menor intención de complicarse la vida con ella. Llevaba varias noches disfrutando de saber que había una potente atracción entre ellos y, por un momento, mientras habían bailado el vals, había llegado a imaginar que... pero no.

Tenía experiencia en leer las expresiones de la gente y, por la cara que ella había puesto al acabar el último baile, sabía que una relación entre ellos no podía funcionar. Dallas no aprobaba su forma de ganarse la vida y recelaba de la persecución a que tenía sometido a Neil. Quizá incluso sospechara que no era una persona civilizada. La verdad era que no había tenido mucho tiempo para alternar con la sociedad elegante y, si no hubiera sido por su madre, ni siquiera sabría bailar el vals.

Todavía recordaba cuánto le gustaba bailar a su madre. En el rancho, cuando podía tomarse un descanso en sus tareas de cocinera, se llevaba un casete a pilas a la sombra de un mezquite y les daba clases de baile a su hermana Celia y a él. También les había enseñado a bailar fox-trot, pero el vals había sido su pasión. Se lo había hecho aprender sin compasión, hasta que su desmañado cuerpo de adolescente había aprendido a obedecer el ritmo sensual de aquel compás.

—Si quieres conocer a una mujer y que ella te conozca a ti, baila el vals con ella —le había dicho su madre.

Por eso había bailado con Dallas y por un momento había creído que al fin había encontrado una mujer capaz de colmar su alma. Pero cuando la música terminó, sus ojos le dijeron una cosa muy distinta. No había nada que hacer excepto ir a comprobar sus cerraduras y seguir vigilándola. Quería protegerla de Neil Barney y llevar a cabo su venganza, pero mantendría sus manos lejos de Dallas Nade a partir de aquel momento. Dallas no había intentado disimular que creía que él no era lo bastante bueno para ella. Y Gabe no iba a intentar que cambiara de opinión.

Dallas ayudó a Ámbar a poner orden en la peluquería antes de ir a la fila de teléfonos públicos que había junto a la puerta de los vestuarios para hacer sus llamadas en privado. Cuando regresó, Ámbar la recibió con las manos en las caderas.

— ¿Qué está pasando aquí? Me muero de curiosidad. Os he visto en la pista de baile. ¿Le has pedido ayuda?

—Va a acompañarme para comprobar la seguridad de las cerraduras de mi casa —dijo Dallas, poniéndose a limpiar el lava cabezas con un paño húmedo—. Acabo de llamar a dos abogados que él me ha dado como referencia. Los dos opinan que Gabe es el mejor.

—No me sorprende. ¿Cuándo habéis quedado para ir a tu casa?

Dallas se concentró en abrillantar la porcelana.

—Esta noche. Después de que cerremos aquí.

— ¡Guau! Este chico no pierde el tiempo.

Dallas alzó la cabeza y vio que Ámbar sonreía con picardía.

--Oye, que sólo va a comprobar mis cerraduras.

—Me pregunto si podría convencerle de que comprobara las mías.

—No es lo que tú piensas, Ámbar. Está seguro de que Neil no tardará en intentar algo.

—Puede que sea verdad, pero también es una excusa estupenda para acompañarte a casa esta noche. Apuesto a que te mueres de ganas por estar con él a solas. Está como un tren.

—Ya te lo he dicho, Ámbar —dijo ella, volviendo a sacar brillo al lava cabezas—. No me interesa Gabe.

—Claro que no. Por eso estás agarrando la bayeta con tanta fuerza, que tienes los nudillos blancos.

Dallas se quedó mirando un momento el paño y lo tiró en el cesto de las toallas usadas.

—No pasará nada —dijo más para ella misma que para Ámbar.

—Tú te lo pierdes —replicó Ámbar con otra sonrisa maliciosa.

De camino a su casa, con las luces de la vieja camioneta de Gabe brillando en su retrovisor, Dallas se preguntó qué protocolo debía seguir con

aquella visita. ¿Era correcto ofrecerle café? Después de todo, le estaba haciendo un favor. Pero una taza de café podía sugerir más de lo que ella estaba dispuesta a conceder. Lo mejor sería dejarle que comprobara las cerraduras y se fuera a casa. Aunque nunca le había dado miedo vivir sola, había instalado unas buenas cerraduras por la única razón de que habría sido una estupidez no hacerlo. Las que llevaba la caravana cuando ella la había comprado no eran buenas.

Detuvo la camioneta frente a la valla de cadenas. Los faros iluminaron a Retachen, que ladraba su bienvenida. Gabe aparcó junto a ella y se bajó del vehículo. Llevaba una vieja chaqueta vaquera sobre la camisa de franela, dándole más aspecto de delincuente que nunca.

—Me alegra saber que tienes un perro.

—No sé si Retachen me defendería o no —dijo ella, abriendo la puerta y sujetando a la perra por el collar—. Es muy joven. Si traes un perro para tentarla, la perderíamos de vista en un abrir y cerrar de ojos.

Gabe entró en el patio y le rascó las orejas a la perra.

—Así que no nos podemos fiar de ti. ¿Eh, Retachen?

—En este mismo camino hay un perro grande, mitad pastor irlandés, mitad San Bernardo, que le tiene echado el ojo. He tenido que reforzar la valla para que no entrara.

Dallas sospechaba que estaba diciendo tonterías, pero la presencia de Gabe la ponía nerviosa.

—Y que ella no saliera, claro —dijo Gabe en tono de broma.

—Naturalmente —admitió Dallas—. Si de Retachen dependiera, se fugaría con el primer chucho que pasara.

—Pero tú tienes otros planes para ella, ¿verdad?

Dallas abrió la puerta. No le gustaba el tono de voz que estaba utilizando Gabe. Entraron en la sala de estar acompañados de la perra. Dallas cerró la puerta y se volvió a mirarlo.

—Sí. No voy a dejar que críe ahora y seguramente no la dejaré hasta que no tenga un par de años. Cuando decida que ha llegado el momento, le buscaré un perro de raza.

Gabe asintió sin dejar de rascarle las orejas al animal.

—Ya ves, no te dejan juntarte con cualquiera. Vete a saber lo que saldría de

ahí.

—Tengo la impresión de que no apruebas mis planes para ella. ¿Eres uno de éstos que cree que la naturaleza ha de seguir su curso?

Dallas se quitó el sombrero y se pasó una mano por los cabellos. Gabe la contempló un momento sin contestarle. Dallas se dio cuenta de que le temblaban las manos y volvió a pasarse una por el pelo.

—He conocido a bastantes sementales con pedigrí y creo que el temperamento de los mestizos es mucho mejor.

— ¿De verdad?

Dallas se dejó la chaqueta puesta y colgó el sombrero en la percha que había tras la puerta, no tanto para mantener la casa en orden como para evitar mirarlo a los ojos. Tenía la corazonada de que ya no estaban hablando de perros.

— ¿Es parte del problema que tienes con Neil?

—Podría, pero no lo es —dijo él, haciendo un esfuerzo para dominarse—. ¿Hay alguna otra puerta?

—Sí, junto a mi dormitorio. Ven, te la enseñaré.

Dallas podía sentir su mirada clavada en la espalda mientras avanzaba por el pasillo estrecho, incluso percibía el calor de su cuerpo en aquel espacio tan reducido. Gabe estaba demasiado cerca. Se preguntó si sería capaz de apartarse con la indignación apropiada si él llegaba a tocarla con aquellas manos maravillosas. ¿O quizá se apretaría contra su cuerpo y le ofrecería su boca anhelante? Prefería no probarse a sí misma.

Dejó espacio junto a la puerta para que él pudiera echarle un vistazo. La puerta de su habitación estaba abierta. Siempre dejaba encendida una luz suave en su dormitorio para que le diera la bienvenida cuando llegaba tarde. La cama estaba cubierta con una colcha de ganchillo blanca y había fotografías de su familia dispuestas artísticamente sobre la mesa de noche. La habitación estaba decorada con fotos de mujeres indias contra un fondo de acantilados rojos. Gabe contempló el dormitorio.

—Tienes buen gusto.

—Gracias.

— ¿Guardas una pistola en el cajón de la mesilla?

Dallas se quedó sorprendida. A la mayoría de la gente ni siquiera se le

pasaba esa idea por la cabeza. Asintió.

—Una Smith & Wilson para mujeres. De cinco tiros.

—Ya sé las balas que lleva. ¿Sabes utilizarla?

—Nací y crecí en Tejas. Mi padre no era un hombre muy hogareño, pero nos enseñó a todos a cabalgar y a disparar, a arreglar una cerca y a levantar un corral para los caballos. No estás hablando con una flor de invernadero, señor Escalante.

—No tenía esa impresión —dijo él, volviéndose para examinar la puerta.

—Tiene echado el cerrojo.

Gabe asintió y la abrió. Entró una ráfaga de aire frío. Dallas se dio cuenta de lo acalorada que tenía la piel.

Contempló el movimiento de sus manos mientras él verificaba el pestillo y comprobaba su resistencia. Sentía una tensión creciente en la zona de la pelvis. ¿Podría provocar una pequeña aventura y acabar con aquella ansia que la devoraba?

Supo cuál era su respuesta aun antes de haber acabado de pensarlo. No era esa clase de mujer, sus pasiones eran muy profundas. Pero tampoco eran para aquel hombre, por mucho que la excitara.

Trató de ignorar la forma de sus músculos mientras él empujaba la puerta con el hombro.

—Siempre podrá forzar las puertas. Va al gimnasio y creo que está en buena forma.

Dallas tuvo que concentrarse para recordar de quién hablaba. Junto a Gabe, no tenía espacio en su mente para Neil. Su olor la envolvía, incitándola a cometer una locura.

— ¿Te apetece un café? —preguntó desesperada por encontrar una excusa para apartarse de él.

Gabe se volvió hacia ella, traspasándola con sus ojos profundos.

—Lo habitual es añadir que ya lo tienes hecho. Pero, claro, no lo tienes.

—Lo puedo hacer en un momento.

Incluso estaba solícita. ¿Por qué? Ella lo que quería era que se fuera y no siguiera tentándola.

—No te molestes. Acabo en un momento. Deja que compruebe las ventanas. Sería muy propio de él colarse a través de alguna y sorprenderte

cuando estás despierta.

Dallas buscó apoyo en la pared mientras él ponía una rodilla sobre su cama y se inclinaba hacia la ventana del dormitorio. Los vaqueros demarcaron claramente el contorno de sus nalgas y ella tuvo que cerrar los ojos. Se dio cuenta de que tenía las manos húmedas.

—Voy a preparar ese café —anunció antes de escapar a la cocina.

Seis

«Cobarde», pensó Dallas derramando el café molido. «Sólo es un hombre». Con el pulso un poco más firme, puso agua en la cafetera y la encendió. Se quitó la chaqueta y la colgó en el respaldo de una silla mientras oía a Gabe que iba de una a otra ventana por todo el remolque. Retachen le acompañaba a juzgar por el ruido de sus patas. Cuando Gabe apareció en la cocina, ya había recuperado el dominio de sí misma y pudo mirarlo a la cara.

— ¿Cuál es el veredicto?

Gabe apenas esbozó una sonrisa.

—Eres buena carpintera.

Aquellas palabras de alabanza la llenaron a rebosar de un orgullo ridículo. Testarudamente, se riñó a sí misma. Le importaba demasiado la opinión que Gabe tuviera de ella.

—Entonces, ¿crees que estoy bien atrincherada?

—Seguramente. ¿Todavía tienes mi tarjeta?

Dallas asintió.

—Tengo un contestador y lo reviso cada vez que he estado fuera. Pero, si a Neil se le ocurre aparecer, lo mejor será que llames en seguida a la policía. Retachen te avisará si alguien ronda por aquí.

Al oír su nombre, la perra puso el morro en su mano.

—Puede que no ataque —continuó él, acariciándola—. Pero nunca se sabe. Todavía no has tenido la oportunidad de ponerla a prueba.

—Es cierto.

Mientras la acariciaba, Retachen meneaba la cola golpeando la puerta de la cocina. A Dallas le gustaba su manera de tratar a la perra. La mayoría de la gente guardaba las distancias con Retachen sólo a causa de su tamaño, pero Gabe actuaba con la despreocupación de alguien acostumbrado a los animales grandes.

— ¿Tienes perro? —preguntó Dallas.

—No puedo. Con la clase de vida que llevo no sería justo para el perro.

Gabe se acuclilló hasta que su rostro quedó a la altura de la cabeza de Retachen y ella respondió lamiéndole las mejillas y tirándole el sombrero. Gabe se rio y le pasó una mano por el cuello.

—Pero me encantaría. Me gustaría tener un perro como tú, un chucho

grande, torpón y bonito, ¿eh?

Retachen volvió a lamerle la cara.

—Ese besuqueo no te llevará a ninguna parte conmigo —dijo él riendo.

Mientras Dallas los contemplaba, la imagen que tenía de Gabe adquirió una dimensión nueva. El sonido de su risa la había sorprendido agradablemente. Estaba tan acostumbrada al hombre duro e intenso, que había descartado la posibilidad de que existiera un aspecto más suave de su carácter.

Gabe la miró.

—Creo que el café está listo.

Sorprendida, Dallas salió de su ensimismamiento y descubrió que la cafetera había dejado de burbujear.

— ¡Han! Huele bien —dijo él, levantándose y dejando el sombrero sobre la encimera—. Creo que te aceptaré una taza después de todo.

—A mí también me vendrá bien una.

«O algo más fuerte». Abrió un armario y contempló su colección de potes. No había dos iguales. Algunos tenían frases ingeniosas pintadas o impresas. A otros los había elegido por su belleza o porque estaban relacionados con algún sitio que le había gustado. Justo delante de todos estaba el pote que Ámbar le había regalado por Navidad. Nada como una estilista para ponerte guapo. Gabe estaba de pie justo detrás de ella. A menos que fuera miope, podía leer la inscripción con facilidad. Maldición. Dallas no necesitaba más insinuaciones sexuales aquella noche.

Escogió un pote que había comprado en el Gran Cañón y otro con la imagen de un gran danés. Cerró el armario y los llenó de café.

— ¿Cómo lo tomas?

—Solo, gracias.

Antes de darse la vuelta para dárselo, Dallas se cuidó de que su cara no reflejara la agitación que sentía. Gabe aceptó el pote sin comentarios.

—El acabado de tu corte... no está mal.

—Gracias.

Gabe apoyó la cadera contra un mueble mientras que Retachen se tumbaba en el suelo, prácticamente encima de sus pies.

— ¿Acabaste de cortártelo tú mismo?

Gabe hizo un gesto negativo. Por primera vez, Dallas pensó que podía

haber una mujer. Había sido una arrogancia imaginar que iba a tener que protegerse de sus avances. Quizá lo único que le interesaba de ella era el hecho de que estaba en peligro. Aunque no dejaba de tener un lado romántico, aquella idea la mortificó.

—Nunca hubiera pensado que fueras de Tejas. ¿Qué le ha pasado a tu acento?

Dallas tomó un sorbo de café y se preguntó cuánto debía contarle sobre sí misma. Cada pequeña información parecía reforzar los vínculos entre ellos y sabía que aquella no era la dirección correcta.

—Fui a clases de dicción.

Gabe alzó ambas cejas.

—Siempre quise tener mi propio negocio. Hace tiempo que decidí que tendría más éxito con bancos y empresas de leasing si eliminaba todos los giros sureños de mi vocabulario.

Dallas evitó decir que habría hecho cualquier cosa con tal de no hablar como su madre, que representaba para ella los peores aspectos de la fragilidad femenina. Gabe aceptó su explicación.

—Piensas mucho las cosas, ¿no?

—Ya he visto lo que pasa cuando no lo haces.

La declaración sonaba cursi y demasiado suficiente, pero ya no podía hacer nada por arreglarlo.

— ¡Ah, claro! —dijo él, riendo y mirando al techo.

—Supongo que no vemos la vida del mismo modo.

Muy bien, primero cursi y ahora a la defensiva. ¿Y su saber estar? Gabe la miraba con aquellos ojos guerreros y penetrantes.

—No, no nos parecemos, Dallas.

No debería gustarle cómo sonaba su nombre cuando lo pronunciaba él. No debería atraerle el aspecto que tenía allí en su cocina con sus viejos vaqueros, la chaqueta abierta y los dos primeros botones de la camisa sueltos. Sabía por sus insinuaciones que era la clase de hombre que se tomaba la vida como venía. Quizá ella fuera una melindrosa conservadora, pero no era el momento más adecuado para enamorarse de alguien como él. Cuando acabara el café, le mandaría a su casa. No quería saber más de aquel vaquero rebelde. Entonces recordó lo que él le había dicho a Neil en el Randy Ranché.

—Ahora Neil debe pensar que somos amantes.

Gabe se encogió de hombros con el rostro inexpresivo.

—En ese momento me pareció la mejor manera de pararle los pies —dijo él con una breve sonrisa—. Si te molesta, puedo decirle que hemos roto.

— ¡Vaya! Así que el primer día y ya me abandonas —bromeó ella para ocultar el vuelco que le había dado el corazón al oírle hablar de su relación falsa con tanta frialdad.

—Pero si has sido tú la que...

En aquel momento, Retachen gimió y se levantó del suelo. Rápidamente, Gabe dejó el café en la encimera y fue a la puerta principal caminando agachado. Retachen ya había llegado y miraba la puerta fijamente con las orejas levantadas.

—Gabe, puede que sea...

—Quédate donde estás.

Gabe se acercó a la ventana y atisbo por la persiana. Dallas lo contempló mientras sentía que subía el nivel de su adrenalina. Era evidente que Gabe sabía hacer su trabajo. El merodeador podía ser Neil, pero también Igor, el chucho que vivía por allí. A pesar de la seguridad que representaba la pistola junto a la cama y saber que la casa era relativamente segura. Dallas empezó a temblar. Se alegraba mucho de poder contar con alguien como Gabe.

— ¿Dallas?

— ¿Sí?

— ¿El amigo de Retachen tiene el pelo largo y enmarañado?

—Sí.

Dallas dejó escapar un suspiro de alivio. Fue al salón y cogió a la perra por el collar. Tantas emociones a la vez se le subían a la cabeza.

—Tendrías que aguantarte, pobrecita virgen.

Retachen se resistía a apartarse de la puerta. Gemía y tiraba de ella hacia delante y se hubiera lanzado contra la puerta de no haberla sujetado Dallas.

Gabe bajó otra vez la persiana, se arrodilló junto a la perra y le rascó detrás de las orejas.

—Mira, Retachen. Es un perro feo y sin oficio. Tendrías unos cachorros raros.

Dejándose llevar por la sensación de camaradería de haber enfrentado un

supuesto peligro juntos, Dallas también se arrodilló junto a la perra y le pasó un brazo por el cuello.

—Mira lo que dice Gabe. A él tampoco le gusta tu pretendiente.

—Yo no he dicho nada de eso.

Dallas no supo qué pensar. Los dos se quedaron mirando por encima de Retachen.

—Sólo he dicho que podía tener unos cachorros raros —dijo él sin dejar de acariciar a la perra, sus manos sólo a unos pocos centímetros del brazo de Dallas—. Eso no significa que no pudieran ser buenos perros o que Retachen y su amiguito no se lo pasen estupendamente encargándolos.

Una mano invisible le oprimió el corazón a Dallas para luego soltarlo en un galope desenfrenado. Tuvo que tragar saliva.

—Retachen no sabe lo que le conviene.

Los ojos de Gabe se suavizaron al mirarla otra vez.

—Quizá ese perro sarnoso de ahí fuera sí lo sepa.

A Dallas le pareció que volvía a oír el vals. Podía sentir los brazos de Gabe a su alrededor mientras giraban por la pista. Pensó que nunca había hecho el amor con un hombre que bailara tan bien, y tuvo que hacer un esfuerzo para serenarse.

—Gabe, yo...

Gabe extendió una mano y le puso un dedo sobre los labios. Dallas cerró los ojos mientras él delineaba los contornos de su boca.

—Voy a marcharme —dijo en un murmullo—. No es lo que quisiera, pero creo que no deseas que me quede.

Dallas sentía el cosquilleo en la boca, todo el cuerpo le ardía.

—Yo no tengo más sentido común que Retachen.

—Sí que lo tienes —dijo él, poniéndole la mano en la mejilla. Dallas abrió los ojos—. Sabes exactamente a dónde vas y lo que quieres. No voy a complicarte la vida, Dallas.

Con un movimiento ágil se puso en pie y fue a la cocina para recoger su sombrero. Se lo caló hasta las cejas y abrió la puerta.

—Pasa el pestillo cuando me vaya.

Gabe bajó los escalones del remolque de un salto y fue a su camioneta. Un minuto más con Dallas y habría olvidado la promesa que se había hecho a sí mismo de mantener sus manos apartadas de ella. El pretendiente de Retachen se ocultó en las sombras cuando él abrió la puerta de la valla.

—Será mejor que lo olvides —le dijo al enorme perro—. Esa casa no es sitio para nosotros, amigo. Ni siquiera nos agradecerían que les diéramos lo que están pidiendo, que no te quepa duda.

Sin embargo, contenerse no había sido fácil, pensó mientras se ponía tras el volante. Le había costado un verdadero esfuerzo ignorar los pezones que se marcaban contra la fina camisa de algodón que llevaba Dallas, o los muslos suaves que sus pantalones dejaban al descubierto y que le hipnotizaban con los movimientos de los flecos. Sus entrañas protestaron cuando recordó la frase del tazón. Nada como una estilista para ponerte guapo. Que se lo dijeran a él.

Mientras conducía por el camino polvoriento que llevaba a la carretera del Valle de Oвра, estuvo a punto de no darse cuenta de que había un coche aparcado tras un árbol de mezquite. Lo observó por el retrovisor para asegurarse de que el deportivo era un Corvetee. Su pulso se aceleró al mismo tiempo que se alegraba de que aquel nuevo desafío llegara en el momento en que más necesitaba distraerse. De modo que el bastardo merodeaba cerca de la caravana. Perfecto. Tarde o temprano se pillaría los dedos y, cuando lo hiciera, sería carne de presidio.

Gabe siguió adelante a la misma velocidad, sin hacer nada que delatara que lo había descubierto. Un coche negro en mitad de la noche era algo que a la mayoría de gente le habría pasado desapercibido. Gabe se preguntó cuándo habría decidido Barney llevar un coche de ese color. Durante el día destacaba entre todos los demás, lo que probablemente le gustara. Pero por la noche, el coche se mimetizaba con la oscuridad y resultaba tan invisible como las criaturas salvajes.

Gabe bajó el cristal de su ventanilla. El aire frío le azotó la cara mientras intentaba discernir el sonido de un coche que se pusiera en marcha. Tenía que volver al remolque de Dallas sin que Barney se diera cuenta. Y tenía que hacerlo pronto.

Después de que Gabe se fuera, Dallas estuvo varios minutos con la frente apoyada en la puerta, intentando dominar sus emociones. Había deseado que la

besara. Había deseado mucho más que eso. Pero él no lo había intentado. ¿Por qué?

Una vez más, la opinión que se había hecho de él no era la verdadera. Le había considerado un hombre sexualmente agresivo, alguien de quien había que cuidarse. Sin embargo, se había controlado, y Dallas no creía que tuviera nada que ver con otra mujer. La mayoría de los hombres no hubieran dejado pasar la oportunidad de hacer el amor con una mujer dispuesta. Gabe no se había comportado así. Era obvio que le había subestimado.

Y ahora que se había ido, ¿qué iba a hacer con el anhelo que había dejado atrás? Dallas no estaba acostumbrada a que los hombres le dijeran que no por su propio bien y tampoco le gustaba demasiado. Gabe había sido muy correcto al marcharse, pero estaba furiosa con él por haber tenido la suficiente fuerza de voluntad para hacerlo. Suspiró y se dio la vuelta para apoyar la espalda contra la puerta.

—Será mejor que nos vayamos a dormir, Retachen —dijo mientras comenzaba a desabotonarse la blusa—. Ninguna de las dos vamos a divertirnos mucho esta noche.

Unos golpes suaves en la puerta hicieron que el corazón se le subiera a la garganta. Sujetó a Retachen por el collar y pensó que la pistola estaba demasiado lejos, en un cajón de su dormitorio.

— ¿Dallas? Soy yo. Gabe.

— ¿Gabe?

—Déjame entrar. Rápido.

Dallas se apresuró a obedecer y él entró en la casa llevando consigo un sople de aire fresco. Sin decir palabra, cerró la puerta y pasó el pestillo antes de volverse hacia ella.

—El coche de Barney estaba aparcado a un lado del camino.

Dallas se llevó una mano a la boca. No dudó un momento de que Gabe decía la verdad. Le costaba trabajo respirar profundamente para dominar el pánico.

—He dado la vuelta para venir por detrás. He dejado la camioneta detrás de unos arbustos. Me imagino que, si tiene algún plan, será mejor que lo intente sin saber que sigo aquí. De ese modo contaremos con el factor sorpresa a nuestro favor.

— ¿Has venido por el camino de grava? —dijo ella sin poder creerlo—.

Ese es un camino temblé.

—Ya —dijo él sonriendo—. Me parece que me he cargado un amortiguador.

—Por lo visto... Quiero decir que pareces divertirte con esta situación.

Gabe metió las manos en los bolsillos traseros y la contempló de arriba abajo.

—No niego que estoy disfrutando —dijo, arrastrando las palabras—. Pero no tanto como me gustaría. Estoy tratando de ser un caballero, Dallas. Pero me lo estás poniendo muy difícil.

Dallas se miró y se dio cuenta de que llevaba la blusa abierta. Se abotonó intensamente ruborizada.

—Iba a irme a la cama.

—Vamos a dejar de hacer insinuaciones —gruñó él con una voz profunda.

— ¿Qué dices? Yo no...

La risa de Gabe la interrumpió.

—Relájate, Dallas. Estoy aquí para protegerte de Barney, nada más. Si tienes una almohada y una manta de sobra, pasaré la noche en el sofá. A no ser que él aparezca.

— ¿Crees que será capaz?

—Sólo es una cuestión de tiempo que intente algo. Está claro que todavía no estás del todo convencida. Supongo que es comprensible. Porque si Barney intenta violarte, tendrás que llegar a la conclusión de que ya lo ha hecho antes.

Dallas levantó el mentón en un gesto orgulloso.

—Fue un juicio justo.

—La legalidad y la justicia no siempre son lo mismo. Yo prefiero asegurarme por mí mismo de que se hace justicia, pero podríamos pasar toda la noche discutiendo sobre eso. Aunque puede ser entretenido, creo que lo mejor será que vayas a buscarme una manta.

¿De verdad pretendía pasar la noche en su casa? Dallas intentó imaginarse cómo podía acabar aquello, contando con que sus hormonas aullaban cada vez que le ponía los ojos encima.

—Gabe, me parece que es pedirte demasiado. No tienes que sacrificarte por mí. ¿Por qué no llamamos a la policía?

—Podríamos hacerlo, pero en cuanto Barney vea un coche patrulla desaparecerá sin dejar rastro. Después, no sabremos dónde se ha metido y lo

único que puede hacer la policía es patrullar por aquí de vez en cuando. Prefiero saber dónde acecha una serpiente de cascabel antes que asustarla.

—Tienes razón, es mejor que no saber de dónde puede venir el ataque. Sin embargo, no creo que el sofá sea muy comfortable.

—Demonios, Dallas. No empecemos a discutir dónde estaría mejor.

Dallas lo miró. El corazón le latía con fuerza. Una voz pícaro le insinuaba que lo llevara a su cama y acabara con aquella situación de una vez por todas.

—No —dijo él suavemente.

¡Otra vez! La había rechazado otra vez. Dallas dio media vuelta sin decir palabra y fue al armario donde guardaba la ropa de cama. ¿Cómo podía leer tan claramente sus pensamientos? Quizá formara parte de su trabajo averiguar lo que pensaba la gente. También era uno de los atributos del buen amante. Nunca le había pasado eso con un hombre. Gabe sería capaz de anticipar sus necesidades, de colmar sus... ¡Maldición! Sacó la almohada y la manta del armario y volvió al salón enfadada.

—Toma —dijo, poniéndoselas en los brazos con un gesto brusco.

—Muy amable.

—Me confundes.

Y ahora sonaba petulante. Justo lo que le faltaba. Estupendo.

—Eso es preferible a otras cosas que podría hacerte. Buenas noches. Dallas.

Gabe le dio la espalda y dejó la manta y la almohada en el sofá. Ella guardó silencio. Se metió en su habitación con su amor propio destrozado. Lo deseaba demasiado y no quería desearlo. Pero daba lo mismo porque él negaba cualquier posibilidad de aproximación. Cerró la puerta con más fuerza de la necesaria.

—No te cierres —dijo él desde el salón—. Puede que me necesites antes de que acabe la noche.

Dallas estaba segura de que había escogido aquellas palabras a propósito.

Siete

Los ladridos despertaron a Dallas. Desconcertada en la oscuridad, se apoyó sobre un brazo para incorporarse.

— ¿Qué pasa, Retachen?

La perra ladró otra vez y gruñó a la ventana que había sobre la cama de Dallas. Con un grito, saltó de la cama y abrió la puerta de un tirón. En el pasillo, tropezó con Gabe, que todavía estaba abotonándose los pantalones. Él la dejó a un lado y se acercó a Retachen.

— ¿Sigue ahí fuera, eh? —preguntó en voz baja.

—Le ladraba a la ventana —dijo Dallas, abrazándose en un intento de controlar sus temblores.

Miró el reloj digital que tenía sobre la mesilla. Eran las tres y media. Gabe abrió en silencio el cajón donde guardaba la pistola. Comprobó el cargador a la luz fosforescente del reloj y se la ofreció a Dallas por la culata.

—Voy a salir por la puerta de atrás para echar un vistazo. Cierra cuando salga.

—Deberías llevarte la pistola.

—Trabajo mejor sin armas. Nunca me han gustado.

Dallas se preguntó si habría sido capaz de manejar aquella situación de haber estado sola. Por el contrario, Gabe parecía absolutamente seguro de sí mismo. Abrió la puerta y desapareció en la oscuridad. Dallas abrió la boca para pedirle que volviera, pero le perdió de vista antes de poder pronunciar palabra.

Dallas cerró la puerta y se quedó a oscuras. A penas podía distinguir la manta que él había dejado caer al suelo en su precipitación por levantarse. Gabe debía haber despertado con el primer ladrido para haber tenido tiempo de ponerse los pantalones y las botas en unos pocos segundos antes de que Dallas chocara con él en el pasillo.

Tuvo que hacer dos intentos antes de que sus dedos temblorosos accedieran a coger la manta. Se la echó por los hombros antes de sentarse en la mecedora con la pistola en el regazo. Había comprado el arma, había practicado con ella, incluso se había jactado ante Gabe de saber usarla, pero en realidad no esperaba que fuera necesario. Ni siquiera disparaba sobre las serpientes de cascabel, llamaba a los bomberos para que las llevaran al interior del desierto. Y si era incapaz de dispararle a una serpiente, ¿cómo iba a apuntar con la pistola a un hombre? Vaya una mujer dura que era.

Se meció suavemente mientras Retachen iba de un lado a otro gimiendo inquieta. La manta retenía el olor de Gabe, Dallas se la llevó a la nariz e inhaló. Gabe estaba ahí fuera, enfrentándose a un peligro desconocido en la noche fría, se había quedado para protegerla. La aprensión le hizo sentir un vacío en el estómago. Tuvo que recordarse que Gabe estaba preparado para enfrentarse a esa clase de situaciones. Su trabajo era cazar hombres, sabía adivinar sus intenciones, no podía pasarle nada. La necesidad de volver a tenerlo en su casa sano y salvo crecía por momentos mientras esperaba. Retachen volvió a gemir.

—Calla, Retachen —susurró, tratando de oír algún sonido procedente del exterior.

Un grupo de coyotes gritó a lo lejos y un búho ululó desde algún árbol cercano. No había ningún sonido que indicara que dos hombres estaban peleando. ¿Y si Neil hubiera conseguido dejar a Gabe sin sentido? ¿Y si ya estaba forzando la ventana del baño y ella no le oía? Se abrigó con la manta e imaginó que era Gabe que la abrazaba.

En cualquier caso, Retachen la avisaría si alguien intentaba entrar. La perra todavía no se había tranquilizado. Al fin, oyó unos golpes en la puerta trasera. Con el corazón en un puño, cogió la pistola y se acercó a ver.

—Soy yo —dijo Gabe al otro lado.

El sonido de su voz le devolvió la vida. Abrió la puerta para dejarle entrar.

— ¿Qué ha pasado?

Gabe cerró la puerta y se echó el aliento en las manos heladas.

—No he descubierto nada, pero estoy seguro de que me ha visto salir por la puerta trasera y ha salido corriendo. A los bravucones no les gusta enfrentarse a alguien que les iguale. Pensaba que yo me había ido y que tú serías una presa fácil. Dudo que vuelva esta noche —dijo, mirando la pistola que ella llevaba en la mano—. ¿Te importaría apuntar hacia otro sitio?

— ¡Oh!

Dallas bajó el arma con la que no había dejado de apuntarle.

—Dios sabe que merezco un tiro por algunas de las cosas que he hecho, pero preferiría seguir vivo, si no te importa.

Sintiéndose como una idiota. Dallas puso el seguro y fue a su habitación.

—Voy a guardarla. Bien, parece que el peligro ha pasado por ahora.

Tras ella, Gabe dejó escapar un suspiro.

—Ojalá pudiera decir lo mismo.

Dallas se volvió sorprendida.

—Pero yo creía que....

—Guarda la pistola. Barney no va a volver.

—Entonces, ¿qué quieres decir?

—Para ser una chica tan lista hay veces que te portas como una condenada estúpida.

Gabe estaba allí inmóvil, una sombra oscura en la puerta de su dormitorio. En medio del silencio. Dallas recordó que sólo llevaba puesto el camión, una prenda de seda y encaje que le cubría la mitad de los muslos. Quizá no pudiera verla del todo, pero estaba segura de que veía lo suficiente. Y la imaginación era más fuerte que la vista.

Dejó lentamente la pistola sobre la mesilla sabiendo que una palabra suya bastaría para que volviera al sofá. Gabe había demostrado tener una voluntad de hierro, pero el sonido agitado de su respiración delataba que aquella voluntad estaba siendo sometida a prueba. Dallas tembló pero no se movió, tenía el cuerpo en tensión como respuesta a su presencia silenciosa.

—Venga, cierra la puerta —dijo él con voz ahogada.

—No —susurró ella.

Mascullando una maldición, Gabe entró y cerró la puerta con el tacón.

—Me había jurado a mí mismo que no haría esto.

—Yo también.

—Los dos somos idiotas.

Con un gemido de rendición, Gabe la abrazó. Dallas encajaba perfectamente ente sus brazos, como ya sabía desde que habían bailado. Sólo que aquella vez disfrutó en toda su longitud de aquel cuerpo sólido como una roca y el suyo pareció encenderse ante la promesa ardiente que sentía en él. Le pasó las dos manos por la espalda y sintió que los músculos se contraían bajo su caricia.

Gabe le puso la mano grande y áspera en la mejilla y ella cerró los ojos para saborear aquella sensación. No parecía tener prisa por besarla, como si quisiera que sus cuerpos se calentaran antes de estallar en llamas con el primer contacto de sus labios. Cuando le pasó los dedos por la boca entreabierta, ella le lamió las yemas y oyó cómo contenía el aliento.

Gabe le apartó el pelo de la cara mientras le ponía una mano en la nuca y acercaba poco a poco la cara.

—El sueño de un vaquero —murmuró, cerrando la distancia hasta que ella se encontró perdida en su abrazo, asombrada por la pasión desatada de su beso.

Su boca la reclamó con una seguridad que le impedía pensar. Jadeó indefensa ante el asalto de emociones que él provocaba. Dallas no gemía nunca, pero gimió. Gabe le pasó las manos por el cuerpo mientras la apretaba con fuerza contra sí. Su primera respuesta trémula se convirtió en deseo ardiente bajo el fuego de sus caricias.

Sus muslos estaban húmedos aun antes de que Gabe metiera la mano entre sus cuerpos para buscarla. Gimió al encontrarla, un sonido de apreciación tan primario que le puso a Dallas la carne de gallina. La empujó hacia la cama. Cuando sus corvas tocaron el colchón, hizo que se tumbara.

Gabe buscó a tientas el tirador del cajón abriéndolo. Vagamente, Dallas se dio cuenta de que tenía que conocer su contenido mientras él se desabrochaba los pantalones y se enfundaba el preservativo.

El anhelo en sus entrañas se convirtió en un grito que exigía ser colmado. Gabe no se molestó en quitarse la camisa o desnudar a Dallas. Con una mano junto a su cabeza y la otra guiando sus nalgas, la tomó con un empuje fuerte y deliberado. Dallas jadeó. Nunca un hombre la había poseído de aquella manera. Nunca se había echado a temblar al primer movimiento con los comienzos del clímax.

Pero no había hecho sino empezar. Gabe se retiró y volvió a empujar otra vez. Dallas le dio la bienvenida, y le invitó a empujar una y otra vez. Con una delicia lasciva, alzó sus nalgas y le rodeó la cintura con las piernas, obligándole a acercarse, a hundirse más en ella. Cada vez que él se movía, las oleadas de placer se extendían por su cuerpo a partir de su centro, dejándola sin aliento, creciendo en intensidad.

Dallas empezó a girar sobre el eje de aquel centro mientras suplicaba incoherentemente, no sabía si pidiéndole más o exigiendo la culminación. Sólo Gabe podía saberlo. Su cuerpo escondía todas las delicias que Dallas se había atrevido a imaginar.

El clímax floreció lentamente para ganar velocidad mientras ella sucumbía en una demostración de abandono que arrancó un grito maravillado de su garganta. Hinchida de pasión, se aferró a él hasta oír su grito de alivio, un sonido que parecía brotar del fondo mismo de su alma. Su cuerpo musculoso

tembló una, dos, tres veces mientras se abrazaba a ella con fuerza.

Lenta, muy lentamente, sus músculos tensos se relajaron. Todavía unidos, hizo que se moviera para poder tumbarse juntos. Gabe seguía encima de ella, sin descargar todo el peso de su cuerpo, apoyando la frente húmeda sobre la suya.

Dallas le mantuvo allí, pasándole las manos por la espalda mientras recuperaba la cordura. Se le ocurrió que ya no volvería a ser la misma. Gabe acababa de proporcionarle la experiencia sexual más gratificante de toda su vida. ¿Tendría la fuerza interior suficiente como para dejar a un lado ese recuerdo? Aquella noche por lo menos, no.

Gabe suspiró y alzó la cabeza para mirarla a los ojos en la penumbra.

— ¡Hadarlas! No me inspiras sutilezas.

Dallas le cogió la mano y le besó la palma, paladeando su sabor, su olor.

— ¿Y quién ha dicho que las sutilezas sean buenas?

— Tampoco están mal.

Gabe había cambiado todo su mundo y ni siquiera lo sabía. Se sintió conmovida por su modestia, por su inseguridad.

— ¿Te has dejado guiar por tus instintos?

— Por todos ellos.

— Yo diría que son unos buenos instintos.

Dallas sintió el temblor que le estremeció, pero Gabe no dijo nada. Esperaba conteniendo el aliento a que ella siguiera hablando. Merecía saber la verdad, sin importar a dónde pudiera conducir.

— Nunca me habían hecho el amor tan bien.

Había escogido las palabras a propósito porque nunca se había sentido tan valorada, tan sensual, tan deseable. Gabe relajó el gesto en una sonrisa.

— Gracias por decírmelo.

— No puedo creer que no lo supieras.

— Se dice que las mujeres fingen muy bien.

— Yo no.

— No, creo que tú no.

Dallas le pasó una mano por el pelo, hundiendo los dedos en sus cabellos suaves, recordando la primera vez que los había tocado en la peluquería. Se

preguntó si no habría sabido ya entonces que algún día acabaría abrazándolo en la cama.

—Tengo una pregunta. ¿Cómo sabías que había preservativos en el cajón?

—Después de comprobar la cerradura de tu ventana he abierto los dos cajones de la mesilla para ver en cuál guardabas la pistola. Creo que he estado pensando en el paquete de preservativos desde entonces. Y no me ha ayudado mucho a resistirme saber que estaban al alcance de la mano.

—De modo que has estado fisgoneando.

Dallas se debatió, tratando de librarse de Gabe, pero él se lo impidió.

—Tenía que comprobarlo todo —dijo él conciliador, besándola mientras hablaba—. Soy un hombre cuidadoso. Dallas. Eso es lo que me ha permitido sobrevivir con una profesión como la mía.

Dallas se estremeció, pero se encontró respondiendo a la lluvia de besos que descargaba sobre sus labios.

—No me gusta pensar en tu profesión.

—Lo sé y no tenemos que hacerlo. Al menos, no ahora. No te vayas.

Gabe se levantó y fue al baño. Volvió a los pocos momentos y se tumbó a su lado, comenzando a desabrochar los diminutos botones de su camisón, que le llegaban a mitad de los pechos.

— ¿Has estado alguna vez a punto de que te mataran?

—Ya te he dicho que ahora no hablaremos de eso.

A Dallas se le aceleró la respiración cuando él le abrió el camisón y le puso una mano sobre el seno.

— ¿En qué vamos a pensar si no?

—En esto.

Gabe le acarició el pezón con la yema del pulgar. La firmeza de su deseo renovado presionaba contra su muslo. Mientras se inclinaba para pasar la punta de la lengua por la areola de su pecho anhelante. Dallas no pudo pensar en otra cosa sino en más caricias húmedas.

Entonces tomó el pezón en la boca provocando que Dallas comenzara a mover las nalgas en una invitación ansiosa. En demasiados sentidos, era un hombre que no le convenía, pero en aquel momento, en su cama, nada podía haber sido mejor.

Gabe utilizó los dientes para arañarle ligeramente el pezón y ella arqueó

la espalda en un gesto de sumisión al hombre tan viejo como el tiempo. Gabe sintió los latidos del corazón en los oídos cuando aquel gesto simple alimentó el fuego de su deseo. La precipitación de la primera vez se había transformado en un anhelo profundo que le asustaba un poco, pero no lo bastante como para echarse atrás.

Le pasó el brazo por los hombros y siguió degustando sus pechos. Ella sabía a miel, olía a flores silvestres maceradas en vino fuerte. ¡Ah! La textura de su piel contra su lengua, la recompensa de meter aquellos pezones en su boca elevaba la tensión de sus ingles a unos límites intolerables. Sin embargo, ya había sido bastante impaciente por una noche. Quizá aquella vez tuviera la fuerza suficiente como para contenerse.

Con un esfuerzo sobrehumano reprimió su propio deseo para satisfacerla y colocó la boca entre sus senos. Mientras conseguía la erección de los pezones con sus caricias, trazó un sendero de besos hasta el ombligo. Ella le agarró por los hombros y Gabe continuó bajando por la piel suave de su vientre y el vello sedoso entre sus muslos. Cuando alcanzó su objetivo, ella se echó a temblar. Gabe quería oír sus gritos ahora que no estaba enterrado en ella y ensordecido por el rugido de su propio deseo.

Mordisqueó y besó aquella fruta de pasión, aferrando sus caderas cuando la llevó más allá de toda posibilidad de quedarse quieta. Ella gemía bajo el ardor renovado de sus caricias y Gabe se dio cuenta de que se acercaba el momento. Sus primeros gemidos desesperados encendieron una alegría salvaje en él. No recordaba haber proporcionado placer alguna vez con tanta alegría. Siguió su ataque hasta que los gritos se hicieron más fuertes y sus piernas empezaron a temblar, hasta que ella se derrumbó entre sus brazos jadeando su nombre.

Impulsado por un deseo que le impedía pensar, Gabe enfundó su pene palpitante en el preservativo y reclamó su recompensa, hundiéndose profundamente en lo que era su salvación. Sintió que Dallas se tensaba de nuevo, y los espasmos de su segundo clímax le hicieron verter su esencia torrencialmente. Mientras que se derrumbaba sobre ella, asombrado y jadeante, supo que Dallas le había abrasado el corazón, haciéndolo cambiar de rumbo. Después de aquella noche no volvería a ser el mismo hombre jamás.

— ¿Has estado casado alguna vez, Gabe?

Dallas dejó de poner las lonchas de beicon en la bandeja del microondas y prestó atención a los huevos que tenía en el fuego. Había dejado que Retachen saliera al patio y se encontraban solos en el remolque. La luz del amanecer iluminaba suavemente la cocina, lo que encajaba con su estado de ánimo, casi beatífico después del placer increíble del que había disfrutado toda la noche.

—Sí, he estado casado —dijo él con aquella mirada impenetrable a la que Dallas ya se había acostumbrado—. ¿Por qué lo preguntas?

—Sólo un hombre preguntaría por qué una mujer quiere saber esas cosas —dijo ella, sacudiendo la cabeza—. ¿No comprendes que importa mucho?

— ¿A quién?

—El hecho de que hayas estado casado le importaría a cualquiera que...

Dallas se calló. Habían pasado la noche juntos y aquella mañana les habían puesto el pienso a los caballos. Juntos habían decidido tomar beicon con huevos para desayunar, pero hasta ahí llegaba su relación.

—Bueno, es algo importante para cualquiera que desee saber algo más de ti.

—Supongo que ese alguien eres tú.

Dallas asintió y siguió con el beicon, fingiendo interés en poner las lonchas en la bandeja con excesivo cuidado.

—Venga, dime. ¿Una o más de una vez?

—Solamente una vez.

Dallas le contempló de reojo y descubrió que toda su atención estaba centrada en la sartén. Gabe metió la espátula debajo de un huevo y le dio la vuelta.

— ¿Le falta mucho a ese beicon?

—No —dijo ella, poniendo la bandeja al horno y seleccionando el tiempo—. ¿Vas a contarme algo de tu matrimonio?

—No hay mucho que contar.

Dallas alzó los ojos al techo con gesto de exasperación. Se lamentó de que los hombres no tuvieran un botón adosado al cráneo con el que se pusiera en marcha un programa de comunicación.

—Podrías empezar por cosas como cuánto tiempo estuvisteis casados, si tienes niños, si vas a verlos, si la sigues viendo, si es bonita. En fin, esa clase de cosas.

A Dallas, lo que verdaderamente le importaba, era lo último. Aunque no se fiaba de las evaluaciones de un hombre, necesitaba saber qué opinión tenía sobre su primera esposa. ¿Vivía en Tucson? ¿Arreglaba cortes de pelo a medio terminar?

Gabe le dio la vuelta a otro huevo. Estaba claro que sabía cómo manejarse en la cocina.

—Los huevos ya están listos.

El reloj del microondas avisó. Con un suspiro. Dallas sacó la bandeja. Cuando se llenaron los platos, sirvió café y se sentaron en una pequeña mesa de roble. Dallas sabía que no tenía ningún derecho a acosarle con preguntas sobre sus viejos amores. Ese era el problema, pensó poniendo pimienta a los huevos. Habían pasado la noche juntos y no podía saber hacia dónde se dirigía su relación. La pregunta le había salido sola. Era mejor que prestara atención a lo que eso quería decir acerca de sus motivos, conscientes o inconscientes. Cuanto más lo pensaba, más deseaba no haber abierto la boca.

—Olvida lo que he dicho. No es asunto de mi incumbencia.

—No sé si vas a poder encontrar los huevos bajo tanta pimienta.

Desconsolada. Dallas se quedó mirando su plato. Los huevos parecían cubiertos por una erupción de pimienta. Gabe alargó la mano y le quitó el pimentero. Luego volvió a cogerle la mano.

—Sí te incumbe. Lo que pasa es que no estoy acostumbrado a hablar de mi vida privada, nada más.

—Lo comprendo —dijo ella, tratando de retirar la mano—. Ha sido una falta de delicadeza, no era mi intención meterme en tu vida.

—¿Ah, no? —preguntó él suavemente.

—De acuerdo. Quiero saber más cosas sobre ti, Gabe.

Gabe le acarició los nudillos con la yema del pulgar.

—Tenías razón anoche, somos distintos. Pero en algunos aspectos no. Ninguno de los dos sentimos inclinación por las ataduras. Esa es la razón de que mi matrimonio no funcionara —dijo él con una sonrisa amarga.

—Yo no tengo la más mínima intención de atarte.

—Lo sé —dijo él sin dejar de acariciarle la mano—. Pero te guste o no, en algún momento de anoche pasamos el punto de no retorno. No importa lo que suceda a partir de ahora, siempre seremos importantes el uno para el otro. No

podemos cambiar eso. Ya no.

Ocho

Dallas contempló sus manos unidas, la de Gabe era ruda y masculina, la suya delicada y pálida en contraste. El punto de no retorno. No lo había pensado, pero entendía a qué se refería. Su debate interior sobre si era capaz de considerar una posible relación con Gabe había terminado. Durante una noche llena de gemidos íntimos y deseos susurrados, había comenzado una relación.

—A mi modo de ver, no te vendría mal que alguien te ayudara unos cuantos días —dijo él—. Al menos, hasta que pase algo con Barney.

Dallas lo miró a los ojos, sonriendo a medias.

—¿Y qué me dices de las noches?

—Eso también.

Dallas sintió escalofríos de placer al ver la manera en que la miraba. Gabe no intentó enmascarar su deseo, lo que le dio una idea de cuánto la anhelaba. Distaba mucho de revelarle todo lo que pensaba, pero ya no se molestaba en ocultar su pasión. La noche anterior le había contado lo que le había afectado su masaje cuando le había lavado el pelo y cómo había mantenido en secreto su reacción a partir de ese momento.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que compartí una casa —dijo ella—. No estoy segura de que sepa sobrellevarlo.

—Yo tampoco estoy seguro. Tengo que decirte que la gente me considera un individuo testarudo y malhumorado.

—No me digas. ¿De verdad? —dijo ella riendo.

—Pues sí —dijo él sonriendo y soltando su mano—. Se nos va a enfriar el desayuno. Te contaré el fracaso de mi matrimonio con Anna mientras comemos, si crees que no te va a quitar el apetito.

Anna. Había pronunciado el nombre con una ternura que desató los celos de Dallas, una emoción que no tenía derecho a sentir. Sólo había pasado una noche con él y no podía ser exigente. Sin embargo, fracasó en su intento de escucharle desapasionadamente. Apenas probó bocado mientras Gabe hablaba de su primera esposa. La historia de una pareja que se habían casado muy jóvenes y se habían enfrentado a muchos problemas económicos fue emergiendo gradualmente. Le contó la esterilidad de Anna, algo que le molestaba más a ella que a él. El retrato que hizo de su ex-mujer era compasivo, pero Dallas se dio cuenta de que en el fondo pensaba que Anna había sido una niña que esperaba que él hubiera dirigido su vida. A Dallas le consoló pensar que Anna y ella eran

diametralmente opuestas.

—Entonces empecé con la vigilancia de las fianzas. Resultó que acabó gustándome mucho mientras que ella lo odiaba. No podía soportar la violencia potencial que implicaba ni las horas de incertidumbre ni los viajes por todo el país.

Dallas escuchaba con atención. Se preguntó si no estaba advirtiéndole sobre la vida peligrosa que llevaba.

—Anna descubrió que no podía vivir semana tras semana sin que alguien la ayudara a tomar decisiones. Se volcó hacia José, que la ayudó a decidirse a pedir el divorcio y a casarse con él.

El tono de su voz era normal, pero Dallas supo que el dolor y la sensación de haber sido traicionado todavía latían en su interior.

— ¿Nunca pensaste en la posibilidad de cambiar de trabajo? —preguntó ella, escogiendo con cuidado las palabras.

—No. Yo pensaba que era un hombre hogareño y tranquilo. Descubrí que no lo soy. Quizás, si hubiéramos tenido niños, me habría convertido en un hombre así.

Dallas lo contempló y trató de imaginarle convertido en un hombre domesticado.

—Lo dudo.

—En fin —dijo él con un suspiro—. Yo también. No sé si conoces una canción que habla de que menos charla y más acción. Soy un adicto a esa canción. Y ya he estado sentado todo el tiempo que soporto —dijo, echando la silla hacia atrás—. ¿Qué planes tienes para hoy?

Dallas estaba tan concentrada pensando en él como hombre de acción a pesar de los celos que sentía por su trabajo, que tuvo que aclararse la mente. Claro que tenía planes para ese día. Tenía muy poco tiempo para las tareas domésticas. Pero la presencia de Gabe lo había borrado todo de su pensamiento.

—Hoy es sábado, ¿no? —preguntó, sintiéndose un poco torpe.

—A menos que anoche haya pasado algo raro, para mí que es sábado. Pero vete tú a saber, cualquier cosa es posible.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—Como tú quieras —dijo él con una mirada cálida.

—Yo... Te agradezco que confíes en mí.

—No te preocupes por eso.

Dallas sabía que él no se sentía tan despreocupado por la conversación que acababan de tener como quería hacerle creer, pero, al menos, había permitido que echara un vistazo a través de su impenetrable fachada. No hacía tanto que le habían castigado por ser él mismo. Eso explicaba gran parte de su reserva. Aunque tampoco se había transformado en un libro abierto. El aire de misterio con que se rodeaba seguía allí, incluso cuando sonreía. A veces, sobre todo cuando sonreía.

—Si es sábado, tengo que ir a recoger cuatro balas de heno, limpiar el corral, colocar un poste de la cerca que se ha caído, bañar a Retachen y aplicarle su tratamiento de aceite caliente, poner una lavadora y llamar a mi madre.

—¿Nada más? Y yo que pensaba que podías estar ocupada.

—¿Y tú? ¿Qué tienes programado para hoy?

—Mantenerte a salvo.

Dallas dejó de sonreír al recordar el terror que había experimentado por la noche. Haber amanecido entre los brazos de Gabe le había hecho olvidar el momento de pánico que había sufrido al oír los ladridos de la perra anunciando que había alguien merodeando por los alrededores. ¿Realmente había sido un merodeador? A la luz del día, se sentía inclinada a creer que podía haber sido el gato del vecino en vez de Neil Barney. Se levantó y empezó a quitar la mesa.

—Quizá estemos exagerando.

Gabe se quedó repentinamente inmóvil, como un animal que se hubiera detenido a olfatear el aire. Entonces, recogió los platos que quedaban sobre la mesa y fue tras ella para dejarlos en el fregadero.

—¿Qué quieres decir?

—Te agradezco el interés, pero me cuesta trabajo creer que mi seguridad precise de una vigilancia constante las veinticuatro horas del día. Estoy segura de que tendrás otras cosas que hacer. Tengo la sensación de que estoy impidiéndote que hagas tu trabajo normal.

—Trabajo de manera esporádica —dijo él en un tono demasiado despreocupado—. Yo tampoco quiero molestarte. También puedo mantenerte a salvo vigilando a Barney, si prefieres no verme por aquí.

Dallas se dio la vuelta. La mirada cautelosa de aquellos ojos le dijo que la

naturalidad que habían conseguido establecer entre ellos peligraba, pero a ella le resultaba difícil compartir la obsesión que Gabe tenía con Barney. Después de todo, no había hecho nada hasta ese momento. Todavía cabía la posibilidad de que prefiriera retirarse discretamente, con lo que ella no tendría que seguir preocupándose por la amenaza implícita a su seguridad económica. Dudaba de contarle a Gabe lo que Neil había dicho sobre su banquero. Sólo conseguiría exacerbar la animosidad que Gabe sentía por él.

Pero, aparte de todo, anhelaba conocerlo mejor. Quería recuperar la intimidad que habían compartido durante la noche y el desayuno.

—Podrías ayudarme a limpiar el corral de los caballos, siempre que no seas alérgico a manejar una pala. Y si tus espaldas están dispuestas a cargar el heno en mi camioneta, tampoco desdeñaré el ofrecimiento.

Gabe asintió, pero había vuelto a refugiarse en su impenetrabilidad.

—Muy bien. Tengo que ir a por ropa y encargarme de unos cuantos asuntos, pero puedo volver en un par de horas. ¿Estás dispuesta a retrasarte tanto?

—Pues claro —dijo ella, metiéndose las manos en los bolsillos de los vaqueros que se había puesto después de ducharse—. ¿También vas a ayudarme con el perro?

—Será un placer.

Dallas maldijo para sí. Gabe era como una tortuga del desierto, un ruido demasiado fuerte y se retiraba al interior de su caparazón. Deseó haberlo conocido sin que Neil hubiera tenido nada que ver, nunca lo había visto sin que Neil estuviera cerca. Quería llegar hasta el fondo y averiguar qué le impulsaba a perseguir a Neil.

Pero estaba claro que no era el mejor momento para conseguir las respuestas.

— ¿Puedo hacer unas llamadas? —preguntó Gabe, señalando el teléfono de la pared.

—Naturalmente.

Dallas odió aquella formalidad. Mientras fregaba los platos, intentó no escuchar, cosa harto difícil porque Gabe no se tomó la molestia de tratar de hablar en secreto. Habló con un tal Diego y le pidió que siguiera a Barney, que debía estar en su casa descansando de sus actividades nocturnas. Entonces, cubriendo el teléfono con la palma de la mano, se volvió hacia ella.

—Tengo que darle a mi amigo este número de teléfono. ¿Te parece bien?

—No hay problema.

Dallas se preguntó si lograrían volver a establecer un puente entre ellos o descubrirían que eran completamente incompatibles, que la noche anterior sólo había sido una casualidad y que lo mejor que podían hacer era seguir cada uno por su lado. Suspiró profundamente. Gabe colgó el teléfono y se acercó a ella.

—Volveré alrededor de las diez. ¿Necesitas algo de la ciudad?

—Un envase grande de helado de calé. Espera que te dé el diñe...

—No importa —dijo él, cogiendo su chaqueta y saliendo fuera—. Gracias por el desayuno.

Cuando la puerta se cerró. Dallas dio un palmetazo sobre la encimera. Le dolió la mano, pero no se arrepentía de haberle pedido el helado. Tenía la impresión de que iba a necesitarlo muy pronto.

De camino a su casa. Gabe se sermoneó por haber sido tan idiota. Dallas había disfrutado de la noche anterior tanto como él, pero en modo alguno había perdido la cabeza. Al menos, ella tenía el sentido común de mantener una cierta distancia. No era una mujer impulsiva. Pero él, por el contrario, parecía haberse dejado arrastrar por sus impulsos.

Aquello le sonaba deprimentemente familiar. De nuevo se había dejado dominar por las emociones con Dallas, y de nuevo ella le había hecho poner los pies en la tierra básicamente. Ahora tenía que rehacerse.

Con el escaso tráfico del sábado por la mañana no necesitaba poner toda su atención en conducir, dejándole libre para evaluar su situación con Dallas. Lo inteligente sería mantenerse lejos de su cama, pero Gabe se conocía demasiado bien. Con la experiencia de haberle hecho el amor fresca en su memoria, con el deseo aun zumbando en su interior, era imposible que dejara perder la oportunidad de abrazarla otra vez. Quizá si dejaba pasar unos cuantos días, cuando la novedad hubiera perdido su atractivo, pudiera prescindir de ella. O quizá fuera ella la que se alejara primero, pero no por ahora. Por alguna razón, ella quería más o no le habría invitado a ayudarla en sus tareas. Gabe era lo bastante listo como para saber eso.

Pero no estaba tan seguro de serlo lo bastante como para salir de aquella aventura indemne. Su única oportunidad era evitar enamorarse de ella, no repetir la estupidez de abrirle el corazón como había hecho esa mañana. Había

explicado por qué lo había abandonado Anna de una manera que por fuerza había tenido que recordarle a Dallas que a ella tampoco le interesaba una relación permanente. Dallas era muy distinta de Anna, mucho más independiente, pero eso no significaba que pudiera ser feliz con un tipo que llevara una vida como la suya.

¿Qué era lo que había dicho? Quizás estemos exagerándolo. Otra vez trataba de minimizar la amenaza de Barney. Le podía haber contado lo de Celia, en realidad, debería habérselo dicho, pero no sabía cómo iba a reaccionar. Dallas le había acusado de no ser objetivo y de utilizar a Barney como chivo expiatorio. No podía contárselo todavía. Debía esperar a que se presentara una oportunidad de que ella pudiera creer que Barney había violado a Celia. Dallas seguía aferrándose a la sentencia que ella misma había ayudado a decidir.

Entretanto, no debía olvidar pasar por su casa y recoger la nevera portátil. Dallas le había pedido que le llevara helado y que le colgaran si se lo llevaba fundido.

Dallas acababa de guardar la ropa limpia cuando llamó Ámbar.

—Venga, cuenta —dijo Ámbar—. ¿Cómo fue lo de anoche?

Dallas suspiró. Tendría que haberse imaginado que Ámbar la llamaría para saber lo que Gabe pensaba de su sistema de seguridad.

—Pues...

—Muy bien. Tengo una imaginación desbordante, así que empieza a contármelo.

—Cree que las cerraduras están bien.

Dallas sintió que se ruborizaba. ¿Cómo iba a reconocer ante Ámbar que ella, que siempre la había sermoneado para que tuviera cuidado con los hombres, había desoído sus propios consejos?

— ¡Dallas! Anoche pasó algo entre vosotros dos.

«Y que lo digas».

—Bien, cuando se fue, vio que el coche de Neil estaba escondido a un lado del camino y...

— ¿A las dos de la madrugada? Ya te dije que ese tipo era peligroso. ¿Y

qué pasó?

—Gabe volvió y decidimos, quiero decir que nos pareció que sería mejor si él pasaba la noche en el sofá.

Ámbar estaba tan callada, que Dallas creyó que había colgado.

— ¿Ámbar? ¿Sigues ahí?

—Eres una pequeña zorra. Has dormido con él, ¿no es verdad?

El suspiro trémulo de Dallas fue toda la respuesta que Ámbar necesitaba.

— ¿Tan bueno es?

—Ámbar, ya sé que debes pensar que me he vuelto loca. Definitivamente, no es mi tipo. Pero creo, después de todo lo que ha sucedido, que me he dejado llevar.

Ámbar se echó a reír sin disimulos.

— ¿Conque no es tu tipo, eh? Mira, chica. Un hombre como él es el tipo de cualquier mujer. Os vi bailar anoche y me pregunté cómo os podríais llevar vosotros dos. Entonces pensé que tú eres demasiado estricta como para dejar que eso sucediera. Supongo que me he equivocado, ¿no?

—Ámbar, yo... —se interrumpió al oír la furgoneta de Gabe que llegaba—. Escucha, ha vuelto. Tengo que dejarte.

— ¿Qué? ¿Va a pasar el día contigo? Dallas, no me puedes dejar en ascuas. Dime ahora mismo lo que...

Dallas le observó abrir la puerta de la verja, saludar a Retachen y tirarle una pelota que ella cogió en seguida. Luego echó a andar hacia la puerta.

—Adiós, Ámbar. Y, por favor, no lo comentes durante el trabajo esta noche, ¿quieres?

— ¿Ni siquiera puedo decírselo a Debe?

—Ni te atrevas a insinuárselo. Adiós.

Dallas colgó en el momento en que Gabe llamaba a la puerta. Su corazón se había acelerado desde que le había oído llegar. Los golpes en la puerta, aunque moderados, la hicieron saltar como un disparo de rifle. Tuvo que secarse la palma de la mano húmeda en el pantalón para poder abrir.

Gabe estaba en los escalones, el sombrero vaquero le daba sombra en los ojos. Tenía una bolsa de deporte en una mano y una nevera portátil en la otra.

—Helado de café. ¿No era eso?

Dallas asintió. Al coger la nevera, sus manos se rozaron. El deseo brotó de

su interior y se extendió a todas las partes sensibles de su cuerpo.

—Yo también hago lo mismo. Lo pongo en una nevera portátil para que no se derrita.

—Me lo había imaginado. ¿Dónde quieres que deje mis cosas?

—En cualquier sitio.

Dallas abrió la nevera con manos temblorosas. Gabe había vuelto. Estaba allí para pasar el día, para pasar la noche. Para hacerle el amor. Él la miró a los ojos. La inclinación del sombrero le daba el aspecto de ser un renegado insolente.

—No quiero que te estorben mis cosas.

Dallas tragó saliva. Aquella mirada le hacía sentir débiles las rodillas. No quería esperar hasta la noche para sentir su cuerpo.

—No importa.

—Ya enredo bastante, ¿no?

La tensión entre ellos era un palpitar en el aire. Sólo había estado un par de horas fuera, pero ella sentía que había pasado semanas sin verlo. Quería tocarlo, que la tocara.

—No. No enredas en absoluto.

Gabe tiró la bolsa sobre el sofá. El sombrero la siguió en un vuelo.

—Entonces, quizá deba empezar ahora mismo.

Dallas leyó sus intenciones en sus ojos antes de que él le quitara la nevera de las manos temblorosas y la dejara sobre la mesa. Los dos gimieron al abrazarse.

— ¿Qué tenías pensado para ahora? —preguntó él, apretándola contra el endurecimiento de su cuerpo.

Dallas, incapaz de hablar, sólo pudo mirar cómo los labios esculpidos de aquel guerrero se acercaban a su boca. Al principio la besó con ansia, pero cuando ella le respondió con igual frustración, Gabe suavizó el beso y le pasó las manos por el cuerpo como si quisiera tocar cada centímetro de su piel.

Cuando levantó la cabeza, respiraba con dificultad.

—He estado pensando en esto todo el camino de vuelta. Pero me decía que tenía mucho que hacer.

—Al diablo con el trabajo.

Dallas forcejeó con los botones de su camisa para meter las manos y

acariciarle el pecho. Pudo sentir los latidos de su corazón contra su palma. Al levantar la vista, vio que su máscara había vuelto a caer para revelar toda la pasión que ella le inspiraba. Quizá no pudieran hablar con total confianza, pero sí podían hacer aquello.

Le acarició el vello del pecho con las uñas y él contuvo la respiración. Gabe le cogió la mano y la condujo hacia abajo para que ella pudiera apreciar el alcance de su erección. Mientras que ella lo acariciaba, cerró los ojos y se echó a temblar.

Dallas lo necesitaba como nunca había necesitado a un hombre. Le desabrochó el cinturón y le bajó la cremallera mientras se ponía de rodillas poco a poco. Él la cogió de los hombros y empezó a levantarla.

—Dallas, no. Yo...

—Sí.

Le liberó de los calzoncillos para acariciarle con atrevimiento.

—Sí —dijo otra vez antes de amarlo con los labios y la lengua hasta que él le suplicó que parara jadeando.

Dallas le obedeció y él la estrechó entre sus brazos. En el dormitorio, se desvistieron con prisa. Fue ella la que sacó un preservativo del cajón. Cuando estuvo colocado, Gabe se tumbó de espaldas sobre la cama y la atrajo hacia sí. Mientras que ella se sentaba sobre su miembro pulsante, Gabe la miró con fuego en los ojos, casi como si le reprochara el inmenso deseo que despertaba en él. Ella le acarició la cara para alisar las arrugas que habían aparecido entre sus cejas.

—No te enfades. Déjate llevar, guerrero mío.

—Ya me dejo llevar —dijo él entre dientes.

—No. No del todo.

Dallas empezó a mover las nalgas en círculo al tiempo que se mecía sobre él. Gabe gimió y la apretó aún más contra su cuerpo. Echó la cabeza hacia atrás cuando estaba a punto de conducir a Dallas a la rendición. Dallas había comenzado a experimentar los primeros síntomas del clímax, pero estaba concentrada en él, en liberarle de los demonios que parecían acosarle.

—Déjate llevar —susurró—. Deja que te lleve.

La tensión creció en sus entrañas y Dallas cerró los ojos ante su fuerza. Oyó que él gemía desde lo más hondo de su pecho. Abrió los ojos y vio que la miraba ardientemente mientras empujaba hacia arriba, profundizando el

contacto.

Y en aquel momento, antes de que el cataclismo les arrebatara la consciencia, Dallas supo todo lo que necesitaba saber sobre él. Después, se lanzaron juntos al abismo.

Nueve

Dallas concluyó que aquel hombre sabía manejar una bala de heno cuando Gabe acabó de descargar su camioneta. Almacenó el forraje y lo cubrió con una lona. Habían planeado con cuidado el trabajo para conseguir acabarlo en el poco tiempo que les quedó después de hacer el amor. Habían ido a recoger el heno juntos, pero a él le había tocado descargarlo y cavar el agujero nuevo para el poste mientras ella bañaba a Retachen y le daba aceite.

Gabe la había convencido para que no se duchase hasta que hubieran terminado. Dallas se sentía como una pecadora decadente con el olor de Gabe en el cuerpo, el sutil recordatorio de lo que habían compartido. Cada vez que lo miraba, tenía ganas de desperezarse y ronronear como una gata bien alimentada. Le costaba trabajo concentrarse en las tareas que ella misma se había asignado, sobre todo cuando Gabe se quitó la camisa para cavar el agujero.

—Estás muy sexy, Escalante —le gritó mientras enjuagaba a la perra con la manguera.

Gabe levantó la vista. Su mirada fue un destello blanco bajo la oscuridad de su sombrero.

—Creo que debería cobrarte por el espectáculo.

—Dudo que pueda permitírmelo.

—A usted le haría un precio especial, señorita.

Riendo, siguió cavando el hoyo. La luz del sol hacía brillar su espalda empapada de sudor. Dallas se mordió los labios para no gemir en voz alta al verle hundir la pala en la tierra una y otra vez. Aquello era ridículo. Estaba peor que Retachen babeando por Igor. Nunca se había encontrado en un estado tan sensible que todo adoptara connotaciones eróticas. Se obligó a bajar la vista y mirar a Retachen, que había empezado a temblar de frío. El sol ya estaba rozando las montañas en el horizonte.

—Lo siento, chica —se disculpó, cerrando el grifo—. Creo que ahora entiendo tu problema mucho mejor.

Más tarde. Gabe y ella se las arreglaron para ducharse sin acabar en la cama, pero sólo porque Dallas no quería dejar sola a Ámbar en la peluquería un sábado por la noche. Pensaron que lo mejor sería cenar en el buffet del Randy Ranché para no tener que molestarse en cocinar.

—Pero, cuando volvamos, podemos tomarnos el helado —propuso ella

mientras iba hacia su camioneta—. Creo que se habrá vuelto a helar para entonces.

El helado había sido otra víctima de su pasión. Cuando se acordaron de que lo habían dejado encima de la mesa, el envase estaba blando y el contenido se había derretido.

—También podríamos darnos una vuelta.

Gabe se rio mientras le abría la puerta de la camioneta.

—Yo creo que nos hemos dado bastantes vueltas.

—Deja de sacarle punta a todo lo que digo —le advirtió ella—. No voy a poder trabajar esta noche pensando en...

No pudo acabar la frase. De repente, se sentía vergonzosa.

—Puedes jurarlo —murmuró él, mirándola a los ojos mientras le acariciaba los muslos—. Sólo de pensar en que podría ponerte las manos aquí y aquí, y mi boca en...

— ¡Gabe! —exclamó ella, empujándole, aunque su sangre había comenzado a heñir de deseo.

Con una sonrisa pícaro en los labios, Gabe rodeó la camioneta y subió por el otro lado.

—No te olvides de que Barney cree que soy tu amante. No queremos que deje de creerlo, ¿verdad?

—Con la manera que tienes de hacerme hervir la sangre, no creo que nadie en todo el Randy Ranché se atreva a pensar otra cosa.

Dallas puso el motor en marcha. Gabe se repantigó en el asiento con una sonrisa satisfecha en el rostro.

—Muy bien.

Entraron en el Randy Ranché juntos. Gabe llevaba el brazo sobre sus hombros. Ella se sintió como una estrella llegando a la Academia la noche de las Oscas cuando todas las cabezas se volvieron a mirarla con los ojos muy abiertos. Ningún empleado del complejo la había visto con un acompañante. No había salido mucho con hombres durante el último año y medio, y jamás se había presentado con ninguno en el trabajo.

—Estás tensa, como una ternera atada —murmuró él mientras se

acercaban al Catinga Pen.

—Así es como me siento. No acostumbro a airear mi vida privada delante de todo el mundo.

—Ni yo tampoco. ¿Vas a darme un beso antes de empezar el trabajo?

— ¡Por Dios, Gabe!

—He visto a Barney junto a las máquinas de pinball. No nos ha quitado los ojos de encima desde que hemos llegado. Será mejor que nos esforcemos y que parezca creíble.

Estaban junto a las mesas de billar, donde se hallaba Debe con un taco en la mano, observándolos. Dallas no pudo mirarlo a la cara.

— ¿Sueles besar a las chicas en público?

—Eso depende —dijo él, volviéndose para mirarla y quitándose el sombrero.

—Gabe, yo...

—Eres una preciosidad, ¿lo sabías?

Y antes de que ella pudiera reaccionar la estrechaba entre sus brazos. No fue un beso largo, pero Gabe consiguió mucho en poco tiempo. Dallas temblaba de pasión cuando él la soltó sonriendo. Se puso el sombrero y se lo caló, dándole un tirón al ala.

—Que tengas una buena noche —dijo en voz baja—. Y deshazte de esas malditas rosas.

Después, la dejó para ir a las mesas de billar. Dallas tuvo que hacer un esfuerzo para recuperar su maltrecha compostura mientras entraba en la peluquería. Ámbar la miraba boquiabierto, con la bandeja de manicura apretada contra el pecho. El saludo de Dallas fue demasiado alegre y trémulo al mismo tiempo.

— ¡Guau! —Exclamó Ámbar—. ¡Vaya una entrada!

—Es... Forma parte del plan.

Dallas dejó su bolso en un cajón. Luego cogió el ramo de flores del jarrón y lo tiró a la basura. Ámbar seguía sus movimientos con una sonrisa cómplice en los labios.

— ¡Menudo plan! Ojalá pudiera convencer a Vinco para poner en marcha un plan como ése.

—No. Lo que quiero decir es que tratamos de engañar a Neil para que

crea...

Dallas se dio cuenta de que estaba sin aliento e hizo una pausa para respirar.

—Para que crea que vamos en serio.

Sintió que le ardían las mejillas y se volvió para ordenar los frascos de un estante, ya de por sí ordenado.

— ¿Me estás diciendo que no era de verdad?

—Bueno, yo...

—Dallas Nade, tú te has enamorado de ese hombre. Sigue diciendo tonterías, si es lo que te apetece, pero tienes un brillo en los ojos que no estaba ayer. Y no intentes convencerme de lo contrario. Vamos, por la manera en que le he visto besarte, yo diría que la atracción es mutua.

—No sé, Ámbar. Creo que me he precipitado.

— ¿Tú? —preguntó Ámbar con los ojos chispeantes—. Debe de haber sido una noche memorable.

Dallas sintió que volvía a ruborizarse.

— ¡Lo sabía! —Exclamó Ámbar—. Hay algo en su manera de andar que dice a las claras lo buen amante que ha de ser. ¿No te has dado cuenta de cómo atrae a las mujeres? Podría haber elegido entre todas las de aquí, pero has sido tú la que le has cazado. Bien por ti, chica.

Dallas tuvo que sentarse en el brazo del sillón hidráulico.

—Puede que esté cometiendo el error más grave de toda mi vida. Es un caza recompensas. Ámbar. Un mercenario. Ha reconocido que su vida es la aventura. Lo más seguro es que le atraiga porque Neil Barney me sigue. Cuando deje de estar en peligro, le resultaré aburrida y se irá.

Ámbar la contempló con expresión preocupada.

— ¿Y eso te molestaría mucho?

—Eso es precisamente lo que me asusta. No quiero que llegue a afectarme tanto.

—Yo creo que ya te ha afectado.

—La vida era tan simple antes de conocerlo —dijo Dallas pasándose una mano por la frente—. Yo sabía lo que quería, tener un negocio propio, vivir en el campo y criar perros de raza. Y si aparecía el hombre apropiado, miel sobre hojuelas.

—Pero no era el ingrediente principal de tus planes.

—Justo. Me había jurado que jamás sería tan vulnerable. Lo oímos en las canciones country continuamente, «no puedo vivir sin ti, no soy nada sin ti» y cosas por el estilo. Me revienta.

—Pero el amor puede hacer que te sientas así.

Dallas intentó no pensar en aquella palabra, pero continuó brillando en su cerebro, más brillante que todos los neones del Randy Ranché.

—Entonces, ¿quién quiere enamorarse? —Dijo llena de frustración—. ¿Por qué íbamos a cambiar nuestra independencia por una emoción que nos deja a merced de algún tipo que no tardará en irse y abandonarnos?

Ámbar dejó la bandeja de la manicura y se sentó en una silla delante de Dallas.

—En parte, es culpa mía. Fui yo la que te convencí para que hablaras con él. Claro, pensaba que os podríais llevar bien. Tú siempre me has dado la impresión de saber desenvolverte, de estar a salvo de los desengaños. Yo creía que, en todo caso, serías tú la que rompería su corazón. Nunca se me pasó por la cabeza que pudiera herirte. Lo siento mucho.

Dallas se obligó a sonreír.

—Ya soy mayorcita. No tendría que haberme ido a la cama con él.

—De haber estado en tu caso, yo lo habría hecho. Dallas, es un hombre imponente. No te culpes por haberte dejado llevar. ¿No has pensado que puedes estar equivocada respecto a él? Quizá acabe pidiéndote un compromiso.

—Ámbar, lo que me ha dicho es que ni siquiera puede tener un perro debido a su manera de vivir.

— ¡Vaya! —Dijo Ámbar con el ceño fruncido—. Ya veo lo que dices.

Ámbar se giró para mirar hacia las mesas de billar, donde Gabe se inclinaba y, de un potente golpe, esparcía las bolas sobre el tapete. Ámbar suspiró cuando él les dio la espalda y se inclinó para su próximo tiro.

—Bonito trasero.

Dallas apartó la vista de aquel trasero tentador.

—Ya me había dado cuenta, no te creas.

— ¿Qué piensas hacer?

—Trabajar un poco —contestó Dallas al tiempo que se levantaba—. Ahí llegan nuestros primeros clientes de la noche.

Aquella noche pareció interminable. Por suerte, Neil estaba completamente embobado con Beth, de modo que Dallas no tuvo que vérselas con él. Aquel interés por la camarera le hizo pensar que no podía ser él quien había alertado a Retachen la noche anterior. Alrededor de las diez, los clientes empezaron a escasear. A pesar de todos los recelos acerca de su relación, Dallas echaba de menos a Gabe. Lo localizó sentado en el bar con una jarra de cerveza intacta ante él. Debía de llevar un rato mirándola porque levantó la jarra en su dirección antes de tomar un sorbo.

—Tómame un descanso y ve a verlo —dijo Ámbar.

—Sí, claro. Lo que me faltaba.

—Que vayas. Dallas. La gente puede cambiar de opinión y de manera de ver la vida. Y, tanto si te gusta como si no, estás atrapada, de modo que, ¿por qué no pasas un rato con él? —Dijo mientras la empujaba suavemente hacia la puerta—. Anda, ve.

—Supongo que tienes razón.

Dallas se ajustó el sombrero y fue al bar. Gabe la vio acercarse. La recibió con una sonrisa y los ojos brillantes.

—No has bailado en toda la noche —dijo ella.

Aunque había sido una noche de mucho trabajo, se las había arreglado para seguir sus movimientos desde la peluquería. Había tomado buena nota de que bastantes mujeres le habían invitado a bailar, pero Gabe las había rechazado a todas. Dallas no podía negar que aquello le había hecho sentirse inmensamente satisfecha.

—Te estaba esperando —dijo él, levantándose del taburete

—Bueno, tampoco es necesario que... ¿Conoces este paso? —preguntó ella al darse cuenta de que había comenzado un baile en línea.

—Siempre puedes enseñarme.

Cuando vio que ella dudaba, Gabe la cogió de la mano y la llevó a la pista. Dallas conocía la canción y el baile, por eso había dudado. La canción invitaba a hacer el amor, el baile incluía unos movimientos de caderas sugerentes, que subrayaban el significado de la letra. Pero Gabe ya se había enganchado a la fila y ella no tuvo más remedio que seguirlo para no perderle.

—Mira, así —dijo enseñándoselo.

Gabe metió los pulgares en las trabillas de su pantalón y siguió sus movimientos con el mismo paso ágil y ligero que ella ya conocía. Pero aquel baile era distinto al vals. Dallas le avisó de los pisotones y las patadas que había que marcar. —Ahora tienes que menear el trasero así.

Gabe la imitó a la perfección. Dallas notó que se le secaba la garganta al verle mover las caderas con el mismo ritmo que tanto placer le había proporcionado unas horas antes. Tropezó con alguien que bailaba. Volvió a coger el paso, pero se dio cuenta de que Gabe había empezado el movimiento siguiente sin que nadie se lo dijera.

— ¡Ya lo conocías!

Gabe le sonrió sin perder el paso.

—Me gustaba tu manera de enseñarme.

— ¡No es justo!

—En el amor y en la guerra, todo vale.

Dallas se preguntó cuál de las dos cosas era aquello. La música le trajo la respuesta. Amor, amor, amor.

Se movían en perfecta sincronización. Gabe la incitaba con cada roce de caderas y ella le respondía con rotaciones sugestivas que encendían su imaginación. Cada vez que la miraba a los ojos, Dallas veía en su mirada la promesa de que aquello no era sino el prelude de lo que les esperaba más tarde. Su corazón latía al ritmo vivo de la música mientras el cantante preguntaba que cuándo sería la próxima vez que iban a hacer el amor. Pronto, dijo él con los ojos. Pronto, contestó ella en silencio.

Estaba tan absorta en el baile que casi no vio a Neil junto a la barandilla que rodeaba la pista. Pero a Gabe no le pasó desapercibido. Dallas notó cómo su cuerpo se ponía tenso cuando su mirada se cruzó con la de Neil. Por supuesto, Gabe no perdió el paso, pero ella se dio cuenta del odio que había entre los dos hombres. Entonces Neil la miró, sus ojos azules relampaguearon de furia.

En un instante, el baile sexy había adoptado un tono siniestro. Se había divertido incitando a Gabe, pero todo se esfumó al darse cuenta de que Neil había estado vigilando cada uno de sus movimientos. Agarraba la barandilla con fuerza, el cuerpo tenso, los labios carnosos torcidos en una mueca de desdén.

—Tengo que volver al trabajo —dijo Dallas.

Y salió de la pista con el miedo pesándole en la boca del estómago.

La precaución y el control habían sido sus guías durante toda su vida, sin embargo parecía que ya no entendía aquellos dos conceptos. Cuando Gabe le quitó las llaves de las manos mientras caminaban por el aparcamiento, ella no opuso resistencia y dejó que él la llevara a casa. Cuando él le dio la mano desde su asiento. Dallas entrelazó sus dedos con los de él sin decir nada.

Que Dios la ayudara, pero empezaba a tener fantasías que incluían a Gabe. Claro, su matrimonio había fracasado porque se había casado con una mujer excesivamente dependiente. Ahora vivía como un vagabundo que huía de las ataduras. Pero, como Ámbar había dicho, la gente cambia.

En la oscuridad, sólo las luces del salpicadero iluminaban sus caras y ella se sintió con ánimos de inquirir un poco más sobre su vida.

— ¿Tienes familia en Tucson?

—Sólo a mi hermana —

¿Y tus padres?

—Murieron hace tiempo.

—Lo siento, Gabe. Otra vez ando metiéndome en lo que no me importa.

—Fue hace diez años —dijo él, apretándole la mano—. Algo feo de verdad. A un tipo le habían condenado por robo, pero salió bajo fianza. Entonces, volvió a huir. Su coche se estropeó y se puso a hacer autostop. Mis padres le recogieron.

Le apretó la mano con más fuerza, pero su voz era firme.

—A mi padre le gustaba ayudar a todo el mundo. Ese individuo les obligó a meterse en el desierto, le pegó un tiro a cada uno y siguió la huida en su camioneta.

— ¡Es horrible!

—Se consiguió dar con él gracias a un caza-recompensas. Fui a darle las gracias y acabé aprendiendo un montón de cosas sobre la vigilancia de las fianzas. Me pareció un trabajo mucho mejor que arrancar metales de la tierra.

Dallas le tomó la mano entre las suyas.

—Eso explica muchas cosas.

—No sé. Supongo que un psiquiatra diría que he estado vengando a mis padres desde entonces. Puede que fuera verdad al principio, pero lo cierto es que estaba aburrido de trabajar en la mina. Me encanta este trabajo. No volvería a tener un horario ni por todo el oro del mundo.

« ¿Y por todo el amor de mi corazón?» Dallas se estrelló otra vez contra el muro de la realidad. ¿Cuántas veces tenía que advertirle que era un rebelde indómito antes de que ella empezara a hacerle caso?

Gabe había estado esperando aquellas preguntas. Una mujer precavida como Dallas querría conocer un poco más de su pasado antes de comprometerse demasiado. Era posible incluso que hubiera concebido la loca idea de que él estaría dispuesto a dejar su trabajo si ella se lo pedía. Pero, si de verdad lo quería, tendría que aceptarle tal como era. No creía que hubiera muchas posibilidades de que eso sucediera.

Si Dallas hubiera sido capaz de olvidar la idea de que todo en la vida encajaba en compartimentos pequeños y limpios, podrían, sólo podrían, tener la oportunidad de construir algo junto. Por el momento, Gabe se contentaba con pequeñas victorias, como la espontaneidad con que habían hecho el amor aquella misma mañana o cuando la había convencido para que lo besara en el Randy Ranché.

Le habría gustado que se tomara la amenaza de Barney más en serio, pero estaba claro que aquel canalla no se acercaría mientras él estuviera presente. Aquello era bueno. Le gustaba el remolque de Dallas, quizá más de lo que era conveniente.

—No creo que Barney nos haya seguido —dijo él, soltando su mano para poder aparcar—. He estado vigilando el retrovisor y no he visto señales del Corvetee. Podría aparecer más tarde, pero lo dudo.

—Parecía bastante interesado por Beth.

—No dejes que eso te engañe. Un tipo como Barney se cansa en seguida de las conquistas fáciles.

Dallas le sonrió de una manera que le dolió en el corazón.

— ¿Y tú? ¿Te cansas también cuando una mujer te lo pone fácil?

Gabe deseaba poseerla allí mismo, en el asiento de la camioneta. ¿Cansarse de ella? Ni en un millón de años.

—Yo no soy como Barney —dijo, abriendo la puerta.

Sólo con imaginarla desnuda sobre las sábanas arrugadas de la cama se ponía a temblar. Bajó de la camioneta y ayudó a Dallas.

—Cuidado con Retachen —le advirtió ella cuando abrió la puerta de la verja.

Gabe se apresuró a cerrarla. Luego buscó su mano.

—He de admitir que Retachen no es mi principal prioridad ahora mismo.

—Quizá sería mejor dejarla un rato en el patio —dijo ella con esa nota vergonzosa en la voz que a Gabe le excitaba tanto.

—Creo que es una idea excelente.

A Gabe le daban ganas de golpearse el pecho y aullar su advertencia a cualquier hombre que hubiera en diez kilómetros a la redonda. Aquél era su territorio. Una reacción primitiva que no estaba dispuesto a reconocer ante Dallas, pero que no por eso era menos verdadera.

—Le pondré el collar luminoso. Así podrá ver si todo va bien.

Por él le podía poner un collar de diamantes. Dallas buscó un collar de remaches en la cocina, se lo colocó a Retachen y accionó un pequeño interruptor. Gabe sacudió la cabeza asombrada. Lo que parecían remaches resultaron ser luces rojas que se encendían en serie, como un anuncio de Las Vegas.

—Ya está —anunció Dallas, abriendo la puerta.

Retachen salió de un salto. El collar señalizaba su paradero aunque no se la veía en la oscuridad. Dallas cerró la puerta y miró por la ventana.

—Me siento mejor cuando sé dónde está.

Gabe estaba admirando la forma en que los pantalones cortos se amoldaban a sus nalgas.

—Eso no es lo que a mí me haría sentirme mejor.

— ¿En serio? —preguntó ella, volviéndose a mirarlo con un brillo en sus ojos grises. Entonces se quitó el sombrero y se pasó una mano por el pelo—. ¿Qué te haría sentirte mejor, vaquero?

Gabe la miró, mudo de deseo. Con una risa suave, Dallas colgó el sombrero en la puerta. Después se quitó la chaqueta con gestos lentos y deliberados, tirando de cada manga despacio, consiguiendo que sus senos se marcaran contra la camisa blanca que llevaba. Gabe tenía la boca seca y las

manos húmedas. Su necesidad de poseerla parecía insaciable.

— ¿Por qué me siento como si hubiera pasado una semana desde la última vez que hicimos el amor?

—Einstein decía que el tiempo es relativo.

Dallas comenzó a desabrocharse la camisa. Gabe fue junto a ella.

—Debería haberte visto desvestirte.

— ¿Impaciente, Gabe? —preguntó ella arqueando una ceja, obviamente consciente del poder que tenía sobre él.

— ¿Yo? ¡Qué va! —dijo él, obligándose a mantener las manos quietas—. Un hombre impaciente jamás hubiera soportado todos esos cortes de pelo de esta noche, todas las veces que has masajeadó la cabeza de otro. Y luego ese baile en línea, donde no has dejado de mover el trasero ante mis narices.

—Como si tú no hubieras hecho lo mismo —dijo ella, respirando agitadamente. La balanza se estaba equilibrando.

—Y luego he tenido que esperar a que acabaras de cuadrar la caja. Interminable. Había una pequeña gota de sudor entre tus pechos mientras acababas los balances. Un hombre impaciente te habría arrancado la camisa a jirones para beber esa gota, pero yo no.

Gabe la abrazó al fin. Dallas llenaba sus brazos como no lo había hecho ninguna mujer. La sangre le rugía en los oídos. Ella arqueó su cuerpo buscándolo cuando sus bocas se unieron. Jate introdujo la lengua en aquella fuente de éxtasis, dulce, húmeda...

¿Qué andaba mal? Dallas se debatía para soltarse. ¿Acaso intentaba apartarse de él?

—Retachen está ladrando —dijo ella sin aliento cuando consiguió liberarse.

Gabe tuvo que sacudir la cabeza para aclarársela. Era verdad, la perra estaba ladrando. Se acercó a mirar por la ventana. La luz automática iluminó el cuerpo de Igor.

—Es su querido. Seguramente, se ha confundido con esas lucecitas rojas.

—Muy gracioso —dijo ella a su lado—. Vamos a echarlo de ahí. Me pone nerviosa.

—Yo me encargaré.

Se dirigía a la puerta cuando oyó un ruido metálico. Aquellos perros

idiotas estaban tratando de derribar la valla. El ruido se convirtió en estrépito.

—Gabe, ¿has pasado el pestillo de la valla?

—No, sólo la he cerrado. Creí que se pasaba solo.

La verdad era que en aquel momento no había estado pensando en vallas y puertas. Dallas corrió a la puerta del remolque.

—Retachen se ha escapado —gritó mientras corría por el patio.

Gabe echó a correr tras ella. Lejos, en el camino, dos perros grandes jugueteaban y unas lucecitas rojas indicaban hacia dónde se dirigían.

Gabe adelantó a Dallas. Los perros habían llegado a mitad de un descampado antes de que él pudiera alcanzarlos. El movimiento de las luces rojas y los gemidos apasionados le dijeron lo que le estaba sucediendo a Retachen. Un llanto a sus espaldas le avisó de que Dallas también se había dado cuenta.

Retachen había perdido su virginidad.

Diez

—Tenemos que separarlos —dijo Dallas, dejándole atrás—. ¡Igor! ¡Fuera de ahí!

— ¡Cuidado, Dallas! —Dijo Gabe, sujetándola del brazo—. Ese perro puede hacerte pedazos si le interrumpes ahora.

—Supongo que tú sabrás mucho de eso —dijo ella como si quisiera culpar a todos los machos y sus apetencias.

—Tengo una ligera idea de cómo puede sentirse en este momento. De todas maneras, sabes que es demasiado tarde.

— ¡Maldición!

Los perros copulaban con entusiasmo. Dallas los contempló un momento y luego se dio la vuelta con un gruñido de disgusto.

—Hay que pasar el pestillo de la puerta, Gabe. No puedes limitarte a cerrarla porque hay veces que el pestillo no corre.

A Gabe no le gustó su acusación solapada, pero comprendía que estuviera enfadada.

—Si no corre es porque necesita que lo engrasen.

—Bueno, hemos estado demasiado ocupados como para preocuparnos de engrasar los pestillos, ¿no te parece?

—No me eches la culpa a mí.

Al final, estaba poniéndole nervioso. Dallas era capaz de enfurecerle, como era capaz de encender en él una pasión sin límites. No tendría que sorprenderse.

—He intentado con todas mis fuerzas mantenerme lejos de tu cama —le recordó él.

— ¡Claro! —exclamó ella, abriendo los brazos.

El gesto provocó que la blusa sin abrochar descubriera su pecho. Gabe trató de no mirar y dejar que su ira se calmara. No lo consiguió.

— ¿Qué querías que hiciera si estabas durmiendo en la habitación de al lado? — chilló ella—. ¿Crees que soy una máquina? ¿Crees que no estoy hecha de carne y hueso? ¿Cómo iba a reaccionar cuando un hombre con un cuerpo para morir se me pone en la puerta de mi dormitorio y...?

— ¿De verdad crees que mi cuerpo es como para morir?

Gabe no podía seguir enfadado con alguien que le hiciera esa clase de

cumplidos.

— ¡Es estupendo! —gritó ella que parecía molesta por tener que admitirlo—. ¿Estás satisfecho, señor Ego maníaco?

—Ni por asomo —contestó él, esforzándose para no sonreír—. Pero creo que
Igor sí.

El perro había dejado de moverse y estaba tumbado sobre Retachen.

—Quizá fuera mejor que les invitáramos a un cigarrillo.

— ¡Qué considerado! ¿Te haces una idea de cómo van a ser los cachorros?

—Nunca se sabe. Pueden salir con unos cuerpos como para morirse —dijo él sin poder evitar el chiste.

—Te parece divertido, ¿no? Todo mi programa de crianza tirado por la borda. Además, estoy segura de que esto no es nada bueno para Retachen.

—A la larga, puede que no. Pero yo estoy seguro de que a corto plazo ha sido estupendo para ella.

— ¡Oh! —Exclamó ella, haciendo un gesto de desesperación—. ¿No puedes pensar en otra cosa? Si no hubieras estado tan obsesionado con el sexo, nada de esto habría pasado.

—Perdona. ¿Estás diciendo que tú no estabas excitada? —dijo él, mirando maliciosamente su blusa abierta—. ¿O eso es obra de fuerzas misteriosas que están fuera de tu control?

Dallas miró hacia abajo.

— ¡Oh!

Dallas se apresuró a abotonarse con la cabeza gacha para no tener que mirarlo. Cuando terminó, se dio cuenta de que Igor se había marchado y Retachen estaba junto a ella con la lengua fuera y moviendo la cola. Dallas la cogió por el collar y echó a andar hacia su casa.

Gabe caminaba a su lado, había decidido no disculparse ni explicarse. Si ella decidía dar por terminada su relación a raíz de aquel incidente, tendría que aceptarlo. Seguiría asegurándose de que Barney no la atacara, pero podía vigilarlo sin estar en su casa ni en su cama.

—Me enfurezco cuando las cosas no salen como las he planeado —dijo ella al cabo. —Gabe guardó silencio y siguió esperando—. No tendría que haberte acusado. La culpa es tan tuya como mía. Más mía, en realidad.

La tensión que Gabe había estado sintiendo en el estómago se relajó un poco.

—No me importa cargar con la responsabilidad, siempre que sea equitativamente.

—No, ni eso. Es la puerta de mi verja, es mi perra y yo tengo la responsabilidad de cuidar que se mantenga en el lado correcto de la valla.

—No, si yo formo parte de tu vida. Entonces la responsabilidad estaría compartida.

—No, si yo no quiero compartirla.

La tensión retornó.

— ¿Es así como quieres que sea?

Habían llegado junto a su furgoneta. Todavía tenía puesta la chaqueta, las llaves estaban en el bolsillo. Ella lo miró. Estaba pálida bajo las primeras luces del amanecer.

—No lo sé, Gabe.

No era una tregua formal, pero Gabe la aceptó. Estaban dando vueltas alrededor de lo accesorio, pero ni él mismo se sentía preparado para ir directo al grano. ¿Era posible que hubiera un futuro para ellos? ¿Qué compromisos estaba dispuesto a aceptar cada uno de cara a ese futuro? Gabe no tenía las respuestas y sabía que ella tampoco. Pero ansiaba estrecharla entre sus brazos otra vez. Eso, por lo menos, era claro y simple.

—Metamos a Retachen y veamos si está bien, ¿de acuerdo?

Dallas aceptó la proposición rápidamente. Parecía que no tenía más ganas de discutir que él. Quizá la pasión que les unía fuera suficiente para mantenerles juntos unos cuantos días más, hasta que los dos decidieran cuánto estaban dispuestos a sacrificar en aras de la relación frágil que había empezado a florecer entre ellos.

Hicieron entrar a Retachen al remolque. Después de comprobar que no tenía mordiscos ni arañazos. Dallas desconectó el collar y se lo quitó. Cuando lo estaba colgando del gancho de la puerta, sus hombros empezaron a temblar. Gabe se arrepintió de haberse reído de la escapada de la perra. Se acercó a Dallas sin perder tiempo y le puso las manos en los hombros.

—No llores. Estoy seguro de que todo se arreglará.

Ella se volvió entre sus brazos. Sus ojos brillaban de risa y no de llanto.

—Retachen tenía una pinta tan estúpida allí, con las lucecitas parpadeando e

Igor...

Dallas no pudo acabar la frase. Las carcajadas brotaron de ella como el agua de un manantial. Gabe sonrió.

—Ni yo puedo decir que haya visto alguna vez un espectáculo parecido.

—Bueno, supongo... —dijo ella antes de reír sin poderlo evitar—. Quiero decir que hubiera sido más apropiado ponerle el collar en la cola.

—No creo que Igor necesite más indicaciones. Encontró su objetivo sin ayuda.

—Apuesto a que se siente un perro feliz esta noche.

—El pobre Igor —dijo Gabe, abarcando sus nalgas con las manos—. Debe de tener problemas para encontrar amantes de su tamaño. Y no volverá a tener esa satisfacción con Retachen.

—No, si yo puedo evitarlo.

Dallas se apoyó contra su pecho, se le nublaban los ojos conforme Gabe le masajeaba el trasero.

—Mujer sin corazón.

Bajo los vaqueros había una erección. Dallas podía llevarle al borde de la desesperación a una velocidad que le daba miedo.

— ¡Oh! Yo no diría eso.

Dallas se puso de puntillas y le rozó la boca con los labios. Gabe habló con la voz ronca de deseo.

—Demuéstramelo.

Dallas se apartó de él y se encaró con la perra.

—Retachen, túmbate y quédate ahí.

Retachen se dejó caer en el suelo y puso la cabezota sobre las patas. Dallas se giró hacia Gabe y le llamó con un dedo. En aquel momento él la habría seguido hasta el mismo infierno. En la habitación. Dallas cerró la puerta y se apoyó de espaldas en ella para quitarse las botas. Entonces, mientras él la miraba en un estado de excitación creciente. Dallas se deshizo de la camisa y de los pantalones hasta quedar frente a Gabe con una braguitas estilo tanga y un pequeño sujetador.

Dallas le indicó que se sentara en la cama.

—Ahora tus botas.

Montada a horcajadas sobre su pierna. Dallas le ofreció un panorama tentador de su trasero mientras le quitaba las botas con habilidad. Gabe le pasó un dedo a lo largo de la espina dorsal.

—Parece como si te hubieras pasado la vida quitando botas.

Gabe se consideraba liberado cuando se trataba de sus viejos amores. Pero estaba lejos de sentirse liberado al pensar en Dallas quitándole las botas a otro hombre. Dallas acabó y se sentó en su regazo.

Gabe intentó acariciarla, pero ella le sujetó las muñecas.

—Pues sí. ¿Algún problema, vaquero?

—Sí —dijo él antes de poder evitarlo.

—Peor para ti.

Dallas le soltó para ponerle las manos sobre el pecho. Gabe dejó que le tumbara sobre el colchón, donde comenzó a desabrocharle la camisa

—Ya sabes, he tenido cientos de amantes —dijo ella, moviéndose contra sus ingles provocativamente.

—Embustera.

— ¿Y tú cómo lo sabes?

Mientras Gabe le acariciaba el trasero, ella se apartó lo justo para desabrocharle el cinturón.

— ¿Crees que Bogart y yo sólo jugamos al billar?

Gabe jadeó cuando ella le bajó la cremallera y le acarició su masculinidad henchida.

—Me ha contado cosas de ti. Estuviste prometida una vez, pero no salió bien.

Tú ni siquiera... ¡Maldición! Ah, qué bien.

La mano de Dallas estaba en el interior de sus calzoncillos.

— ¿Yo ni siquiera qué?

—Sales mucho —dijo él, cerrando los ojos.

—Puede que le haya mentado a Debe.

Dallas dejó de acariciarlo y tomó su rostro entre las manos. Se inclinó hacia él y le mordisqueó el labio inferior.

—Y, de todos modos, ¿por qué quieres saberlo?

Gabe la cogió por la cintura y, con un movimiento rápido, hizo que diera la vuelta hasta quedar debajo de él.

—Vete a saber —dijo, jadeando tanto por la excitación como por el esfuerzo—. Por supuesto, no esperaba encontrar una virgen de veintinueve años con los tiempos que corren. Y, desde luego, no una tan bonita como tú. Pero que me cuelguen si me gusta pensar que ha habido otros hombres, aunque sólo fuera uno, que han estado dentro de ti.

Los ojos grises relampaguearon.

—Eso es ser un poco posesivo, Escalante.

—Lo sé. ¿Era bueno en la cama? Me refiero al tipo con el que estabas prometida.

Dallas se humedeció los labios con la punta de la lengua.

—Era genial.

— ¡Maldita seas!

Gabe la besó con furia, introduciendo sin delicadeza la lengua en su boca. Después abrió el cierre delantero de su sujetador y le mordisqueó los pezones. Quizá hubiera habido otros amantes, pero era él quien estaba allí ahora, y estaba decidido a que no le olvidara fácilmente.

Dallas se agitó bajo su peso, intentando arquear su cuerpo hasta que él le quitó las braguitas. Gabe odiaba el momento de apañarse para enfundarse el preservativo. Finalmente, penetró en su centro húmedo y cálido. Ahí estaba él, decidido a que no le olvidara nunca. Nunca. Ahondó un poco más y sintió el placer que le envolvía como una ola ardiente.

—Ahora eres mía —murmuró.

Se retiró y volvió a empujar, buscando el centro de su respuesta. Notó que Dallas se estremecía.

—Sólo mía.

Gabe no se movió mucho. No lo necesitaba. Ella era un puro estremecimiento, lista para entrar en erupción y sepultarle. Empujó hacia delante con insistencia, buscando, buscando. El estremecimiento de Dallas se convirtió en un temblor intenso. Con voz ronca, Gabe repitió aquellas palabras mientras le mordisqueaba la garganta. «Mía, mía».

Entonces, con un empuje último, llegó al centro de su pasión y el grito de confirmación vibró en sus oídos. Y, mientras los espasmos de Dallas

precipitaban su propio alivio, Gabe aceptó la verdad que su cuerpo había sabido desde la primera vez que la había tocado. Dallas era suya, él era de Dallas.

Dallas deseaba ser suya. No podía negarlo por mucho que la retórica feminista dijera lo contrario. Cuando él le exigió sumisión, no le quedó otro remedio que plegarse a sus deseos, aun con miedo. Al final, fue una promesa fácil de hacer. ¿Cómo iba a darle la bienvenida a su cama a otro hombre y compartir la misma comunión que compartía con Gabe? Aquella rendición no le otorgaba poder sobre su vida, pero ella le brindó su lealtad y su fidelidad.

Quizá había sabido desde el principio que Gabe era capaz de arrancarle esa promesa. Como si quisiera confirmarlo, Gabe levantó la cabeza para mirarla al fondo de los ojos. Sin hablar, ella le mantuvo la mirada. Gabe contuvo el aliento y tragó saliva.

—Una vez le dije a una mujer que la quería. Lo que sentía era una emoción suave, dulce, pálida comparada con esto —dijo, acariciándole la mejilla—. No sé qué es esto.

—Yo tampoco.

—He pensado que quizá sólo se trate de lujuria, pura y simple —dijo él con una sonrisa amarga que partió el corazón de Dallas—. Yo he sentido lujuria con el poster central de algunas revistas, pero nunca he tenido la imperiosa necesidad... —Gabe hizo una pausa sabiendo que aquello iba a sonar verdaderamente machista—. Es como si quisiera ponerte mi marca, de modo que a ningún hombre pudiera pasársele por la cabeza la idea de que puede conseguirte. Tendría que matarme primero — acabó en un susurro.

Emocionada por la intensidad de sus emociones. Dallas le cogió la cara entre las manos.

—Tienes razón. No es muy correcto ni muy civilizado.

—Pero es como lo siento, sinceramente.

Cuando Dallas lo miró a los ojos, sintió que todos los fingimientos estaban de sobra.

—Yo siento lo mismo por ti. Cualquier mujer que te desee habrá de pasar por encima de mi cadáver. Y te he mentado acerca del hombre con el que estaba prometida. No te llega a la suela de los zapatos. Ningún otro hombre puede

hacerte sombra.

—Eso está bien porque tus días de experimentación se han terminado.

— ¿Te das cuenta de lo que dices?

—Sí —dijo él con una mirada chispeante que la llenó de alegría—. Eso no significa que hayamos acabado con todas las dificultades que existen entre nosotros. Sólo quiere decir que acabaremos con ellas.

—Pareces muy seguro de ti mismo.

—En realidad es muy sencillo. No puedo soportar la idea de que otro hombre te haga el amor. Eres una mujer vibrante y sana, con años de sexualidad por delante. Así que si evito que alguien más te satisfaga, el trabajo recae sobre mí.

—Un sacrificio muy noble.

— ¿Ah, no lo es? —dijo él, besándola—. Te necesito.

— ¡Oh, Gabe!

Dallas saboreó el mensaje, dulce y ardiente, que contenía aquel beso. Por primera vez, pensó que podían conseguirlo. Estuvieron abrazado largo rato en silencio. Al cabo, Gabe apoyó la cabeza en una mano y se quedó mirándola.

— ¿Te apetece un poco de helado? No sé cómo estará después de haberlo vuelto a congelar, pero me muero de hambre.

—Yo no. Come tú.

—Gracias, creo que voy a hacerlo —dijo, levantándose—. ¿Estás segura? Te lo traigo a la cama si quieres.

—No, en serio —dijo ella contemplando cómo se vestía—. El helado de café es una especie de consuelo alimenticio que utilizo cuando las cosas no van bien.

—Ya que me pediste que te lo trajera esta mañana, deduzco que preveías que ibas a necesitarlo.

—No estaba segura de qué iba a pasar con nosotros.

—Yo todavía no estoy seguro —dijo él, inclinándose para besarla—. Pero me da igual. Venga, levántate y hazme compañía mientras me tomo el heléalo.

Dallas sacó una bata del armario. Cuando llegó a la cocina, Gabe estaba sirviéndose en el pote con la inscripción sobre las peluqueras. Retachen lo seguía de cerca con expresión ansiosa.

— ¿No has encontrado otro pote?

—Estaba deseando usar este pote desde que lo vi anoche.

— ¿Anoche? ¿Sólo fue anoche?

—Sí, aunque te parezca increíble.

A Dallas le costaba trabajo creer que el hombre que la noche anterior se había mostrado tan remoto podía ser el mismo que estaba descalzo en su cocina con la camisa abierta y el pelo revuelto de haber hecho el amor.

—Parece que ha pasado un mes.

—Puedes jurarlo —dijo él, guiñándole un ojo.

Gabe acabó de servirse y buscó una cuchara en un cajón.

—Normalmente, le pongo un poco a Retachen en su escudilla.

—De acuerdo.

Gabe cogió la escudilla de la perra y le puso una cantidad generosa. Retachen no perdió el tiempo con formalidades y comenzó a lamerlo de inmediato. Gabe dejó la cuchara de servir en el fregadero y guardó lo que quedaba de helado. Dallas fue a enjuagarla para meterla en el lavavajillas.

— ¿Por qué no la dejas?

—Por qué no me gusta dejar cosas por ahí.

—Yo tengo tendencia a hacerlo.

Dallas lo miró directamente a los ojos.

—Yo tengo tendencia a recogerlas.

— ¡Han! —Dijo él con expresión pensativa, como si aquello fuera un experimento en el que estaba trabajando—. Quizá debiéramos vivir en casas separadas.

— ¿No crees que eso ya es pasarse? Podrías hacer el esfuerzo de no dejar trastos por ahí.

—O tú podrías hacer el esfuerzo de dejarlos donde estén —dijo él con la sombra de una sonrisa en los labios—. ¡Ah, Dallas! ¿Te imaginas las discusiones que vamos a tener?

Dallas se quedó con la boca abierta.

—Lo dices como si te gustara discutir.

—No es tan horrible como lo pintan.

— ¿Ah, no?

—No. Hace que la convivencia siga siendo excitante.

Gabe se apoyó en la encimera y empezó a comer. Dallas contempló apreciativamente el pecho velludo que enseñaba cada vez que movía el brazo.

—No puede ser de otra manera, tienes que discutir un poco antes de acabar de decidirte.

Dallas tuvo que sentarse.

—Yo creía que la idea era encontrar a alguien con quien estuvieras de acuerdo la mayoría de las veces.

—Yo también pensaba así. Hasta que te conocí. Ahora sé que no estaremos de acuerdo en muchas cosas, de modo que las discusiones formarán parte de nuestra vida. Oye, no está tan mal el helado.

Dallas pensó que él tampoco estaba tan mal. Los vaqueros desgastados delineaban su entrepierna, una zona que ella ya sabía de memoria. Apoyó el mentón sobre una mano.

—No tendríamos que discutir todo el tiempo. Podrías ceder en algunas cosas, ya sabes.

—Eso no forma parte de mi naturaleza.

—Lo digo en serio.

—Tampoco es parte de la tuya. No te calientes la cabeza, Dallas.

—Si hace dos días alguien llega a decirme que me encontraría teniendo esta conversación, jamás le hubiera creído.

—Hace dos días no habíamos hecho el amor.

—Buena observación.

Le encantaba mirarlo. Incluso los movimientos de los músculos de su brazo cuando se llevaba la cuchara a la boca provocaban en Dallas oleadas de deseo.

—Aunque decir que ha pasado muy poco tiempo sería engañarse. Hemos estado sintiendo esta atracción desde el primer momento. Todo empezó con un champú —bromeó él.

—Disculpa, pero te traté exactamente igual que a cualquier otro cliente.

— ¿De verdad? —Dijo él, sentándose frente a Dallas—. ¿Fueron figuraciones mías? Creí que más que masajear, me acariciabas un poco más de lo necesario.

Dallas se ruborizó.

—Bueno, yo....

—Y la manera en que te inclinaste sobre mí. Juro que casi podía leer tus pensamientos y que estabas pensando en algo más que en lavarme el pelo.

—Tonterías.

— ¿No me digas?

Gabe cogió la cuchara. Chorreaba helado. Le cogió la muñeca y mantuvo la cuchara encima hasta que una gota cayó sobre ella.

—Yo admito que estaba pensando en cómo sería sentir tus manos en otras partes de mi cuerpo.

Gabe se llevó su brazo a la boca y lamió el helado. El deseo se movió como una corriente eléctrica en el interior de Dallas hasta concentrarse en el punto que últimamente se había convertido en un volcán de sensaciones.

—Déjate de cuentos, Dallas.

Dallas tuvo que hacer un esfuerzo para mantener la calma.

—Eres un arrogante, Gabe. Crees que todas las mujeres babeán por tu cuerpo.

—Las demás no me importan —dijo él, poniéndole más helado en el brazo—. Pero quiero saber si tú hubieras babeado aquella primera noche.

—Quizá.

El frío del helado seguido por el calor de su boca, le estaba haciendo perder el sentido.

— ¿Sólo quizá?

Aquella vez puso el helado en la palma de su mano.

—Muy bien. Sí.

— ¿Y ahora?

Gabe trazó círculos húmedos con la lengua sobre la palma y siguió los pequeños regueros de helado fundido que se le escapaban entre los dedos. Ella estaba resentida por la facilidad con que podía excitarla y apartó la mirada.

—Gabe, acabamos de...

Gabe dejó la cuchara y le puso la mano bajo la barbilla para obligarla a mirarlo.

— ¡Ah, Dallas! No te escondas de mí. Esto era lo que quería ver. El deseo en tus hermosos ojos grises. Ven aquí, cariño.

Sin soltarle la mano, Gabe se levantó y fue a su lado. Dallas dejó que la

pusiera de pie y le abriera la bata. Después hizo que se apoyara en la mesa mientras cogía el pote con el helado. Lentamente, lo vertió sobre sus senos y lo lamió hasta que ella jadeó de deseo. Entonces se arrodilló y el helado que quedaba encontró un camino descendente hasta su centro abrasador. Dallas gimió sin inhibiciones mientras él lamía aquella sensación helada con una lengua caliente.

Cuando Dallas pensaba que no podría seguir soportándolo, Gabe se puso en pie y bajó la cremallera de sus pantalones. En su mano, como por arte de magia, apareció un preservativo, aunque a ella ya no le importaba que no los usara. El borde de la mesa se le clavó en el trasero cuando él empujó hacia delante, pero también aquello le tenía sin cuidado. Gabe le daba un placer tan intenso, que se olvidaba de todo lo demás.

Gabe le cogió la cara entre las manos mientras los dos se movían al mismo ritmo.

—Te quiero —dijo con voz ahogada—. Te quiero, Dallas.

Lágrimas de felicidad anegaban sus ojos al responderle.

—Yo también te quiero, Gabe.

—Para siempre.

Gabe la besó mientras se estremecía entre sus brazos y, entonces, con un gruñido de satisfacción, se dejó llevar.

Gabe no se sintió feliz cuando vio los arañazos de su trasero mientras ella se secaba al salir de la ducha por la mañana. Hizo que se tumbara a su lado en la cama, donde él se había sentado para ponerse las botas.

—No podemos dejar que esto vuelva a suceder —dijo mientras inspeccionaba los arañazos—. Tendremos que almohadillar todo nuestro mobiliario.

—Pues a mí me gustan. Son como la marca de la que hablabas antes —dijo ella, riendo cuando Gabe le hizo cosquillas con los labios—. Cada vez que me siente hoy, me acordaré de ti.

—Preferiría que tuvieras otra clase de recordatorio. ¿No querías ir a cabalgar? ¿Vas a poder en tu estado?

—Creo haberte dicho que no soy una flor de invernadero.

—Sí, me lo dijiste cuando descubrí que tenías una pistola. Lo que me recuerda que tengo que llamar a Diego y Jaspee y averiguar en qué anda Barney últimamente.

Dallas se abrochó el cierre delantero del sujetador.

— ¿Continúan siguiéndolo?

—No todo el día, pero saben por dónde anda. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque pienso que es una estupidez, por eso. No ha hecho nada malo.

—Te falla la memoria —dijo él mientras se ponía los pantalones—. ¿Qué me dices de las veces que te ha seguido? ¿Ya no te acuerdas de lo que pasó el viernes por la noche? Si no hubiera estado yo por aquí, te habrías visto en dificultades.

Aquel tono enervó a Dallas. Se quedó quieta a medio ponerse los vaqueros.

—Creo que exageras la situación.

Después de todo lo que habían compartido, Dallas no esperaba que él reaccionara con aquella expresión inescrutable de antes. Se había equivocado.

—Gabe, por el amor de Dios. ¿Qué pasa? ¿Por qué te pones así?

Gabe se metió las manos en los bolsillos y miró por la ventana.

— ¡Maldita sea! Tiene que haber algo sobre Neil que no me has contado. Porque hay algo más, ¿verdad?

Gabe parecía debatirse entre confiar en ella o no. Sin embargo, era obvio que se trataba de unos pensamientos dolorosos. Dallas sintió que una sospecha horrible nacía en su mente. Dejó a un lado los vaqueros, se acercó a él y le puso la mano sobre el brazo.

—Gabe, ¿está Neil relacionado con aquel hombre que mató a tus padres?

Gabe negó con la cabeza y la miró. Luego volvió a apartar la vista. Sus palabras, cuando al fin habló, rebosaban furia.

—Neil Barney violó a mi hermana.

Once

Dallas tenía frío de repente. Se pasaron las manos por los brazos en un intento inútil por entrar en calor. Miró a Gabe, que le daba la espalda y tenía la cabeza gacha.

—Tu hermana es Celia Martínez, ¿verdad? —preguntó ella en apenas un hilo de voz.

Gabe asintió.

— ¡Oh, Gabe! ¿Por qué no me lo has dicho?

—Porque pensé que empezarías a cuestionar mi empeño por atrapar a ese miserable.

—Me lo he estado cuestionando de todas maneras.

En realidad. Dallas dudaba de que Gabe pudiera ser objetivo. Le dolía el corazón por él, por ella misma, por las emociones tiernas que habían creado juntos y que ahora parecían estar en peligro.

—Tú no estuviste en el juicio —dijo, obligándose a hablar.

Gabe apretó los dientes con fuerza.

—No me hacía falta. Celia me dijo que había sido él. Con eso me sobra.

—Pero las pruebas...

Gabe se dio la vuelta de repente. Había una expresión peligrosa en su rostro.

— ¡Al diablo con las pruebas! Celia sabe perfectamente que fue él. Y tú también tendrías que admitirlo, si no estuvieras tan preocupada por detalles sin importancia. Todo tiene que estar ordenado y claro para ti, ¿no es cierto?

Ahora, fue Dallas la que tuvo que apretar los dientes para que no rechinaran.

—Así funciona el sistema.

—Eso es lo que trato de decirte. Tu precioso sistema no funcionó.

— ¡Claro que sí! Neil tuvo un juicio justo. Estoy de acuerdo en que no es un tipo agradable y eso porque no me ha gustado el modo en que se ha obsesionado conmigo. Pero doce personas inteligentes estudiamos todas las pruebas que se presentaron durante el juicio. Neil no cometió esa violación.

— ¡Un cuerno!

Otra vez, un abismo se interponía entre ellos. Dallas pensó que era un abismo casi tangible. Jamás podrían ponerse de acuerdo en aquel asunto. Y ya

no se trataba de una discusión filosófica como había creído hasta ese momento. Gabe tenía los ojos entornados, su postura había vuelto a adoptar aquel aire de arrogancia con que ella lo había conocido. Estaba de nuevo ante el guerrero. El estómago se le revolvió cuando se dio cuenta de lo que tendría que hacer a continuación.

—Estás seguro que es un violador y que su próxima víctima soy yo, ¿verdad?

—Me apostaría el cuello.

—Pero parece que, desde que tú estás cerca, él se ha retirado.

—Exacto. También habría podido proteger a Celia si hubiera estado aquí. Eso es algo con lo que habré de cargar toda mi vida.

Dallas sintió que hervía de furia. ¿Acaso la devoción que le profesaba era sólo un medio de aquietar el sentimiento de culpa por lo que le había ocurrido a su hermana? No podía creer eso, de lo contrario se volvería completamente loca.

—Podemos comprobar tu teoría. Sólo tienes que marcharte.

Gabe alzó la cabeza como si le hubiera abofeteado.

—No puedo irme y dejarle el camino libre para que te haga daño.

—Entonces nunca sabremos cuál de los dos tiene razón, ¿no crees?

— ¿Quieres que me vaya? —preguntó él con una mirada gélida.

Dallas supo que iba a pronunciar la palabra más difícil de toda su vida.

—Sí.

Vio cómo toda emoción desaparecía del rostro de Gabe.

—Muy bien.

—Te equivocas con Neil. Nunca me haría daño.

Gabe le respondió en un tono casual que hizo sus palabras aún más siniestras.

—Esperemos que no. Porque entonces tendré que matarle.

Dallas pasó el día cabalgando por las colinas. Segar estaba empapada en sudor. Había intentado mantenerse lo más lejos posible del remolque, pero sabía que no tenía más remedio que volver a ver las sábanas arrugadas, el pote

pegajoso del helado y la maldita cuchara que seguían sobre la mesa. Nunca volvería a servirle de consuelo el helado de café.

Tiró el resto del helado a la basura y, si Ámbar no le hubiera regalado el pote, le habría hecho compañía. Pero a Ámbar le encantaba y lo utilizaba cada vez que iba a verla. Fregó el pote y la cuchara con un agua que quemaba sus manos. Apenas era consciente de que estaba llorando. Sólo podía pensar en que, por lo menos, debería haber fregado los cacharros antes de irse.

Se dio cuenta de que tenía que explicarle a Ámbar el cambio de situación antes del trabajo y la llamó por teléfono. Quedaron para comer juntas al día siguiente.

— ¿Cómo? ¿Estás segura de que podrás separarte de ese hombre para comer con una poquita cosa como yo? —preguntó Ámbar.

—No tienes por qué agradecermelo —dijo Dallas, intentando bromear.

— ¿Quieres que vayamos de compras?

—Puede que sí.

—Apuesto a que necesitas ropa interior nueva. Yo siempre cambio la ropa interior cuando empiezo una relación. Va a ser divertido veros funcionar en pareja.

Dallas apretó el teléfono entre sus manos y pensó en qué podía hacer para que Ámbar dejara de decir tonterías

— ¡Dios mío! Creo que me he dejado la puerta abierta. Retachen puede escaparse.

— ¡Ah, no! No pienses que me voy a tragar ese cuento.

—Muy bien. Nos veremos mañana.

Dallas colgó y se quedó contemplando el teléfono a través de las lágrimas. Gabe había puesto su vida patas arriba. Ni siquiera Retachen era la misma.

Pero tenía que hacer algo con Igor. Marcó el número de su vecino.

— ¿Señor Stan hope? Soy Dallas Nade, vivo cerca de usted, en el camino. Le llamo para sugerirle que esterilice a su perro o se cuide de que no moleste. La próxima vez que vuelva a verlo en mi propiedad lo llevaré a la perrera.

— ¿Qué ha pasado? No me diga que ha mancillado a su perrita —dijo Stan hope riendo.

—Señor Stan hope, se lo advierto. Es irresponsable dejar que un perro que no está esterilizado ande suelto por ahí.

Stan hope rio con más fuerza aún.

—Demonios, su perra es la única a la que él puede acceder. Todas las demás perras del vecindario tendrían que subirse a un taburete.

—Señor Stan hope...

—Tranquilícese, Dallas. Le ayudaré a buscar un hogar para los cachorros, si ése es su problema.

—No, mi problema no es ése. Y, por favor, no quiero volver a verlo por aquí.

Dallas colgó de un golpe y salió hecha una furia para ponerles heno a los caballos. Cuando las sombras empezaron a alargarse se encontró mirando hacia el camino. Si aparecía un Corvetee negro... Tonterías, se dijo. Neil pasaría la noche en el Randy Ranché. Y era su noche libre por lo que no tendría que verlo a él ni a Gabe.

Decidió ver la televisión, algo que rara vez hacía. Cerró las puertas y las ventanas, aunque se dijo que no era necesario. Gabe estaba tan decidido a encontrar y castigar al que había atacado a su hermana que no se daba cuenta de que Neil era inocente.

Llamó a la perra y cerró la puerta principal. El sonido de la televisión le hizo compañía. Cenó delante de ella, cambiando de canal cuando no le gustaba el programa. Descubrió que en una cadena de música country estaban emitiendo el vídeo de El sueño de un vaquero. Se apresuró a quitarlo hasta dar con un programa de humor.

—La televisión es buena —se dijo a sí misma—. Tengo que verla más a menudo.

En una de sus sesiones de capingo dio con un drama judicial. La jueza estaba en su despacho, discutiendo un tema legal con el abogado fiscal.

—Lo siento pero no es admisible —dijo la juez.

Pareció que el fiscal estaba a punto de estallar.

—Pero eso prueba que el acusado asesinó a su esposa.

—Aun así, tú y yo sabemos que es inadmisibile. Si presentas esa prueba, tendré que declarar nulo el juicio, algo que tú tampoco deseas. Gana el caso sin esa prueba. Eres un buen abogado.

Pero el fiscal perdió el caso. Dallas se quedó pensando. Un criminal acababa de ser puesto en libertad porque el jurado nunca supo nada de esa

condenada prueba. Cambió de canal, pero siguió pensando en la película que acababa de ver.

Se dijo a sí misma que sólo era una ficción televisiva. Era muy dramático disponer de una prueba impresentable y que el criminal fuera absuelto. Eso no podía suceder más de una vez en un millón. El jurado y ella misma habían oído todo lo que debían saber sobre el caso de Celia Martínez. Claro que sí.

Aquella noche no pudo donar bien. Se levantó tres veces a comprobar las cerraduras de puertas y ventanas.

Dallas se reunió con Ámbar en un restaurante italiano que había cerca de un centro comercial. Las dos llevaban pantalones y jersey. Cuando comían juntas evitaban las ropas vaqueras.

Dallas esperó para hablar hasta que el camarero les sirvió una comida a base de ensaladas. Entonces le contó a Ámbar lo que había pasado, incluyendo el incidente con Retachen.

— ¿Has echado a Gabe? —Preguntó Ámbar, dejando caer el tenedor—. Estás loca, chica.

—Ámbar, está paranoico. Aunque puedo entenderlo. Si tu hermana te jura que un tipo la ha violado, necesitas creerla, necesitas tener una víctima a quien dirigir tu odio.

—Dallas, mírame.

Dallas levantó los ojos.

—Ahora, no vayas a enfadarte conmigo. ¿Se te ha ocurrido pensar que quizá, sólo quizá, Neil puede ser culpable?

Dallas la miró mientras pensaba en la película que había visto por televisión.

—Pero las pruebas...

—Ya sé que te desagrada pensar que habéis podido absolver a un violador.

Dallas sacudió la cabeza.

—No es cierto. No absolvimos a un culpable. Otras once personas opinan igual. —Hay veces en que los criminales se ríen ante las narices de la justicia, lo sabes de sobra.

Dallas jugueteó con su ensalada mientras trataba de poner orden en sus

pensamientos.

—Escuchamos atentamente todos los testimonios. La hermana de Gabe estuvo muy tranquila durante el juicio —dijo, mirando a Ámbar—. ¿No te parece que alguien que ha pasado por una cosa así debería haber estado un poco más alterada?

— ¿Cuánto tiempo hace que la violaron?

—Cuatro meses.

— ¿Ha hecho algún tipo de terapia?

—Sí, pero...

—Para eso sirve la terapia. Te ayuda a enfrentarte al trauma y a no ponerte histérica cada vez que piensas en lo sucedido. Te lo dice una experta.

Dallas abrió mucho los ojos.

— ¿Tú?

—Fui violada a los dieciocho años —dijo Ámbar como si estuviera hablando del tiempo.

— ¡Dios mío!

—Un chico, al que había conocido en una fiesta, me llevó al desierto —dijo Ámbar con un tono un poco más duro—. Yo estaba bebida, pero no me cabe duda de que me violó, el muy bastardo.

Le temblaban las manos cuando alzó la copa de agua. Sin embargo, la furia permaneció en sus ojos mientras miraba a Dallas.

—Tampoco yo pude probarlo, pero mis padres me llevaron a un buen psiquiatra. Por eso puedo hablar del asunto sin ponerme a romper los platos.

Dallas le cogió la mano.

—Ojalá lo hubiera sabido antes. Pienso en todas las veces que lo hemos discutido. Has tenido que revivir tu experiencia por mi culpa.

—No es culpa tuya, pero sí. Me lo ha hecho recordar.

—Lo siento mucho —dijo Dallas, dándole un apretón cariñoso.

—Lo que ocurre es que es muy difícil de probar, chica. Te gusta que tu mundo esté bien ordenado, pero cuando se trata de este delito aparece el caos. Esa tal Celia y el violador fueron los únicos testigos. Pero deja que te diga una cosa, si ella dice que fue Neil Barney, yo lo creo.

Dallas se echó a temblar.

— ¿Aunque el individuo llevara una máscara de esquí y disimulara su voz? Ámbar dejó escapar una carcajada corta y carente de humor.

—Siempre recuerdas el olor de ese hombre.

Dallas sintió que se le ponían los pelos de punta.

— ¿Cómo?

—Tú crees que nunca te acuerdas de cómo huele un hombre, ¿no? Pero el recuerdo está ahí de todas maneras. Te apuesto a que si Gabe se te acercara por detrás, sabrías quién era sin necesidad de verlo. Me has contado que Celia salió con Neil, lo más probable es que incluso se besaran. Ella tenía que recordar su olor. O, al menos, una parte de su mente tenía que recordarlo aunque ella no se diera cuenta. Claro que no hay manera de demostrar una cosa así ante un jurado.

—Pero el abogado defensor dijo que Celia sólo trataba de perjudicar a Neil porque había dejado de salir con ella. Celia no tiene mucho dinero, alguien como Neil habría sido una buena conquista.

—De modo que va y le acusa de haberla violado, ¿no? Qué forma tan ingeniosa de declararse.

—No, claro. Pero... —no pudo seguir hablando. Dallas dejó el tenedor y se cubrió el rostro con las manos—. Estoy muy confusa. Maldita sea.

—Oye, tú no has hecho nada malo —dijo Ámbar suavemente—. Tenías que basarte en las pruebas.

Dallas se apartó el pelo de la cara con manos temblorosas.

—Si he contribuido a que un violador ande suelto, sí que he hecho algo malo. Me gustaría poder estar más segura.

—Esa es la parte difícil, Dallas. Pero, mientras te aclaras, cuídate, ¿eh? Que Frank o Turner te acompañen a tu camioneta esta noche. Si no quieres saber nada de Gabe, es asunto tuyo, pero protégete por si tuviera razón.

—Tomaré precauciones, descuida. Pero es esta incertidumbre lo que más me molesta.

—Quizá tengas que vivir con ella mucho tiempo.

Pero Dallas sabía que jamás podría vivir con aquella incertidumbre. Todavía tenía los números de teléfono de sus compañeros de jurado. Tras ir de

compras con Ámbar, les llamó a todos cuando llegó a su casa. Tuvo que dejar algunos mensajes en varios contestadores, pero consiguió hablar con tres personas. Todos le confirmaron lo que creían, Neil era inocente.

—Ya ves, es inocente —le dijo a Retachen mientras la dejaba encerrada en el patio para ir a trabajar—. Pero, por si me equivoco, destroza a cualquiera que ronde por aquí, ¿eh. Amiga mía?

Retachen movió la cola y ladró.

—Vaya una asesina que estás tú hecha.

Dallas subió a la camioneta sonriendo. Entonces se bajó de un salto precipitado, el corazón en la garganta. Sobre el asiento del conductor había una rosa roja.

Doce

Dallas tardó menos de veinte segundos en desandar el camino y encerrarse en su casa sin separarse en ningún momento de Retachen. Poco después volvió a salir sin la perra, pero con su Smith & Wilson en la mano. Comprobó el terreno alrededor de la camioneta. Los arbustos de creosota crecían medio metro o más por todo el desierto. Cualquiera de ellos podía esconder a un hombre adulto. En su imaginación, Neil acechada detrás de cada matorral.

Un movimiento.

Sí, allí. Dallas apuntó y el disparo rompió el silencio nocturno. Una gran liebre del desierto se alejó dando saltos, asustada pero indemne. Temblando, Dallas bajó el arma. Tenía que tranquilizarse si no quería ir por ahí matando animales inocentes. Tratando de dominar el pánico que sentía, volvió a su casa, pero dejó abierta la puerta de la verja por si necesitaba salir precipitadamente.

Primero comprobó la parte trasera de la camioneta, pero allí no había nada excepto unas cuantas pajas de heno que se habían caído el sábado anterior. Al final, abrió la puerta del pasajero y se volvió rápidamente. Una ardilla de tierra se apresuró a esconderse en su madriguera. Segar y Ápice se agitaron inquietas en el corral, pero el desierto estaba tranquilo.

Subió a la camioneta, se sentó al lado de la rosa y cerró ambas puertas con el seguro. Intentó recordar si había dejado la camioneta cerrada cuando había llegado de compras con Ámbar. Lo más probable era que no. No tenía costumbre de hacerlo en el campo, era evidente que tendría que empezar a acostumbrarse.

Descubrió una nota bajo el tallo de la flor. Podía leerla sin necesidad de tocarla. Conteniendo el aliento, leyó el mensaje.

Siento que mi perro haya cubierto a su perra. Tiene razón. Es hora de que Igor se jubile. Suyo, George Stan hope.

La risa de Dallas tenía un matiz de histeria. No quería vivir asustada de todo lo que le recordara a Neil Barney. ¿Tenía que sufrir una ataque de pánico cada vez que viera un Corvetee negro o una rosa roja?

—No, por Dios.

Bajó de la camioneta y fue a la casa con la rosa y la nota en una mano y la pistola en la otra. Buscó el número de teléfono del fiscal, Fred Aston, y le llamó.

—El señor Aston está en el juzgado —le informó su secretaria—. Pero con

gusto le puedo transmitir su mensaje, señorita Nade.

—Necesito hablar con él lo antes posible. ¿Cree que podría ir a verme al Randy Ranché esta misma noche? Le estaría muy agradecida.

—Pues no sé, señorita Nade...

—Por favor. Es muy importante.

—Bueno, lo que sí puedo asegurarle es que me aseguraré de que recibe su mensaje.

—Muchas gracias. Ah, sí tiene unos pantalones vaqueros y unas botas, es la ocasión de lucirlos. De otra manera llamará mucho la atención.

—Se lo diré, descuide —dijo la secretaria evidentemente conteniendo la risa—.

¿Va a tener que bailar?

—Espero que no.

La secretaria no pudo contener la risa por más tiempo.

—Yo también. Es un hombre brillante, pero es un poco torpe. ¿Quiere que le diga por qué quiere verlo?

—Es algo referente al juicio por asalto sexual de Neil Barney. Quiero conocer todos los detalles del caso.

Dallas entró en el Randy Ranché andando a grandes zancadas y mascullando para sí. Maldecía el incidente que le había hecho llegar tarde. Pero pronto olvidó su retraso. Gabe estaba en las mesas de billar que había junto a la peluquería. Llevaba el sombrero calado hasta las cejas y no podía verle los ojos, pero tampoco necesitaba verlos para saber que su atención apuntaba como un láser a la puerta de entrada.

Le pareció que la postura de sus hombros se relajaba al verla. Dallas supo que había estado preocupado por su tardanza.

Entonces, Gabe se dio la vuelta con su manera indolente de moverse, como si le importara un pito lo que le sucediera a ella. Dallas sintió que se ruborizaba hasta la punta de los pies. Le había echado de su vida y un hombre como Gabe no llamaba dos veces a la puerta.

Con las mejillas ardiendo, pasó de largo junto a él mientras recordaba la entrada que habían hecho el sábado por la noche. Evaluó de reojo la reacción

de los demás propietarios de la zona comercial. David estaba ocupado fotografiando un grupo hilarante de cuatro mujeres que se habían vestido como bailarinas de salón. Pero Irving Scanner, que llevaba la tienda de artículos de cuero que había junto al estudio fotográfico, sí parecía interesado en ver lo que pasaba. Dallas se imaginó que la conversación animada que mantenían Ted y Louis McNulty en la joyería también tendría que ver con ella. Después de todo, Gabe y ella habían dado un buen espectáculo. Que aquella noche hubieran llegado por separado y que ni siquiera se dirigieran la palabra, les daría a los propietarios de las tiendas y a todo el personal del Randy Ranché tema de chismorreos para toda una semana.

Abrió la tienda pero no tuvo tiempo de descansar. Había un cliente esperando. Sentía en su piel la mirada de Gabe y se preguntó cómo iba a poder concentrarse estando él tan cerca. La verdad era que ni siquiera había pensado en que el vínculo entre ellos se hubiera roto, sabía que una conexión tan fuerte no era fácil de romper. Con un suspiro, encendió las luces y se puso la chaqueta de flecos. Esperaba que Aston se tomara su recado en serio y dispusiera de tiempo libre aquella noche.

Cuando llevaba trabajando más de una hora, Dallas se dio cuenta de que todavía no había visto a Neil. Entonces buscó a Beth con la mirada. Debía de ser su noche libre. Eso podía explicar la ausencia de Neil.

También demostraba lo ridículas que eran las acusaciones de Gabe. Neil se había sentido atraído por ella durante el juicio y había sido demasiado insistente después. Debía de ser el modo en que los hombres ricos se comportaban, pero no había más que hablar. Estaba segura de que Aston le iba a decir que todas las pruebas habían sido examinadas en el juicio. Gabe tendría que enfrentarse al hecho de que Neil no suponía una amenaza, si es que alguna vez lo había sido. El problema era que Gabe no iba a admitirlo jamás y aquel escollo siempre se interpondría entre ellos, separándoles.

Aston llegó a las ocho menos cuarto mientras Dallas acababa con un cliente. Dallas intentó no reírse al verlo. Llevaba los vaqueros demasiado subidos y calzaba unas botas de punta color borgoña. Se había puesto un lazo sobre la camiseta de rugby y su sombrero era demasiado nuevo. Nadie le hubiera tomado por un vaquero.

Fred sonrió al verla y ella decidió que no corría riesgos al devolverle la

sonrisa.

—Siéntese, por favor. Acabo en seguida.

Cuando el cliente se marchó, Dallas se sentó a su lado.

— ¿Qué tal pinta tengo? —preguntó el fiscal.

—Está muy distinto a como se le suele ver en los juzgados.

—Yo creo que necesito darle unos retoques a todo esto. Compré los pantalones hace cuatro años y no me los había puesto nunca. Ya me parecía a mí que había elegido una talla equivocada. Tendré que mandarlos arreglar antes de volver otra vez por aquí.

— ¿Apenas acaba de llegar y ya ha decidido volver?

Fred contempló la pista, donde se había organizado un baile en línea a ritmo de bogue.

—Por supuesto. Hace meses que quería venir.

La incredulidad de Dallas era tan evidente, que Aston se puso a la defensiva.

—Oye, me he visto todos los western que se han rodado. Puedo manejarme en un sitio así. ¿Crees que el sombrero es demasiado grande? — preguntó, quitándoselo. —No es tanto el tamaño como la forma.

Dallas le cogió el sombrero, abrió el agua caliente de la lava cabezas y lo puso bajo el grifo para volver a darle forma. Acabó con el aspecto de cúpula que tenía mediante una depresión en el medio y una ligera inclinación de las alas.

—Ya está. Pruébeselo.

Fred se levantó y se miró al espejo.

—No está mal. Has dado las cartas de abajo, forastero —dijo, llevándose la mano a unas pistolas imaginarias en el cinto—. ¿Ah sí? No me digas.

Desenfundó sus revólveres y los disparó en rápida sucesión. Luego sopló en los cañones, hizo girar las pistolas en sus manos y las guardó en el cinto antes de volverse a Dallas.

Dallas se desternillaba de risa. Durante el juicio, Fred le había dado la impresión de ser un hombre dinámico e inteligente. Ahora también se daba cuenta de que había un lado humorístico en su personalidad —Eso sí que es justicia al viejo estilo.

—Hay días en que añoro esos tiempos.

—Ya me doy cuenta, Aston.

—Llámame Fred. En el Oeste todo el mundo se tutea —dijo, volviendo a sentarse y echándose el sombrero hacia atrás—. Y ahora dime. ¿Qué quieres saber sobre el juicio de Barney?

—Todo lo que puedas contarme.

Fred se quitó el sombrero y jugueteó con él, admirando su nueva forma. Dallas sintió un nudo de nerviosismo en la garganta.

—Todavía no me he recuperado, me molestó perderlo. Pero la demandante echó a perder las pruebas, lo que no nos ayudó a obtener un veredicto de culpabilidad. Vosotros, el jurado, hicisteis vuestro trabajo, yo esperaba esa sentencia. La pena es que nosotros no pudimos hacer el nuestro.

—De modo que tú piensas que es culpable —dijo ella, haciendo un esfuerzo para hablar.

—No es que lo crea, es que lo sé.

Un movimiento en el bar atrajo la atención de Dallas. Neil Barney estaba allí, vestido de negro de la cabeza a los pies.

Gabe no le prestó mucha atención al hombre con los vaqueros remangados que había entrado en la peluquería hasta que Dallas se sentó a hablar con él. Por la postura de sus hombros, supo que no era una charla ociosa. Dejó su cerveza sobre el mostrador y se acercó hacia allá.

Entonces, el hombre se quitó el sombrero y Gabe se quedó de una pieza. Fred Aston. Celia le había dicho quién era al acabar el juicio. ¿Qué demonios hacía Dallas hablando con él? ¿No se habría equivocado con ella por completo? ¿Habría sido capaz de influenciar la sentencia a través del fiscal?

Apartó de su mente aquellos pensamientos inútiles. El amor era ciego, pero no tanto. No podría sentir lo que sentía por ella si Dallas hubiera tenido un corazón corrupto. Tenía que aferrarse a eso o dudar del sentido de toda su vida.

No, estaba seguro de que tenía alguna razón legítima para hablar con Aston y la única que se le ocurría encendió una pequeña llama de esperanza en su alma. Quizá había empezado a dudar de la inocencia de Barney y estaba recabando información. Era algo que él había considerado, pero lo había dejado porque no servía de nada. Él ya sabía que Barney era culpable. Pero tenía ganas de darse patadas en su propio trasero por no habersele ocurrido

que podía haberle sugerido a Dallas que investigara en esa dirección. Claro que otra cosa era que ella hubiera querido hacerle caso.

Dejó escapar un suspiro. Se preguntó si Dallas estaría dispuesta a volver con él después de que averiguara la verdad. Sólo podía rezar para que fuera así.

Dallas apartó los ojos de Neil. Se le había acelerado el pulso. No miraba hacia la peluquería y Dallas esperó que no viera a Fred. Claro que Fred tampoco parecía ser el fiscal que había conocido en la corte con aquella pinta.

—No eres el primero en decirme que Neil es culpable. Pero las pruebas no se sostenían. ¿Hay algo más que los jurados no supiéramos?

—Sí, hay algo de lo que no os enterasteis.

Dallas contuvo la respiración.

—Un inspector entusiasta colocó un transmisor ilegal y grabó una conversación entre Barney y uno de sus compadres en la que se jactaba de «haberle dado su merecido a esa zorra de Martínez». Los detalles encajan con el relato de los hechos que hizo Celia.

— ¡Dios mío!

Dallas supo que era verdad, había dejado libre a un violador. Se sintió enferma.

—Oye, no te culpes. No podíamos presentar esa grabación como prueba y, sin ella, teníamos las manos atadas. Pero créeme, si vuelve a intentarlo va a dar con su culo de niño rico en la cárcel.

Las palabras de consuelo de Fred no tenían significado para ella. Celia había dicho la verdad y ella no la había visto. Al contrario, su actuación había sido decisiva para que el jurado declarara a Neil inocente. Era responsable. No se había hecho justicia y la culpa era suya.

Por un momento pensó en contarle a Fred sus experiencias recientes con Neil, pero algo le hizo contenerse. ¿Qué era lo que había dicho Gabe? Ah, sí. Es preferible saber dónde se esconde una serpiente de cascabel que no saber dónde atacará de nuevo.

Volvió a mirar hacia la pista. Neil había desaparecido. Entonces, un hombre de negro dejó escapar una risa estentórea mientras jugaba una partida de pinball. Era Neil.

Neil golpeó la máquina, soltó otra carcajada y fue al bar. Entonces, como guiado por un mal instinto, volvió la cabeza y la miró desde el otro extremo del local. Dallas se levantó como si estuviera haciendo algo y se puso delante de Fred.

—Bueno, lo que me has contado es muy interesante, pero no cambia el hecho de que Barney haya salido libre.

—Me temo que así es —dijo Fred, levantándose—. Se me ocurrió la posibilidad de llamaros a todos lo que formasteis parte del jurado para contaros lo que sabíamos. Sin embargo, me di cuenta de que erais gente de principios que hubiera sufrido al saberlo. Por favor, no te mortifiques. Estas cosas pasan cada dos por tres.

—No pienso mortificarme —mintió ella.

—Eso espero.

Fred se caló el sombrero. Dallas se dio cuenta satisfecha de que era prácticamente irreconocible con el ala cubriéndole ligeramente la frente.

—Gracias por haber venido a verme, Fred.

Dallas le ofreció la mano con la esperanza de que, si se iba de inmediato, Neil no tendría oportunidad de verlo.

—Ha sido un placer. ¿Sabes? Ya que he salido esta noche me apetece tomar un par de cervezas e intentar unos bailes en línea.

Dallas sintió verdadero pánico. Fred era un hombre bajo, ella tenía que inclinarse un poco para mirarlo a los ojos.

—Fred, ¿puedo hablar sinceramente?

—Por supuesto.

—Con tu profesión, estoy segura de que habrás aprendido la importancia de las primeras impresiones.

— ¡Han! —murmuró él, mirando hacia la pista.

—Aquí viene casi la misma gente todas las noches. Se acordarán de tu sombrero y de los pantalones mucho después de que te hayas puesto unos vaqueros ajustados y un sombrero más discreto.

—Me parece que tienes razón. Gracias, señorita —dijo él, tocándose el ala del sombrero.

—De nada, vaquero.

A Fred le brillaron los ojos.

—Que se preparen para el retorno de Fred Aston. Será algo digno de ver.

—Estoy convencida.

Aliviada, Dallas vio cómo se iba del Randy Ranché. Hasta donde ella sabía, Neil no había reparado en aquel hombre bajo con los pantalones demasiado largos. Pero había alguien que sí. Gabe se apoyaba en su taco de billar y no le quitó los ojos de encima hasta que salió del local. Dallas se dio la vuelta antes de que Gabe pudiera darse cuenta de que lo estaba mirando. Tenía que pensar mucho las cosas antes de mover un solo dedo.

Años de experiencia le permitieron cumplir con su trabajo automáticamente mientras pensaba en su problema. Cuando se acercaba la hora de cerrar, cogió un sobre sellado y fue a ver a Debe.

—Cuando tengas la oportunidad, hazme el favor de darle esto a Gabe.

Debe ser acarició la barba.

—Vamos, Dallas. Esto no es el instituto.

—Ya lo sé. Y también sé que parece una tontería, pero tengo mis motivos. Créeme, no es lo que te imaginas.

—De acuerdo. Lo haré porque eres tú. Y sobre todo porque no me explico por qué os habéis separado, hacíais buena pareja.

Dallas no sabía si su plan tendría consecuencias sobre la relación entre Gabe y ella. Pero, aunque no le gustara, necesitaba su ayuda y no quería que Neil se enterara de que había hablado con Gabe.

Cuando cerró, se marchó sin siquiera mirarlo. Con su spray en la mano, fue al aparcamiento. Hizo el trayecto a su casa vigilando constantemente el espejo retrovisor. No creía que la hubieran seguido.

Cuando llegó a su casa, tuvo el spray a mano hasta que cerró la puerta. Todo parecía estar en orden, pero revisó las cerraduras y los armarios y comprobó que tenía la pistola lista para ser utilizada. Después se sentó a esperar en el sofá con Retachen a sus pies.

Para mantener el pánico a raya, se concentró en su plan, repasando los detalles y buscando posibles fallos. Estaba segura de que los habría, pero era un buen plan en su conjunto. El tiempo pasó lentamente. Dallas se retorció las manos y se dedicó a mirar la madera de las paredes, imaginando caras en los nudos.

Alguien metió una llave en la cerradura de la puerta trasera.

Con las manos crispadas, Dallas se volvió hacia el sonido a tiempo de ver a Gabe entrar en el salón. Respiraba con dificultad pero tuvo que reconocer que, al menos, estaba dispuesto a cooperar.

Gabe la miró con cara de preocupación.

—Si me dejas esta llave, ¿cómo vas a entrar tú?

—Hay otra en el cobertizo, debajo de una manta.

—No me parece un buen sitio.

Dallas le mostró la llave.

—No pienso seguir dejándola ahí. ¿Has venido por el camino de grava?

Gabe asintió.

— ¿Dónde has dejado tu camioneta?

—En el camino. He venido andando el resto del trayecto.

—Debe de haber sido un sacrificio para ti. Sé que a los vaqueros os repugna caminar.

—Me las he arreglado bien.

Dallas sabía que tendría que haber esperado ese tipo de respuestas taciturnas. Sin embargo, le dolieron como cuchillos en el corazón.

—Siéntate.

—Prefiero quedarme de pie.

—Como tú quieras —repuso ella, adoptando la misma actitud—. Seré breve. Tengo razones para creer que Neil Barney violó a tu hermana, tal como decías.

Dallas vio que sus ojos relampagueaban brevemente, pero nada más alteró la expresión de aquel rostro esculpido en piedra. Se le ocurrió que debía ser un jugador de póquer estupendo.

—Quiero ayudar a meterlo en la cárcel, que es donde debería estar. Me siento responsable de haberle dejado libre.

Gabe metió los pulgares en las trabillas de su pantalón y aguardó en silencio.

—Recuerdo claramente todos los detalles del juicio. Creo que se siente más cómodo atacando en un aparcamiento por la noche, que entrando en la casa de la víctima. No digo que no sea capaz de hacerlo si le falla todo lo demás, pero creo que si le atraigo hacia al aparcamiento, intentará violarme allí.

El estoicismo de Gabe se evaporó en una mueca.

— ¿Qué estás diciendo?

—Que voy a engatusarle para que me siga al aparcamiento —dijo ella con dificultad—. Haré pasar la voz por todo el Randy Ranché de que tengo que quedarme hasta tarde para acabar un inventario. Podía ser verdad. Tengo esa tarea bastante atrasada gracias a todo lo que ha pasado.

Gabe apretó los puños contra sus muslos.

—Ya puedes olvidarlo.

Dallas lo miró a los ojos y vio que ardían de furia.

—Exactamente por eso, Gabe, porque no puedo olvidarlo. No puedo olvidar el juicio, ni el testimonio de Celia, ni la parte que jugó Neil para traumatizarla. Voy a enmendar mi equivocación atrapándolo con las manos en la masa.

—No.

—Tenía la esperanza de que me ayudarás. Tú y tus dos amigos.

Gabe dio un paso hacia ella.

—Si por un segundo has creído que voy a permitir que te pongas en peligro de que...

— ¿Permitirme? —Dijo ella, que al oír esa palabra había saltado del sofá para encararse con Gabe—. ¿Cómo te atreves a insinuar que puedes controlar mi vida? No tienes el más mínimo derecho.

— ¡Y un cuerno! —Dijo él, cogiéndola y estrechándola contra su pecho—. No dejaré que hagas de cebo para ese bastardo.

El olor de Jate la envolvió por completo. Sabría reconocerlo con los ojos cerrados. Anhelaba acariciar su pelo, besar su boca, pero se separó de él. Por mucho que lo deseara, jamás obedecería sus órdenes.

Él volvió a abrazarla.

—Por favor, Dallas. Escúchame.

—Voy a hacerlo —dijo ella, debatiéndose—. Contigo o sin ti.

—Estás loca —dijo él, sujetándola con dificultad—. Estate quieta.

—Jamás —dijo ella jadeando pero mirándolo directamente a los ojos—. Jamás me quedaré quieta. Lucharé hasta el día en que me muera por ser yo misma y tomar mis propias decisiones. ¿Lo entiendes. Escalante? Ahora suéltame antes que te dé una patada en un sitio bastante delicado.

Gabe la soltó lentamente y dejó caer los brazos.

—Nunca he conocido a nadie como tú —dijo con los dientes apretados.

—Pues ya iba siendo hora.

Se quedaron mirando a los ojos. Cuando se hizo evidente que aquello podía prolongarse durante horas, Gabe apartó la mirada y se pasó la mano por la nuca.

—Y dices que quieres atraerlo al aparcamiento, ¿no?

Dallas tuvo la sensación de que la marea cambiaba a su favor.

—Exacto.

— ¿Y entonces, qué?

—Que tú estarás escondido tras los contenedores. Le haré hablar y tú serás el testigo que necesitamos para acabar con él.

Gabe sacudió la cabeza.

— ¿Qué tiene de malo mi idea?

—Todo. Barney puede asaltarte antes de que yo pueda llegar. Puede arrastrarte al interior del edificio.

—Ya he pensado en eso. Ahí es donde intervienen tus amigos. Neil no los conoce. Tú no aparecerás esa noche, pero tus socios estarán allí. A la hora de cerrar, uno de tus amigos puede esconderse en los vestuarios o algo así, para ayudarme si lo necesito. Sin embargo, creo que lo intentará fuera, donde la huida es más fácil.

—Verdaderamente crees que es posible, ¿no? No tienes ninguna experiencia con delincuentes. Ni siquiera...

— ¿Y cuál es la alternativa? ¿Te divierte ir detrás de él esperando a que dé un paso en falso? ¿Quieres que tenga tu vida en vilo?

— ¡No estoy dispuesto a arriesgar tu seguridad!

—Pero yo sí —dijo ella con calma—. Puedes elegir dos cosas, o estás conmigo o quedas fuera.

—Y si me negara, ¿a quién ibas a recurrir?

—Conozco mucha gente. Estoy segura de que podré encontrar a alguien.

— ¡Aficionados!

Dallas podía sentir que estaba ganando la partida.

— ¿Y bien? ¿Qué me contestas?

Gabe suspiró, un sonido que parecía brotar de lo más hondo de su pecho.

— ¡Maldición, Dallas!

—Ayúdame con esto, Gabe.

—Prefiero irme al infierno —dijo él con expresión torturada.

—Si no quieres ayudarme, ahí es donde deberías estar.

Gabe soltó una maldición y le dio la espalda. Después de mucho tiempo, volvió a mirarla. Su cara era una máscara de frustración.

—Harán falta dos tipos para hacerlo. Uno dentro, contigo. El otro cerca de la puerta por la que vayas a salir, por si intenta forzarte en su coche o algo así.

—Muy bien. Tres, contándote a ti. Y cuatro conmigo. Vamos a conseguirlo, Gabe. Vamos a mandarle a la cárcel.

Gabe guardó silencio un momento mientras la miraba resentido.

— ¿Hasta dónde se supone que he de dejarle llegar? —preguntó con calma.

Trece

Mientras esperaba su respuesta se vio asaltado por un torbellino de imágenes en las que Barney le arrancaba la ropa a Dallas, la tocaba con sus sucias manos y la besaba con una sonrisa insolente. Cerró los ojos como si así pudiera evitar pensar en eso.

— ¿Hasta dónde, Dallas?

—Aún no había pensado en eso.

—Pues te recomiendo que lo consideres desde ese ángulo.

Gabe supo que había dado en la diana. Dallas apartó la mirada, pero enseguida volvió a mirarlo con los ojos grises fríos como el hielo.

—Lo bastante lejos como para que pueda pensar que va a conseguirlo y empiece a decir cosas que le puedan incriminar. Me doy cuenta de que será... desagradable, pero sobreviviré. Cuando crea que ha ido lo bastante lejos, gritaré una palabra en código.

Gabe sintió que el dolor agudo que nacía en su corazón se extendía por sus brazos y manos. El dolor envolvió su estómago y bajó por las piernas, como si todo su cuerpo se revelara ante lo que Dallas decía.

— ¿Y se supone que debo ver cómo te manosea y te insulta? Dallas, ¿sabes lo que me pides?

—Que me ayudes a atrapar al hombre que violó a tu hermana.

Gabe sintió que algo se desataba en su pecho y el estallido de furia le enceguecía. ¡Cómo amaba a aquella mujer! Una mujer cabezota, valiente y temeraria. Se acercó a ella con movimientos lentos y le acarició la mejilla.

—De acuerdo.

Dallas lo miró maravillada. Alzó la mano para acariciarle la sien. Entonces se dio cuenta de que sus ojos estaban húmedos.

—Me has pedido que arriesgue voluntariamente lo que es más preciado para mí —dijo él con un temblor en la voz—. Jamás dudes de la profundidad de este sacrificio.

Gabe la estrechó entre sus brazos buscando el calor de su cuerpo. La necesitaba para calmar su dolor, para reafirmar su valor. La llevó en brazos al dormitorio. Al mirarla a los ojos, vio reflejada en ellos la misma agonía que le consumía por dentro.

Cerró la puerta para que Retachen no molestara y la depositó sobre la

cama. La desvistió lentamente, con cuidado, como si fuera un holograma que pudiera desvanecerse si hacía un gesto demasiado brusco. Con sus propias ropas, no necesitó tanto tiempo y se desnudó sin dejar de mirarla.

Cuando al fin Gabe se acostó a su lado, Dallas volvió la cabeza para mirarlo, una flor siguiendo al sol.

—Te quiero —murmuró él—. Pero hasta ahora no he sabido cuánto. Creo que soy capaz de cualquier cosa por ti. Sí, de cualquier cosa.

Dallas no le contestó y él se alegró. Una confesión como la que acababa de hacer no precisaba respuesta. Se había humillado por completo delante de ella. Esperaba por Dios que Dallas no se aprovechara de su vulnerabilidad. La gran confianza que había depositado en ella, aunque no había sido una decisión consciente, le asombraba.

—Pero ahora, necesito esto.

Gabe le puso la mano en la mejilla y ella abrió los labios en una invitación muda.

— ¡Dios santo! —gimió él, aceptándola.

Gabe lo atesoraba todo, su aliento dulce, la textura de sus labios, el sutil movimiento de su lengua. Con unas caricias ligeras como alas de mariposa, dibujó los contornos de sus senos, la curva de su vientre, la redondez de sus nalgas. Qué suaves eran sus muslos, qué frágiles sus tobillos.

La excitación brotaba de aquellas manos que la acariciaban en oleadas continuas, como campos de trigo plegándose al viento. Dallas empezó a temblar y, cuando por fin llegó al centro de su feminidad, la encontró húmeda de deseo.

Gabe se puso un preservativo y se colocó sobre ella, capturando su mirada mientras la penetraba lenta, gentilmente, como si iniciara a una virgen. Gabe conocía la pasión de que ella era capaz, sabía que podía igualar sus más enfebrecidos deseos. Pero aquella noche no había ferocidad en sus caricias ni desesperación en sus besos. Siguió penetrándola hasta encontrarse a salvo en su interior. Se detuvieron para arrullarse abrazados, convertidos en un mismo aliento, un mismo latido.

Su ritmo sutil era casi imperceptible, pero Dallas le respondió desde lo más hondo de su cuerpo. Un deseo burbujeante crecía en ella mientras trataba de mantenerlo en su interior para siempre. Gabe la amó como una lluvia que penetra en una tierra oscura y profunda, y ella empezó a florecer con su promesa. No hubo un clímax agudo de alivio, sólo una palpitación profunda que

ganó velocidad hasta que sus cuerpos entrelazados fueron arrastrados por oleadas interminables de pasión. Cuando Gabe no pudo resistir más, su esencia fluyó en torrentes, uniéndolos en una declaración de amor silenciosa, en un pacto forjado entre almas.

Decidieron que Gabe no debía aparecer más por el Randy Ranché y que nadie debía estar al tanto del plan excepto Jaspee y Diego. Aquel día, Dallas le anunció a Ámbar que iba a quedarse la noche siguiente para acabar con el inventario.

— ¿Quieres que te ayude? —preguntó Ámbar sin mucho entusiasmo.

—No, gracias. Vinco y tú habréis hecho planes. Puedo arreglármelas sola.

—Alto ahí. Ya ni sé lo que digo. No creo que sea el momento más adecuado para que te quedes sola después de cerrar. Digas lo que digas, yo me quedo.

—No seas tonta. Hace tiempo que Neil no me ha molestado. ¿No ves lo bien que se lo pasa con Beth?

Con sólo mirarlo se le ponía la carne de gallina, pero se obligó a adoptar un tono despreocupado.

—No me importa —insistió Ámbar—. Sin Gabe por aquí, no me fío.

—No estaré sola. Irving Scanner me ha dicho que también tiene que hacer el inventario.

A Dallas le repugnaba mentir, pero Ámbar era capaz de internarla en un manicomio si le contaba la verdad.

— ¿Me prometes que te irás cuando él se vaya?

Dallas levantó la mano derecha.

—Lo prometo.

—Bien. Entonces, de acuerdo.

Dallas pensó que todo marchaba a pedir de boca. Se dio cuenta de que Neil estaba en la barra pidiendo otra cerveza.

—Estoy seca —dijo Dallas—. ¿Te importaría quedarte sola mientras tomo un agua mineral?

—Claro que no.

Dallas se sentó a cierta distancia de Neil, pero no demasiado lejos. Él ni

siquiera la miró. Empezó a temer que hubiera perdido interés en ella, pero se avergonzó del alivio que sintió ante aquella idea. Si Neil no la atacaba a ella, acabaría atacando a cualquier otra mujer indefensa. Llamó la atención de Tom, el camarero.

— ¿Cómo van las cosas, Dallas? —preguntó Tom mientras le servía el agua en un vaso con hielo.

—Fatal, estoy atrasadísima —dijo ella en un tono de voz agudo que debió oír hasta el portero—. Fíjate que no tengo más remedio que quedarme mañana después de cerrar para hacer el inventario.

—Holgazana —bromeó Tom—. Pero dime una cosa, ¿qué te pasa con ese hombre, el tipo que siempre lleva camisas de franela? Primero le echas de la peluquería, luego actúas como si fueseis novios y ahora ha desaparecido.

Dallas bendijo al camarero en silencio. No lo habría hecho mejor aunque le hubiera dado el texto por escrito.

—Tendría que haberme fiado de mi intuición con ese tipo, Tom. Pero digamos que no ha funcionado y ya es historia.

Tom sacudió la cabeza.

—Lo único que digo es que salir con alguien cada vez está más difícil en estos dichosos noventa.

—Ya puedes jurarlo.

Dallas se despidió y volvió a la peluquería con el vaso en la mano. A no ser que Neil fuera muy duro de oído, Dallas acababa de cebar el anzuelo.

Gabe la estaba esperando cuando llegó a su casa esa noche. Hicieron el amor sin prisas, con fervor. No hablaron de sus planes hasta que Gabe tuvo que irse por la mañana temprano.

—Olvídate de la palabra en código —dijo Gabe, abrazándola en la puerta—. Ya intervendré cuando vea que las cosas van demasiado lejos.

—No te precipites.

Gabe no respondió, pero su beso fue como un castigo y se marchó sin decir palabra. Dallas pasó todo el día ocupada en sus tareas. Cuando se estaba vistiendo para ir a trabajar, se dio cuenta de que le temblaban las manos. Se preguntó si se habría vuelto loca. Entonces pensó en la declaración que Celia

había hecho en el juicio. En aquel momento le había parecido demasiado tranquila y ensayada como para ser verdad. Pero había sido real. Celia había sufrido una violación. Otras mujeres engrosarían la lista de víctimas si no detenían a Neil.

Lloviznaba cuando fue al Randy Ranché. Por lo general, en días de mal tiempo aparcaba cerca de la puerta, pero aquella vez dejó la camioneta cerca de los contenedores. No le costó mucho trabajo imaginarse el aparcamiento por la noche, con zonas de sombra entre los coches y sitios a oscuras donde no llegaba la luz de las farolas. Se apresuró a entrar en el edificio con la esperanza de que Neil no apareciera aquella noche. Se dijo que era una cobarde sin remedio.

Pero sí apareció. De nuevo vestido de negro de pies a cabeza. Dallas sintió escalofríos cuando pensó por qué. Diego se había prestado voluntario para ser el hombre en el interior. Dallas nunca lo había visto, pero no tuvo dificultades para reconocerlo en cuanto entró, gracias a la descripción que le había hecho Gabe de él. Un hombre macizo, con una barba corta y un pelo ensortijado por debajo del sombrero viejo. Echando de menos a Gabe, Dallas no le perdió de vista, Diego era su puerto en un mar tormentoso. Se dio cuenta de que únicamente bebía agua mineral.

— ¿Te encuentras bien? —le preguntó Ámbar alrededor de las diez.

Dallas había dejado caer las tijeras varias veces en pocos minutos.

—He bebido demasiado café hoy. La verdad es que voy a tener que ponerme seria con la cafeína.

—Si estás nerviosa por tener que quedarte esta noche, llamaré a Vinco. Entre todos acabaremos con ese maldito inventario en un momento.

—Venga, si no es nada.

Dallas trataba de no ver a Neil, pero siempre aparecía en su campo visual, aunque nunca la saludaba. Se movía como una pantera por el local, haciendo que ella fuera consciente constantemente de la amenaza de su presencia. Era cierto, estaba nerviosa y, si Ámbar se había dado cuenta, era posible que Neil también lo hubiera percibido. Tenía que tener más cuidado.

—El inventario no es para tanto.

—Me siento culpable por mucho que Irving también se quede.

—Te repito que no hay ningún problema. Yo... ¡Dios mío!

— ¿Qué pasa?

Dallas observaba boquiabierta al hombre que avanzaba hacia ellas con un

paso de pistolero, un hombre que podía echarlo todo a rodar. Si las circunstancias hubieran sido diferentes, habría sido, tal como había prometido, algo digno de ver. Una camisa bordada resaltaba la anchura de sus hombros, unos vaqueros lavados a la piedra se ceñían en torno a unas piernas musculosas y un trasero firme. Llevaba un sombrero al que un profesional había dado forma y adornaba su cintura con un cinturón de cuero remachado. Fred Aston había logrado transformarse en un vaquero.

Ámbar siguió la dirección de su mirada.

—No está mal, pero es demasiado bajo para ti. Y decidirse por alguien de rebote nunca es una buena idea.

—No es eso. Tendrías que haberle visto hace un par de días. Estoy asombrada de la transformación.

«Y petrificada de que Neil lo reconozca y sospeche algo».

— ¿Cómo era?

—Así no, desde luego.

A Dallas no se le ocurría de qué forma podía evitar hablar con Fred. Seguía sin parecer el fiscal del condado y quizá ella estaba exagerando.

—Hace dos días no sabías si tenía hombros o trasero. Y fíjate.

—Pues ahora sí se le ve bien. Ya te digo, unos cuantos centímetros más e iría a preguntarle cómo se llama.

—Creo que vas a saberlo de todas maneras —dijo Dallas, viendo que Fred entraba—. ¡Vaya! Me has dejado impresionada.

—Aprendo rápido —dijo Fred, mirando descaradamente a Ámbar.

—Fred, esta es mi asociada. Ámbar Dalton.

Fred extendió una mano y le lanzó la misma mirada que utilizaba para hipnotizar a los miembros femeninos de los jurados. Observó divertida cómo Ámbar se ruborizaba.

—Fred Aston fue el fiscal del juicio.

Dallas se fijó en que aquel apretón de manos era excesivamente largo.

—Pero ahora soy un cowboy urbano, gracias a Dallas. Es mi asesora de vestuario.

—Ha hecho un buen trabajo.

—Sí, pero me hacen falta unos retoques —dijo Fred, quitándose el sombrero—.

¿Quieres cortarme el pelo, Ámbar?

—Claro.

Ámbar miró a Dallas, que le hizo un gesto con el pulgar hacia arriba. Ámbar nunca había estado loca por Vinco, no se le ocurría mejor pareja que Fred y ella. Los dos eran personas inteligentes, con principios y sentido del humor. ¿Qué importaba que Fred fuera más bajo que ella? No se iban a dar cuenta cuando estuvieran acostados.

Sin embargo, le preocupaba que Neil lo reconociera. Al mirar, lo descubrió en un rincón lejano, aprisionando a una Beth sonriente contra la pared a pesar de que llevaba una bandeja de bebidas. No parecía interesado por lo que ocurría en el Catinga Pen. El Randy Ranché era un sitio muy grande. Había allí más de doscientas personas.

Después de recibir un masaje y un corte de pelo muy completo a manos de Ámbar, Fred se fue a tomar una cerveza. A Dallas no le preocupó mucho, pero de pronto recordó a Diego. Miró y vio que Fred lo había reconocido como un oficial de fianzas. Diego se excusó para apartarse de Fred, pero era demasiado tarde.

Dallas pudo advertir el momento en que Neil reconoció al fiscal por su repentina seriedad. Volvió la cabeza e intentó concentrarse en el corte que estaba haciendo. Se preocupaba por nada. Allí iba gente de toda la ciudad y sus alrededores. Pero tenía las manos húmedas y ya no estaba tan segura de que su plan fuera a salir bien.

—Me ha gustado tu amigo —dijo Ámbar cuando se marchó el cliente.

— ¿Sí? —Dijo Dallas, aferrándose a aquella distracción como si fuera un salvavidas—. Personalmente, creo que es un poco bajo para ti.

Ámbar le tiró una toalla que tuvo que esquivar.

— ¿Le has dado tu número de teléfono?

—No. No hubiera sido justo para Vinco.

— ¡Oh, vaya! —exclamó Dallas, dejando entrever su decepción.

—Pero me ha dado el suyo.

— ¡Esta es mi chica!

Ámbar se echó a reír.

—Sólo por si acaso, de modo que no te emociones. Le he dicho que estaba saliendo con otro.

—Comprendo. ¿Tan específica ha sido la conversación?

—Habrá que ser sincera. Vinco me ha propuesto que nos casemos unas veinte veces y siempre he encontrado una excusa para aplazarlo. Eso querrá decir algo, ¿no?

—Yo diría que sí.

—Es curioso cómo alguna gente se lleva bien desde el primer momento.

—Claro, claro.

Ámbar se quedó un momento quieta mirando a Dallas.

—Por ejemplo, no puedo olvidar la entrada que hicisteis Gabe y tú hace poco, besándoos junto a las mesas de billar. No me importa lo que digas, Gabe es el hombre apropiado para ti. Puede que esté demasiado furioso con lo de su hermana. ¿Qué hermano digno de llamarse así no lo estaría? Pero, ¿se puede saber qué te pasa, Dallas? Tienes una cara muy rara. ¿De verdad que te encuentras bien?

Dallas se llevó una mano a la boca del estómago. No tenía ganas de hablar de la violación de Celia en aquel preciso momento.

—Me parece que es algo que he comido.

—Pues vete a casa y olvídate del inventario.

—No —repuso Dallas con una voz que le pareció débil a ella misma—. Me sentiré mejor si termino con los asuntos pendientes.

— ¿No te ha dicho nadie que eres una cabezota?

—Sí —dijo Dallas mirando el reloj.

Había perdido la cuenta de cuántas veces había mirado la hora.

Gabe se arrepintió de no fumar. Necesitaba algo con lo que entretenerse mientras Jaspee y él hacía tiempo en la camioneta a una manzana del Randy Ranché. Jaspee no era un hombre hablador. Gabe se pasó las horas haciendo chasquear la correa de su reloj.

—Maldita sea, me estás poniendo nervioso —dijo Jaspee—. Y nunca me he puesto nervioso.

Gabe dejó la correa.

—Lo siento.

El carácter apacible de Jaspee era una de sus principales características. Ex profesional de la lucha libre, siempre llevaba traje. La gente retrocedía instintivamente al verlo, hasta que Jaspee enseñaba su sonrisa mellada y les saludaba con simpatía.

A Jaspee le gustaba todo el mundo a menos que no cumplieran la ley. Entonces creía que su misión era llevarlos ante los tribunales de justicia. Lo hacía sin rencor, pero su eficiencia era legendaria entre los caza-recompensas del oeste. No estaba dentro del Randy Ranché por si le reconocían, y aunque no fuera así, la presencia de Jaspee nunca pasaba desapercibida mucho tiempo.

—Tenemos que tomar posiciones dentro de quince minutos —dijo Gabe—. Recuerda, sí sale con ella, no te molestes en usar la radio. Ve por él, siempre que puedas hacerlo sin que Dallas resulte herida.

—De acuerdo. Y si sale solo, le sigo y me escondo cerca de la caseta del transformador. Vamos a atrapar a ese canalla —dijo Jaspee, dándose un puñetazo en la palma de la mano.

—Tú lo has dicho.

Gabe pensó que ya no aguantaba ni un minuto más allí. Se bajó de la camioneta y miró a su compañero.

—Creo que ya es el momento. ¿Listo?

Jaspee se limitó a asentir.

—Pues adelante.

Catorce

Vinco pasó a recoger a Ante cuando el Randy Ranché empezaba a vaciarse. Por suerte, Irving aún no se había ido, lo que apoyó la historia de Dallas de que también iba a quedarse haciendo el inventario.

Mientras que Ámbar acababa de limpiar, Vinco torturó los oídos de Dallas con una historia larga y complicada sobre su último triunfo en softball, una variedad suave de béisbol. Cuando Ámbar salía, miró hacia atrás y puso los ojos en blanco. Dallas sonrió, imaginándose que no tendría que escuchar muchas más historias de Vinco.

Los dueños de la zona comercial cerraron sus tiendas uno a uno.

— ¿Inventario, eh? —comentó Shirley, la propietaria de la tienda de camisetas al pasar.

—Mucho me temo que sí —dijo Dallas, que se había armado con una carpeta para que pareciera más creíble.

—Yo acabé el mío la semana pasada, gracias a Dios.

—Suerte que tienes.

Dallas vio que uno de los porteros la acompañaba al aparcamiento. A Shirley no le gustaban los spas defensivos. Decía que siempre estallaban en el coche los días calurosos de verano, de modo que optaba porque la escoltaran.

«Algo debe andar terriblemente mal cuando una mujer no puede andar sola por la noche sin tener miedo», pensó Dallas. Aquella noche iba a colaborar en la lucha contra el miedo que se había convertido en la norma.

Sólo quedaban unas pocas personas en la pista. Diego no estaba en el bar, pero Dallas lo esperaba. Según el plan, debía estar en un servicio del vestuario masculino para que nadie detectara su presencia. También hacía un rato que no veía a Neil, aunque Beth no había terminado. Se preguntó si Neil ya estaría acechando entre las sombras del aparcamiento. El miedo le oprimía el corazón. Tragó saliva e intentó respirar profundamente para tranquilizarse.

El pinchadiscos puso la última canción de la noche y los clientes rezagados se marcharon. Las luces de ambiente se apagaron en favor de las normales que disipaban la magia del local. Dallas contempló las manchas que quedaban en el suelo tras el paso de la multitud. Oyó el ruido de las aspiradoras que sustituía a la música y vio a los camareros, que iban de un lado a otro limpiando y poniendo vajilla y servilletas limpias.

Por último, uno de los gerentes se acercó a hablar con ella.

—Vamos a marcharnos. ¿Sabes por qué puerta has de salir?

—Sí, no te preocupes.

Las puertas principales y las laterales se cerraban con cerrojos. Sólo los administradores tenían las llaves de esas puertas. Dallas tenía que utilizar una pequeña puerta trasera que se cerraría automáticamente cuando saliera.

—Sólo tienes que conectar el sistema de alarma cuando te vayas.

—Claro. Hasta mañana.

Notaba cómo le corría el sudor por la espalda. Deseó que ya fuera el día siguiente mientras veía irse a los últimos camareros. Estaba sola, excepto por Diego. Pensó en ir a buscarlo y decirle que la costa estaba despejada.

Fue a los vestuarios, donde en una puerta había pintada una vaca tetuda y en la otra, un toro con unos atributos igualmente colgantes. A Dallas no le gustaban aquellas pinturas, pero no se había dado cuenta hasta ese momento. Se dirigió hacia el toro. A los hombres podía hacerles gracia que les compararan con un toro bien dotado, pero a ninguna mujer le gustaba que la compararan con una vaca.

Cuando estaba levantando la mano para empujar la puerta, la pista quedó a oscuras. El corazón le dio un vuelco. Pensó si podía tratarse de un fallo eléctrico. Sin embargo, no se trataba de una avería. Se encendió un neón, bañando la sala de fiestas con una luz siniestra. Dallas intentó ver algún movimiento entre las sombras profundas pero no pudo distinguir nada. Entonces el equipo de sonido empezó a funcionar. Dallas conocía la canción. Se llamaba ¿Cuándo dejaste de amarme?

— ¡Diego! —gritó, abriendo la puerta.

—Olvídate de Diego —dijo una voz por el equipo de sonido.

Ahogando un sollozo, Dallas echó a correr hacia la única puerta que podía abrir, pero una figura vestida de negro, agachada y lista para saltar le bloqueaba el paso.

—Inténtalo —susurró él—. Me gusta más cuando lucháis.

Dallas se apartó mientras trataba de pensar en algo. Tendría que habérselo imaginado. Tendría que haber sido más astuta que él. Calculó su posición. A su izquierda estaban los vestuarios, a su derecha la pista de baile. Justo a sus espaldas, quizá a diez metros, estaba una de las barras. Si hablaba, cabía la posibilidad de que le distrajera lo suficiente como para emprender alguna acción defensiva.

— ¡Lo sabías! —dijo, haciendo un esfuerzo para encontrar su voz.

— ¿Que habías dejado de amarme? —Dijo él, burlándose de la canción—. Hace tiempo que lo sospechaba.

La sombra comenzó a acercarse a la vez que Dallas retrocedía. No parecía tener prisa.

—La idea de que fuera una trampa se me pasó por la cabeza cuando anunciaste a los cuatro vientos que te ibas a quedar trabajando. Pero el bastardo de Aston ha sido la pista definitiva. Estaba tratando de recordar quién era un tipo con barba corta cuando le he visto hablando con Aston. Lo había visto un par de veces, pero pensaba que se trataba de una coincidencia. Pero no era una coincidencia, ¿verdad, Dallas? Tu amiguito le había contratado para seguirme, ¿no es cierto?

Cuando acabó la canción, Dallas notó que había una silla a sus espaldas. Con el mismo movimiento que si tratara de lacear un ternero, se la arrojó. Neil la esquivó y se echó a reír.

—Sabía que esto iba a ser divertido.

Comenzó una canción más explícita. Una que invitaba a retozar en la hierba.

— ¡Diego! —volvió a gritar mientras escapaba hacia la barra.

Eres la clase de chica que me hace perder la cabeza.

Neil la persiguió. Dallas lo miró un momento. El lado izquierdo de la cara parecía bañado en luz violeta, el otro se perdía en las sombras. Los botones plateados de su camisa tenían un brillo extraño bajo aquella luz fantasmal. El ala de su sombrero le ocultaba los ojos, aquellos ojos que ella había creído infantiles.

—Tu amigo de barba no va a responderte.

Dallas observó el movimiento de sus labios carnosos, y se le revolvió el estómago.

—Le has matado.

—No, no soy un asesino. Dallas. Dulce Dallas. Orgullosa Dallas.

— ¿Dónde está?

—Drogado en el baño. Es una suerte que tuviera algunas drogas en el coche, nunca se sabe cuándo pueden ser útiles. Le he dicho a Beth que me estaba persiguiendo y ella ha accedido a ponerle algo en su bebida. Ya ves, Beth

haría cualquier cosa por mí.

Y así, cariño, si quieres ser amable...

Dallas sintió el borde almohadillado de la barra en su espalda.

—Si supiera cómo eres en realidad, ni te miraría a la cara.

Tenemos que unirnos en ese viejo movimiento.

—Ha sido ese fiscal enano el que te ha convencido para que hicieras esto, ¿a que sí? Antes te gustaba, lo sé. Pero él te dijo que yo era culpable y tú le creíste.

—Fuiste tú quien violó a Celia, ¿no?

En ese viejo movimiento...

—Esa es una palabra muy fea. Lo que pasó entre nosotros no fue nada de eso. A Celia le gustaba. Ella misma me lo dijo.

Aquella voz le recordó a Dallas el goteo de una grasa espesa.

— ¿Porque la amenazaste con matarla si no decía lo que tú quisieras?

Rezando para que la oscuridad ocultase sus movimientos, Dallas tanteó con una mano a su espalda y encontró el cuello de una botella.

— ¡Ah, Dallas! Las cosas que hacemos arrastrados por la pasión. Estoy seguro de que le dices cosas muy fuertes a ese semental amigo tuyo, ¿cómo se llama?

Dallas sabía que tenía que golpear la botella contra la barra con fuerza suficiente como para romperla. Entonces, con un poco de suerte, dispondría de un arma.

—Su nombre no te importa.

— ¿Está esperando fuera? He descubierto que tu amigo, el de la barba, llevaba una radio.

Dallas vio una esperanza remota. Si la radio seguía en el baño quizá pudiera utilizarla.

—He tenido que aplastar la radio, aunque dudo que tu héroe pueda entrar. Son puertas blindadas y la puerta trasera se cierra desde dentro a no ser que dispongas de la llave. Yo no creo que él tenga una, ¿verdad?

Vamos, pequeña. Es hora de que perdamos la cabeza.

Dallas apretó los dientes. Gabe no tenía llave. Los gerentes las guardaban

con celo después de un caso de robo.

—Te equivocas. Yo se la he dado.

—No lo creo. Beth me explicó lo que pasaba con las llaves cuando le mencioné que sería divertido venir aquí a hacer el amor en medio de la pista. Le gustaba la fantasía. No pudimos decidir si haríamos el amor con luz de neón o con las esferas de espejos. Yo prefiero el neón, ¿no te parece?

Neil se volvió un momento para mirar al que estaba encendido. Dallas aprovechó para estrellar la botella sobre el mostrador. El coñac la salpicó de arriba abajo. Aquel olor a alcohol le producía arcadas, pero tenía el cuello de la botella en la mano. Apuntó el trozo de vidrio hacia él.

— ¡Ah, vaya!

Neil se agachó y se sacó algo de la bota. Cuando se agazapó y empezó a rodearla, la luz del neón iluminó una hoja de metal.

— ¿Tienes experiencia en la lucha de cuchillos, preciosa?

Una canción nueva empezó a sonar. Una risa histérica brotó de Dallas mientras imitaba la postura de su agresor.

Y me vuelvo loco, por mucha frialdad que aparente.

Por supuesto, Dallas no había luchado en su vida, pero sabía que tenía que atacar para defenderse.

Porque ella es el sueño de todo vaquero.

Dallas no quitaba los ojos del cuchillo que trazaba círculos en el aire. Agarró con fuerza el cuello de botella mientras se aproximaba a él. Tenía que herirle en el estómago, algo parecido al gesto de un golpe de billar. Arremetió contra él y se retiró en seguida, lejos del alcance de aquella hoja. La música creaba un ritmo extraño, mientras Neil se acercaba casi bailando.

— ¿Quieres bailar? —susurró.

Dallas gritó y se lanzó hacia delante. Neil la sujetó por la muñeca mucho antes de que llegara a su objetivo. Los dedos se hundían en su carne sin compasión. Neil acercó la cara a la suya y levantó el cuchillo.

Gabe volvió a observar el aparcamiento mojado. Había dejado de llover, pero el asfalto estaba resbaladizo y brillante. El aire tenía el olor ácido del

desierto tras un chaparrón. Nada se movía. Estaba seguro de que Barney no estaba fuera del edificio. Encendió la radio y llamó a Jaspee.

— ¿Nada todavía?

—Nada, Gabe. O el tipo se ha ido o...

—No me gusta. Voy a llamar a Diego.

—Espera un momento. Ya sé que estás nervioso, pero puede ser que todavía no hayan salido todos. Si le llamas y le descubren va a pasar un mal rato tratando de explicar qué hacía escondido en el vestuario.

Gabe se inclinaba por hacer caso a su instinto.

—Entonces, iremos allí y le ayudaremos a explicarse. Voy a llamarle.

Gabe pulsó el código de Diego y esperó. Cuando no respondió, sintió como si le clavarán una aguja de hielo en la médula. Volvió a intentarlo otra vez antes de llamar a Jaspee.

—No contesta.

—Quizá...

—Vamos a entrar.

— ¿Cómo? Puede que sea fuerte, Gabe, pero no puedo forzar esas puertas. Y tú tampoco.

—Quédate ahí. Voy a por la camioneta.

Cortó el juramento sorprendido de Jaspee y echó a correr hacia el callejón donde la habían dejado, resbalando dos veces en el barro pero sin llegar a caer. Por el camino, tiró la radio entre los arbustos. El maldito trasto no servía para nada.

Subió a la camioneta de un salto, con la llave en la mano para ponerla en marcha. Le dio al contacto, pero el motor permaneció en silencio, como si supiera el sacrificio que iba a pedirle. A la segunda intentona arrancó. Puso la primera y se lanzó a toda velocidad por la calle.

Pensó en todas las veces que había empujado las puertas de roble del Randy Ranché. Eran muy gruesas. Conduciendo con una mano, se abrochó el cinturón de seguridad.

—Suelta ese cristal, preciosa.

Dallas contempló con fascinación horrorizada cómo la hoja del cuchillo

descendía lentamente hacia su garganta.

—Suéltalo.

Neil apretaba con fuerza, impidiendo que la sangre circulara. Dallas sintió que el cuello de botella se le escapaba de la mano. Intentó retenerlo, pero fracasó.

Porque ella es el sueño de cualquier vaquero.

El cristal se hizo añicos contra el suelo.

—Buena chica. No quiero herirte. Serás mucho más divertida viva que muerta.

Aquel recordatorio de su destino inevitable hizo que su mente se despertara del letargo. Poniendo toda su alma, le propinó un rodillazo en la entrepierna. Neil la soltó maldiciendo mientras se doblaba en dos. La peluquería estaba más cerca que la salida. Dallas pensó que podía encerrarse y allí había tijeras y productos químicos que podía arrojarle a la cara. Atravesó la pista de baile mientras el crescendo final del Sueño de un vaquero la rodeaba. Casi había llegado al otro extremo de la pista cuando Neil la alcanzó, haciéndola caer. Sintió un dolor agudo que le subía por el brazo desde la muñeca.

—Eso no ha estado bien.

Dallas se debatió y entonces lo miró. Aquí era el Neil que Celia conocía. Se le había caído el sombrero, tenía una expresión enloquecida en los ojos y el pelo revuelto bajo la luz violeta. Si el jurado hubiera visto aquella transformación, nunca le habrían absuelto.

—Sólo has conseguido empeorar tu situación —dijo él, jadeando.

La música volvió a cambiar. Aquella vez, reconoció la canción a ritmo de vals que ella había bailado con Gabe. Neil debía haberlos observado todo el tiempo. Se imaginó que el recuerdo de esa canción se había grabado en su cerebro enfermo como un hierro candente. Dallas luchó con él, a pesar del intenso dolor de su muñeca. Consiguió arañarle la mejilla mientras él intentaba abrirle la blusa. Ya no tenía el cuchillo, pero era fuerte, mucho más fuerte que ella. Cuanto más se defendía, más salvaje parecía su rostro.

— ¿Es así como tienes que excitarte? —dijo ella, intentando patearle—. Apuesto a que ni siquiera sabes cómo es el sexo normal.

El vals sonaba a todo volumen en la pista vacía. Neil le sujetó las piernas

con las suyas.

— ¡Cállate!

La agarró por las muñecas con tanta fuerza, que Dallas tuvo que morderse los labios para no llorar de dolor. Sabía que él quería sus gritos y no estaba dispuesta a darle ese placer.

—Apuesto a que ni siquiera puedes hacerlo con Beth, ¿a qué no? —se burló—. Eres impotente con ella, ¿verdad?

—Calla, zorra.

Neil apretó aún más. Muda de dolor, Dallas lo miró a través de un velo de lágrimas.

—Así me gusta más. Ahora voy a besarte y todo marchará mejor.

Cuando sus labios repulsivos descendían, Dallas le escupió en la cara. Neil alzó la cabeza. El escupitajo le resbalaba por la mejilla. Dallas nunca había visto a nadie con aquella expresión. Sus pupilas parecían dos agujeros negros que se abrían sobre pozos sin fondo o sobre las profundidades del mismo infierno. Neil la cogió del cuello con una mano y empezó a apretar presionando con el pulgar sobre la tráquea. Lentamente, con la cara desfigurada por el esfuerzo, apretó. Dallas intentó soltarse, pero estaba cada vez más débil. El mundo empezó a dar vueltas y a oscurecerse. La música se fue apagando. Oía un sonido tumultuoso a lo lejos, ¿o era la sangre que luchaba en sus venas?

Hubo una explosión. Quizá la muerte era así, una despedida estrepitosa de este mundo. Siempre había pensado que la muerte sería más tranquila. Entonces perdió el conocimiento.

El impacto hundió el motor en la cabina, pero no lo bastante como para aplastarle las piernas a Gabe. El cinturón de seguridad aguantó, aunque sintió que le había caído una casa encima. Entre la nube de vapor que salía del radiador destrozado, las puertas de roble le recordaron a Beirut. Sin embargo, había conseguido abrir una brecha lo bastante grande como para pasar. Y, aunque no tenía sentido, oía música.

Intentó abrir la puerta. El tirador había desaparecido. Al final, la abrió empujando con el hombro hasta que cedió. Cuando lo consiguió, vio que Jaspee estaba allí, como una estatua de piedra, boquiabierto de asombro.

—Vamos dentro —dijo Gabe.

Las astillas de la madera destrozada desgarraron su ropa y arañaron su piel, pero no sintió el dolor. Cuando consiguió pasar, tuvo que detenerse un instante para que sus ojos se acostumbren a aquella luz siniestra. Entonces vio a Dallas en el suelo de la pista y creyó volverse loco.

—Ahí va —gritó Jaspee, señalando a una figura vestida de negro que huía hacia la puerta trasera.

Gabe apenas se dio cuenta de lo que sucedía. Anduvo tambaleante hacia la mujer que estaba en el suelo y se arrodilló junto a ella.

— ¿Dallas?

Se obligó a ponerle una mano en el cuello. Cuando sintió el pulso latir, lloró y la estrechó entre sus brazos. Dallas volvió en sí lentamente bajo una lluvia de lágrimas. — ¿Gabe?

Él no podía hablar. Sólo era capaz de acariciarle el pelo con manos temblorosas.

— ¿Lo has cogido?

—No lo sé.

—Tienes que cogerlo.

—Yo...

—Todo esto para nada —dijo ella, agarrándole de la camisa con una fuerza sorprendente—. ¡Gabe!

Dallas tenía razón. Gabe volvió a dejarla en el suelo con cuidado. Oyó la pelea junto a la puerta trasera. Fue en esa dirección para ayudar a Jaspee.

Pero Barney debía haberse librado de él porque una figura vestida de negro corría a su encuentro. Estaba claro que pretendía salir por la puerta destrozada. Pero no podía llegar a ella sin pasar junto a Dallas y Gabe jamás permitiría que volviera a acercarse a ella. Un grito inhumano salió de sus labios cuando se abalanzó hacia Barney.

Pensó que sería fácil matarle. Descargó el puño en sus riñones y oyó cómo se le escapaba el aire. Barney cayó al suelo y Gabe le levantó con la intención de acabar lo que había empezado. Era algo muy fácil de hacer.

— ¡Gabe, no!

Oyó la voz de Dallas en la lejanía. ¿No acababa de decirle que lo cogiera? Otro puñetazo, la mandíbula de Barney cedió con un caigüido que le llenó de placer y cayó al suelo como un muñeco roto.

— ¡Gabe, no te conviertas en un animal! ¡Por Dios, no seas como él!

Dallas estaba llorando. Gabe se detuvo confuso. Jaspee llegó en ese momento y miró a Barney caído en el suelo.

—Lo mataría. No dejaría que un jurado volviera a ponerle en libertad — dijo en un tono perfectamente tranquilo—. Defensa propia. Yo seré tu testigo.

Gabe fue a buscar a Dallas. Sintió que el velo rojo que cubría sus ojos empezaba a aclararse. Vio con toda claridad su expresión horrorizada, una expresión que le dijo todo lo que necesitaba saber. Dallas había visto el salvaje que llevaba dentro y lo había visto reflejado en unos de sus mejores amigos. Entonces, Gabe miró a Jaspee.

—Será mejor que llames a la policía.

—Piensa en tu hermana, compañero —dijo Jaspee—. Ya sabes cómo son los juicios. Este tipo tiene dinero. Apelaré durante años. Le dejarán en libertad bajo palabra. Se dedicará a estudiar Derecho en la cárcel, si es que llega a pisarla, y encontrará una manera de demandarnos por malos tratos.

Gabe suspiró.

—Llama a la policía, Jaspee. Y a una ambulancia, ya que estás.

Quince

—Dime, Dallas. ¿Qué piensas ahora de Gabe? —Preguntó Ámbar—. ¿Lo echas de menos?

Montada en Segar, Dallas cabalgaba delante de Ámbar y Ápice por un cañón tranquilo de las Montañas Tucson. Era la primera semana de abril, un mes después de la pesadilla del Randy Ranché. Las lluvias de marzo habían hecho brotar las flores silvestres del desierto.

— ¿No habíamos quedado en no mencionarle?

—Eso tú. Yo no he quedado en nada.

—Gabe es un hombre sin raíces. Se ha ido. Fin de la conversación.

—No te creo. Aquí pasa algo más.

—Yo te diré qué pasa. Ahora que el malo ha sido atrapado, ya no me interesa. Ahora debe andar en Bolivia, persiguiendo a algún criminal. Yo era importante para que la función acabara bien. Ya se ha acabado el espectáculo.

Ápice resopló con fuerza.

—Yo no lo creo y la yegua tampoco.

—Entonces, ¿por qué se fue sin decir nada? ¿Por qué no me dijo que le esperara y toda esa basura que los hombres dicen aunque no lo sientan? ¡Ni siquiera tuvo la decencia de fingir que regresaría!

Segar agitó la oreja al oír su tono de voz. Dallas le palmeó el cuello. No veía el momento de que le quitaran la escayola del brazo.

—Lo siento, chica.

—Fred ha hablado con Jaspee y Diego, piensan que...

—Mira, ya sabes que me gusta Fred. Me alegro de que salgáis juntos. Pero es imposible que un hombre como Fred comprenda a Gabe Escalante.

—Como tú quieras. Gabe es un sinvergüenza que te utilizó para sus propios fines. No quieres volver a verlo. Ni siquiera cuando tiene que volver hoy y Fred le ha invitado al Randy Ranché, tú no quieres verlo. Le diré a Fred que lo olvide.

Dallas se sintió como si acabaran de darle un puñetazo en la boca del estómago. — ¿Fred... lo ha invitado?

—Sí, pero no sé qué sentido tiene. Jaspee y Diego tienen la teoría de que no quieres ver a Gabe porque piensas que es un individuo violento.

Dallas detuvo el caballo y se volvió en la silla.

— ¿Qué has dicho?

Ámbar sonrió.

—Al fin me prestas atención. Desmontemos y hablemos tranquilas.

Dallas desmontó, sentía las piernas débiles. Llevando a Segar con la rienda floja, buscó una roca soleada y lisa donde pudieran sentarse las dos. Mientras caminaba, tuvo cuidado de no pisar las flores silvestres.

—Nada como algo caliente en el trasero —dijo Ámbar, sentándose a su lado.

Los caballos empezaron a mascar hierba. Sin embargo, el sol de abril no consiguió calmar el estómago turbulento de Dallas.

—Bueno, pues Fred y yo hemos hablado de ti. De lo deprimida que estabas y todo eso.

— ¡Eso no es cierto!

— ¿Lo ves? Estás tan deprimida, que ni siquiera te das cuenta de que actúas como una deprimida.

—Mentira.

—Piensa lo que quieras, pero tus amigos se preocupan por ti. Debe estar pensando en hacer una colecta entre los propietarios para mandarte a hacer un crucero o algo parecido.

— ¿Estás de guasa?

—En absoluto.

—Son buena gente —dijo Dallas, sintiendo un nudo en la garganta.

—Pero no han entendido nada. Todos creen que Gabe es agua pasada. Yo no, de modo que le he dado la lata a Fred hasta que ha interrogado a esos dos amigos de Gabe.

— ¿Interrogado? Ámbar, por Dios.

Ámbar se encogió de hombros.

—Se me está pegando la jerga de Fred, lo siento. Quiero decir que les hizo algunas preguntas y la respuesta es que está dolido contigo. Cree que le consideras un salvaje que se divierte pegándole a la gente.

—Ámbar, me salvó la vida. ¿Cómo voy a ponerme a juzgarle? Hizo lo que creía correcto. Y no mató a Neil, cuando sé que el instinto se lo pedía a gritos. Incluso Jaspee le animó a que lo matara.

—Bueno, tú ya sabes que los hombres siempre sacan conclusiones

precipitadas. A Gabe se le ha metido en la cabeza que él no era el hombre que tú querías. Recuerdo que tú me dijiste una vez lo mismo de él.

A Dallas le dio un vuelco el corazón. Era imposible que Gabe pensara que ella lo había rechazado. Imposible después de todo lo que habían compartido.

—No lo conocía de verdad cuando dije eso. Tenía miedo de que fuera como mi padre y mi padrastro, siempre tratando de controlarlo todo, de que todo el mundo les obedeciera. No conocía la diferencia entre la bravuconería y la fuerza interior.

—Pero no se lo dijiste después.

—Debería habérselo dicho, pero con todo el asunto de Neil...

—Y algunas sesiones de cama estupendas —la ayudó Ámbar—. Eso sí que puede distraer a una mujer de la conversación.

Dallas se ruborizó.

—No puedo creer que piense que tengo una mala opinión de él.

—Parece que él recuerda muy bien algo que tú dijiste acerca de «una mentalidad despiadada de cazador de hombres», o algo así. La que no puede creer que dijeras eso soy yo, Dallas.

—Pero eso fue antes de que yo...

«Antes de que me enamorara de él», acabó Dallas en silencio.

—Jaspee dice que su primera esposa le abandonó porque odiaba su trabajo. Así que Jaspee se imagina, y que quede claro que Gabe no le ha dicho nada, se imagina que esa noche que empezaste a gritarle que no se convirtiera en un animal, Gabe decidió salir de tu vida para siempre.

— ¡Dios mío!

Dallas ocultó el rostro entre las manos e intentó luchar contra el llanto. Ámbar le pasó un brazo por los hombros.

—Me parece que no era eso lo que tú querías, ¿verdad?

Dallas negó con la cabeza.

—Tenía que asegurarme antes de darle a Fred luz verde. No te haces una idea de lo protectores que son esos amigos de Gabe.

—Lo sé —murmuró Dallas sin alzar la cabeza—. Esa noche, cuando se aseguraron de que yo estaba bien, Jaspee y Gabe lo pusieron todo patas arriba buscando a Diego. Gracias a Dios que Diego sólo acabó con un dolor de cabeza monstruoso y el amor propio herido. Neil podría haberle matado.

—Y si lo hubiera hecho, Neil había acabado muerto.

—Yo no les habría culpado, si lo hubieran hecho.

—Bien, porque entonces comprenderás que si esos dos piensan que te propones darle la patada, son capaces de remover cielo y tierra para mantener a Gabe apartado de ti.

Dallas levantó la cabeza y se secó los ojos.

—Jamás le daría la patada, Ámbar.

— ¿Estás segura? ¿Qué ha sido de aquellas ganas de no ceder, de ser independiente?

Ámbar la miró esperando su respuesta. Dallas pensó en las semanas que había vivido sin Gabe. Claro, había podido ir y venir sin tener en cuenta a otra persona y había tomado todas las decisiones que le habían venido en gana, ninguna había servido para nada sin él.

—Gabe predijo una vez que, si vivíamos juntos, las discusiones iban a ser constantes, pero que eso era la sal de la convivencia.

Los ojos de Ámbar chispearon de comprensión.

—Es estupendo encontrar la horma de tu zapato.

Dallas asintió.

—Puede que los viajes continuos y los peligros me molestaran. Y quizá mi manía con el orden y mi testarudez le molestaran a él. Pero... lo amo tanto, que hubiera estado dispuesta a correr el riesgo. Cuando se marchó sin decir nada me pareció que él no lo estaba.

Ámbar le tomó la mano.

—Tienes que averiguarlo. Te lo debes a ti misma.

— ¿Y cómo voy a saber si viene o no?

—En el momento en que lo veas entrar lo sabrás. Es lo único que puedes hacer, me temo. Fred tiene que estar todo el día en el juzgado, pero me ha dicho que le deje un recado a su secretaria si quería que llamara a Gabe. También existe la posibilidad de que no se localicen y aparezca sin él. Siento que tengas que pasar por eso —dijo, dándole unas palmadas en la rodilla. Dallas le dedicó una sonrisa llorosa.

—Los mendigos no tienen derecho a elegir.

Era la típica multitud dispuesta a divertirse y a llenar la caja del Catinga Pen, por lo que Dallas estaba agradecida. Ámbar estaba pendiente de las puertas, y miraba hacia allí cada vez que se abrían. Ya no eran de roble macizo, sino de metal cubierto de un panel de roble. Los gerentes juraban que haría falta un tanque para derribarlas. Habían vuelto a pintar las zonas de las puertas, pero Dallas tenía que hacer un esfuerzo para no mirar el neón que había laminado su pesadilla. A Beth la habían detenido. Las manchas de sangre habían sido eliminadas.

Y lo mejor era que no debía preocuparse más por Neil Barney. El juez, sabiendo la inmensa fortuna que poseía su familia, había decretado su ingreso en prisión sin fianza hasta que se celebrara el juicio. Celia la había llamado para darle las gracias e invitarla a comer, pero Dallas había declinado la invitación. Hablar con ella sólo le hubiera hecho recordar que había perdido a Gabe.

— ¿Qué vas a hacer cuando venga?

—Si es que viene.

—Vale, porque he apostado a que venía.

Dallas la miró horrorizada.

— ¿No me digas que la gente apuesta por estas cosas?

—En realidad, ha sido idea de David. Ya le he dicho que no nos perdonarías nunca —dijo Ámbar riendo.

—Podéis contar con eso. Por lo que veo, todo el mundo está al tanto de que Gabe viene esta noche.

—Sí, claro. Todos han sufrido un poco contigo. Shirley se queja de que la has ignorado varias veces y los McNulty dicen que has estado grosera con ellos.

—No era mi intención. Lo mejor será que organice una barbacoa en mi casa para pedir disculpas.

—Pues ya que estás, a Irving no le hizo mucha gracia que le pusieras de excusa.

—Y tú también sigues molesta por eso, ¿verdad? —preguntó Dallas mirándola.

—Sí, creía que éramos amigas.

—Lo somos, Ámbar. Por eso no te lo dije. Habrías tratado de detenerme.

— ¡Naturalmente idiota!

—Pero hemos conseguido meter a Neil en la cárcel.

—Y tú podrías estar muerta. No me parece un cambio equitativo.

—Era algo que debía hacer.

Ámbar sacudió la cabeza.

—Gabe y tú estáis hechos el uno para el otro. Es posible que, si llegáis a reconciliaros, entre los dos traigáis al mundo a la próxima Juana de Arco.

La idea de tener hijos con Gabe la dejó apabullada.

— ¡Ajá! Te he pillado. Estas colada por él. ¿Por qué no piensas en algo romántico para recibirlo? Vamos, Dallas. Tus amigos se merecen un auténtico final feliz. ¿Por qué no le sacas a bailar? Puedo quedar con el pinchadiscos en hacerle una señal. ¿Qué te apetece?

Dallas no tuvo que pensarlo mucho.

—Cualquier cosa con ritmo de vals. —

Buena idea. ¿Alguno en especial?

Había uno que Dallas hubiera querido olvidar, el que Neil había puesto aquella noche de locura.

—No, el que queráis.

—Voy a hablar con él, pero creo que le pediré esa vieja canción de Ane Murray en que le pide al chico que baile con ella el resto de su vida. Es perfecto porque así no tendrás que abrir la boca.

—Ámbar, lo más probable es que no venga.

—Bueno, hablar con el pinchadiscos no le va a hacer daño a nadie. Te quedas sola, muchacha.

Ámbar se fue antes de que ella pudiera protestar. Dallas sentó a un cliente y cogió el vibrador. Aquella espera estaba haciéndose interminable. Ámbar volvió con cara de preocupación. A pesar de que nunca hablaban de asuntos privados delante de la clientela, Ámbar se acercó a la lava cabezas, donde ella daba un masaje.

—Fred acaba de llegar.

El estómago de Dallas se encogió de repente.

—Lo siento. Ha venido solo. Pero le ha dejado un mensaje a Gabe. Todavía puede llegar. Se habrá retrasado. Tendrá cosas que hacer...

—O no tiene ganas de verme —dijo Dallas, abrumada por el dolor.

—Deja que yo acabe esto. Tú ve a tomarte un descanso y no desesperes.

Pero lo cierto era que desesperaba, ya no podía seguir soportando aquella montaña rusa. Recordaba cómo se había sentido al empezar su relación con Gabe. Aquella incertidumbre era lo que ella más odiaba y nunca podría evitarla. Con Gabe, siempre formaría parte de su vida.

Fue a lavarse la cara con agua fría en un intento de tranquilizarse. Al diablo con él. Tenía una vida antes de conocerlo y volvería a tenerla. Contaba con su casa en el desierto. Aquella casa iba a estar llena de vida cuando Retachen pariera sus cachorros. Ella podía retomar sus planes de criar perros de raza. Cuando salió de los vestuarios se dio de bruces con Gabe.

Gabe la sujetó y la mantuvo apartada de él para poder mirarla a los ojos. Dallas le devolvió la mirada, su corazón ululaba como una vieja locomotora subiendo una cuesta empinada. Gabe no llevaba sombrero y parecía desmejorado, con ojeras profundas. Le cogió la mano, con escayola y todo, y se la llevó a los labios. Su olor la atraía irremisiblemente. Le acarició el pelo, que había perdido parte de su sedosidad. La canción de Ane Murray comenzó a sonar y ella contuvo la respiración. Se sentía mareada, pero siguió mirándolo a los ojos.

— ¿Quieres bailar? —preguntó con voz temblorosa.

—Lo estoy deseando.

Le ofreció el brazo para guiarla hasta la pista. Cuando llegaron al entarimado, se volvió y la cogió entre sus brazos, haciéndole olvidar la incomodidad de la escayola. El calor dulce de su cuerpo la hizo llorar mientras bailaban rodeados de una lluvia de luces de colores.

— ¿Has oído el mensaje de Fred?

—Sí.

— ¿Qué decía?

—Que me querías —dijo el con voz ahogada por la emoción—. Pero no estaba seguro de sí...

— ¡Set! Escucha.

Las palabras de la canción los envolvieron. Las arrugas desaparecieron del rostro de Gabe, la cara del guerrero se suavizó en una expresión de amor que parecía irradiar una luz propia. Dallas se dio cuenta vagamente de que no había nadie bailando excepto ellos.

Alrededor de la pista estalló un aplauso entusiasta que pronto se convirtió

en un estrépito de gritos y silbidos que llenaron el Randy Ranché.

Dieciséis

Cinco meses después

—Ya estoy en casa —anunció Gabe, abriendo la puerta del remolque.

Y entonces se dio cuenta del error que acababa de cometer. El suelo tembló bajo el azote de una multitud de patas que corrían a recibirlo. Tuvo que luchar para mantenerse en pie mientras un ejército peludo le cubría de baba de perro. Retachen se acercó por detrás y Gabe acabó cayendo al suelo.

— ¡Vale ya, muchachos! —protestó.

Los perros le lamieron, le pisotearon y le ladraron. Pero por encima de todo aquel clamor, oyó el más dulce de los sonidos, la risa de Dallas. Ella se reía a carcajadas, la misma mujer que había dicho odiar el caos, parecía divertirse con él. Gabe quería creer que los meses que habían pasado haciendo el amor sin freno habían contribuido a su actitud relajada.

Se libró del asalto canino y allí, en la puerta del salón, vio a su esposa. Había estado fuera dos semanas y le parecían una vida entera. Cada vez se le hacía más difícil viajar. Había rechazado dos misiones que le hubieran llevado fuera del país.

Un cachorro se le subió a la cara y tuvo que apartarlo para poder ver la sonrisa de Dallas.

— ¡Hola!

—Bienvenido —dijo ella con una alegría en el rostro que Gabe sabía que era sólo para él.

—Ya veo que sólo nos quedan cuatro.

—Considerando que empezamos con diez, no está tan mal.

Gabe se las arregló para levantarse. Tenía la camisa empapada de babas. La camada había heredado esa peculiaridad por vía paterna.

— ¡A ver! Todos fuera.

—Está lloviendo —le recordó Dallas—. Van a embarrarse.

—Después les pasaré la manguera.

Cuando cerró la puerta, descubrió que ella estaba a su lado.

—Dallas, estoy empapado de...

Dallas se arrojó entre sus brazos acallando sus protestas.

—Como si eso me importara.

Gabe saboreó en sus labios el regreso al paraíso. Se preguntó de dónde iba a sacar la fuerza suficiente como para irse cuando le propusieran la próxima misión.

— ¡Cómo te he echado de menos! —susurró él cuando tomaron aire.

— ¿Más que la última vez?

—Mucho más —dijo él, apartándose y contemplando la curva suave de su vientre—. ¿Cómo te sientes?

—De maravilla.

— ¿En serio? Porque si trabajar en el Randy Ranché te resulta problemático, podemos contratar...

—Gabe —le atajó ella con un tono de advertencia.

—De acuerdo —dijo él suspirando—. Pero prométeme que contrataremos a alguien cuando lo necesites.

—Te lo he prometido no sé cuántas veces. Una de las razones por las que funcionamos bien es que puedes confiar en que sé cuidarme cuando tú no estás.

— ¿Quieres que te diga una tontería? Me descubro deseando que no fueras tan competente, que me suplicaras que pasara más tiempo en casa, así tendría una buena excusa para quedarme.

Gabe hizo una pausa y se quedó mirándola.

—No puedo creer que haya sido yo quien ha dicho eso.

—Si nos ponemos a hacer confesiones, yo admitiré que se me rompe el corazón cada vez que te vas —dijo ella, sonriendo—. Pero he aprendido a que no se me note. No quiero atarte.

Gabe gruñó y la estrechó contra su pecho.

—Por favor, átame. Dime que no puedes vivir sin mí.

—No puedo vivir sin ti, pero tu trabajo...

—Cada vez me importa menos. Y cuando llegue el niño, me retiraré. Quizá encuentre algo parecido con lo que no tenga que moverme de Tucson.

—Creía que necesitabas la emoción para vivir.

—Es verdad —dijo él, sintiendo que se excitaba por momentos—. Pero tengo toda la emoción que necesito entre mis brazos.

Fin